

Movimientos sociales y partidos políticos.
Objetivos, estrategias y relaciones

Jesús Sánchez Rodríguez

El autor autoriza la descarga y difusión libre de este trabajo con la sola condición de que sea sin ánimo de lucro y citando la fuente original.

A los solos efectos de evitar improbables, pero no imposibles, intentos de plagios, esta obra ha sido registrada en el Registro Central de la Propiedad Intelectual del Ministerio de Cultura del Gobierno de España en septiembre de 2014.

Índice

El movimiento obrero	10
Novedades recientes vinculadas al movimiento obrero	24
Conclusiones	30
El movimiento nacionalista	34
El movimiento ecologista	51
Los nuevos movimientos sociales	62
El movimiento antiglobalización	64
Los movimientos anti-neoliberales en América Latina	73
La insurrección argentina del 2000 ¡qué se vayan todos!	77
La conquista del Estado por el movimiento indígena de Bolivia	80
El zapatismo mexicano	84
Movimiento indígena y revolución ciudadana en Ecuador	88
La crisis económica en Europa y la última ola de movimientos sociales	92
El Movimiento 5 Estrellas de Beppe Grillo	96
El Movimiento 15-M en España	101
Conclusiones	107
Nomenclatura utilizada	114
Bibliografía	116

Si tomamos en cuenta los últimos ciento ochenta años de historia para estudiar los movimientos sociales también acotamos el período en que se desarrollaron los partidos políticos. Ambos fenómenos no solamente tienen una historia paralela, sino intensamente entremezclada.

El objeto de esta obra se centra en aquellos movimientos que han orientado su actividad bien en el sentido de conseguir modificar aspectos del sistema capitalista o el Estado que le representa, bien en el sentido de superar dicho sistema.

Los movimientos sociales que tomaremos para documentar las tesis que pretendemos comprobar son, por orden de antigüedad, el movimiento obrero, el nacionalista, el ecologista y los novedosos movimientos sociales que desde finales del siglo XX se han opuesto a la globalización capitalista y al neoliberalismo. Esto significa no tomar en cuenta a algunos otros movimientos importantes como el campesino, el feminista, el de los derechos humanos o los ligados a la religión, tanto cristiana como islamista.

No es el objetivo de este trabajo un análisis exhaustivo de estos movimientos, tarea que requeriría una extensión del mismo mucho más amplia que la que se pretende en estos momentos, y tampoco se va a tratar con la misma intensidad cada uno de los movimientos mencionados. Tampoco podemos detenernos a analizar la relación entre ciclos de protestas y movimientos sociales, para lo cual remitimos a un epígrafe dedicado a este tema en una obra anterior¹.

Las tres tesis que se quieren probar son, en primer lugar que una mayoría de los modernos movimientos sociales terminaron por crear o vincularse primero a movimientos políticos y, más tarde, a partidos políticos para conseguir sus objetivos; en segundo lugar que la creación de partidos políticos representa el nivel más elevado de organización y elaboración de estrategias para alcanzar los objetivos de los movimientos sociales y; en tercer lugar, que también en la mayoría de ellos aparecieron en algún momento dos alas enfrentadas sobre los objetivos últimos y, sobretodo, los medios para alcanzarlos que terminaron llevándoles a la división.

¹ Sánchez Rodríguez, Jesús, Capitalismo, interpretaciones de su evolución y crisis, <http://miradaartica.blogspot.com.es/>

La diferencia fundamental que separa a este tipo de fenómenos, los movimientos sociales y políticos y los partidos políticos, es su actitud frente al Estado.

Esta diferencia se aprecia en las definiciones que se han empleado para caracterizarlos. En el caso de los movimientos sociales, una definición general puede ser la siguiente: “Un movimiento social es una forma de acción colectiva, y la existencia de una acción colectiva implica la preexistencia de un conflicto, de una tensión que trata de resolver – haciéndolo visible, dándole dimensiones- esa acción colectiva”²

Respecto a los movimientos políticos, Melucci los define como “acciones colectivas que tienden a ampliar la participación política y a mejorar la posición relativa del actor en el proceso de toma de decisiones”³. Constituidos por un grupo o un conjunto de grupos articulados en torno a unos objetivos comunes a alcanzar mediante la actuación política, sea de carácter pacífico o violento. Su definición como movimientos les diferencia de los partidos en que no tiene el nivel de institucionalización consustancial a estos últimos, aunque su actividad tenga lugar en la esfera política fundamentalmente. Su definición de políticos les diferencia de los movimientos sociales, cuya actuación no está orientada a conseguir el poder estatal. Ejemplos de movimientos políticos pueden ser el movimiento socialista, el liberal, el peronista o los diferentes movimientos de liberación nacional.

Los movimientos sociales, concebidos de una manera muy amplia, engloban también a los movimientos políticos y a los propios partidos políticos, por ejemplo, sería la manera de definir al movimiento obrero como el conjunto de organizaciones sindicales, cooperativistas, culturales y partidistas cuyo objetivo último es mejorar la situación de la clase obrera dentro de la sociedad capitalista o sustituirla por un proyecto histórico propio, el socialismo.

A los efectos del objetivo de este trabajo, nuestra definición de los movimientos sociales es más restringida, englobando todas las actividades colectivas antes señaladas con la excepción de las propiamente partidarias. Desde esta definición, los movimientos sociales organizan a una parte de la sociedad, se dirigen al Estado, le plantean sus objetivos y movilizan sus recursos para conseguirlos, pero no se plantean por sí mismos

² Ibarra, Pedro y Grau, Elena (coord.), Anuario de Movimientos sociales. Una mirada sobre la red, Icaria Editorial y Getiko Fundazioa. Barcelona, 2000. , pág. 9

³ Tinoco, Antonio, Movimientos sociales, movimientos políticos y partidos políticos, Synergies, N° 4, 2008, pág. 247

alcanzar el poder del Estado. En algunos casos, como veremos, pueden terminar creando un partido para esta tarea, pero entonces, existirán dos estructuras diferenciadas, la del movimiento y la del partido, que establecerán relaciones.

Los partidos se orientan fundamentalmente a la conquista de las estructuras estatales, especialmente el parlamento y el gobierno, para, desde el control de esas posiciones, llevar a cabo el programa político que les anima. El programa de los partidos representa un proyecto general de la sociedad. La tipología de los partidos y su evolución da cuenta de un fenómeno muy diverso que ha operado en condiciones políticas diferentes, desde la clandestinidad en dictaduras hasta diferentes tipos de democracias.

Para los objetivos de este trabajo y la situación política más habitual desde la segunda guerra mundial hasta la actualidad podemos aceptar la siguiente definición: “Un partido es una institución de la organización política de la sociedad que se orienta a la conquista y ejercicio del poder para realizar el proyecto contenido en su programa político en representación de una colectividad humana. Esta colectividad puede ser una clase, un sector de una clase o una alianza de varias clases. Ello depende del alcance social real del proyecto contenido en su programa, con independencia de que todo partido hace aparecer su programa no como el de una parte de la sociedad, sino como representación de la totalidad”⁴

Entre los diferentes estudiosos que se han ocupado sobre el origen de los partidos podemos referirnos a La Palombara y Weiner⁵ que de manera sintética han dividido en tres puntos de vista diferentes las distintas posiciones teóricas en torno al origen de los partidos políticos. El primero sería el de las teorías institucionales que ponen de relieve la relación existente entre los parlamentos y los partidos políticos y cuyo mejor representante es Maurice Duverger, para quien los partidos políticos tienen su origen en la relación que establecen los grupos políticos con el parlamento. El segundo punto de vista está compuesto por las teorías de la situación histórica que ponen el énfasis en la importancia que las crisis y las rupturas históricas de los sistemas políticos han tenido en el nacimiento de los partidos políticos, y cuyo representante paradigmático es Stein Rokkan. La tercera perspectiva es la de la teoría del desarrollo que sitúa el origen de los partidos en los procesos de modernización.

⁴ Duharte Díaz, Emilio, Teoría y procesos políticos contemporáneos, pág. 135

⁵ J. La Palombara; M. Weiner (comp.). Political parties and political development. Princeton UP, 1966

El movimiento obrero

En el caso del movimiento obrero es necesario empezar por hacer una aclaración importante. Por las características de su propio desarrollo, en muchas obras es confundido e identificado con el movimiento socialista, de manera que, en dichas obras, se hace una alusión indistinta a la historia de uno y del otro. Esta situación está originada en la temprana y fuerte vinculación entre un movimiento y el otro. Efectivamente, dadas las condiciones de explotación y subordinación de la clase obrera, pronto se aparecieron propuestas sociales y políticas que proclamaban algún tipo de proyecto de nueva sociedad superadora del capitalismo como solución a la situación de la clase trabajadora. Aunque los distintos proyectos que conformaron el movimiento socialista llegaron a tener una intensa influencia dentro del movimiento obrero, representando el grueso de la actividad de éste, sin embargo, no es posible hacer una identificación completa entre ambos. Por ejemplo, una parte del movimiento obrero al margen del movimiento socialista pueden ser los sindicatos de orientación cristiana, la AFL-CIO norteamericana, o los sindicatos nacionalistas.

Al objeto de nuestro estudio vamos a tomar como elemento de análisis esa parte mayoritaria del movimiento obrero que ha estado vinculada a algún tipo de proyecto socialista, tomado éste en un sentido amplio.

El nacimiento del movimiento obrero se produce con la aparición del capitalismo industrialista. Sus formas más primitivas de organización son las sociedades de apoyo mutuo a través de las mutualidades, las cooperativas, y las sociedades de resistencia creadas para enfrentarse a los patronos.

A las primeras pertenecen las llamadas sociedades de socorro mutuo, propias sobretudo del siglo XIX, cuya base asociativa es de carácter profesional, ejercían su labor de apoyo en situaciones de necesidad de sus asociados y se financiaban con pequeñas cuotas aportadas por los mismos. Era el medio - muy débil debido a la situación económica de los trabajadores - para asegurarse por parte de estos un cierto nivel de protección social que el Estado liberal, abstencionista en el plano social y económico,

les negaba. Las más desarrolladas de estas sociedades llegaron a contar con escuelas y centros culturales.

Pero el mutualismo también terminó siendo una doctrina sostenida principalmente por P.J. Proudhon, uno de los primeros teóricos anarquistas, a partir del rechazo de la acción política de los trabajadores, “La cooperación y el crédito, el aseguramiento, la asistencia y la enseñanza mutua deben en efecto, según él [Proudhon], permitir a los pequeños productores gestionar por ellos mismos su producción y su destino y salvaguardar su existencia”⁶

Las sociedades de resistencia agrupaban a los trabajadores por oficios y localidad, estuvieron también muy influenciadas por el anarquismo y su objetivo era doble, de una lado, se centraban en la mejora de las terribles condiciones de la clase obrera en el siglo XIX, las duras condiciones del trabajo industrial, el hacinamiento de las familias trabajadoras y la insalubridad de sus condiciones de vida; de otro lado, también buscaban la destrucción del capitalismo. Las huelgas y protestas que organizaron fueron reprimidas normalmente con gran violencia por el Estado. Fueron las precursoras del sindicalismo.

El cooperativismo fue otra de las actividades del naciente movimiento obrero, que pretendió la creación de unidades de producción y consumo gestionadas por los propios trabajadores, y como manera de solucionar los problemas sociales de la época. También dieron lugar a proyectos utópicos que se orientaron a crear sociedades paralelas donde desapareciesen las lacras del capitalismo, como los falansterios de Fourier o las colonias de Robert Owen. Estos proyectos impulsados por intelectuales exteriores a la propia clase obrera no se dirigían ni a interpelar al Estado ni a conseguir mejoras de las condiciones de trabajo, sino a crear comunidades que deberían reemplazar, sin necesidad de emplear el expediente de la revolución, las estructuras capitalistas existentes gracias a su superioridad social, económica y moral. Para ello buscaron la financiación de sus proyectos en la ayuda de personajes privados. En ambas versiones evitaron la actividad política dirigida a obtener posiciones en el Estado desde las que defender las reivindicaciones obreras.

⁶ Bensussan, Gerard y Labica, Georges, Dictionnaire critique du marxisme, PUF, pág. 782

En 1837 apareció en Inglaterra un partido democrático de masas, el cartismo, que, para Rosenberg⁷, representaba los intereses del proletariado industrial, denunciando las penosas condiciones de trabajo y vida de los trabajadores. Este partido estableció la consecución del sufragio universal como la finalidad más importante de su agitación, asegurando a las masas que todo cambiaría con la obtención de este derecho. El resto del programa del cartismo⁸ lo componían medidas de reforma a favor de la clase obrera, como una ley de las diez horas, el derecho a la organización sindical, etc. Sus planes de reforma social se movían en el marco del cooperativismo, de gran influencia en Inglaterra en aquellos momentos. Su base de masas la componían los obreros, estando una gran parte de los sindicatos londinenses federados en organizaciones cartistas, aunque su organización se centraba tanto en el empleo como en la comunidad. El medio de acción principal empleado fue la presentación de una Carta conteniendo sus reivindicaciones ante el parlamento por tres veces, acompañado de manifestaciones y conatos insurreccionales. Finalmente, el cartismo fue derrotado en 1848 con el empleo del ejército, las milicias burguesas y la policía, por las divisiones tácticas dentro del movimiento, y por ciertas mejoras de las condiciones sociales de los trabajadores.

El cartismo puede considerarse, pues, la primera expresión, primitiva aún, por parte del movimiento obrero de dotarse de un partido político y mejorar las condiciones de la clase obrera a través de la acción del Estado. En las condiciones políticas de la época esto pasaba por la obtención previa del sufragio universal, y ese fue su objetivo principal. Por tanto, puede sostenerse que ya en una etapa temprana del movimiento obrero éste hizo un primer intento de actuar en el plano político a través de una organización partidaria.

Por último, y en paralelo a todas las experiencias mencionadas, es necesario señalar otro tipo de actividad no estrictamente proletaria. Se trata de las sociedades secretas de tipo democrático-revolucionario desarrolladas a principios del siglo XIX. Su objetivo se orientaba a la conquista del poder político mediante el uso de la fuerza por un grupo de conjurados, tras lo cual una dictadura revolucionaria establecería una sociedad de tipo comunista. La base social de estas sociedades era de tipo popular, donde el componente obrero fue tomando cada vez más peso. Esta tradición se originó en el período final de la revolución francesa con Babeuf y la Conjura de los Iguales, una especie de

⁷ Rosenberg, Arthur, Democracia y socialismo, págs. 50-1

⁸ Mann, Michael, Las fuentes del poder social, II, Alianza Editorial, Madrid, 1997, págs. 682-92

continuación del jacobinismo revolucionario pero con mayor contenido social que, ante la desactivación del movimiento de masas por la contrarrevolución, se planteó una conspiración de izquierdas para tomar el poder en nombre del pueblo y, mediante una dictadura provisional, crear las condiciones para el control democrático por parte de aquel. Este programa de la izquierda revolucionaria extendería posteriormente su influencia, primero a través de Buonarroti y luego de Blanqui - que ejerció gran influencia en la Francia anterior a 1848 dada la debilidad de la clase obrera francesa - para llegar hasta los bolcheviques. El núcleo de su proyecto siempre fue la conspiración de una minoría de revolucionarios entregados a la causa que sustituyen al protagonismo de unas masas pasivas para, a través de una dictadura, conseguir la emancipación final del pueblo.

Por tanto, ya desde los inicios del movimiento obrero tuvo lugar el nacimiento de formas precursoras de los principales proyectos y tendencias organizativas que se desarrollarían en aquel. Hasta 1848 las grandes tendencias estratégicas que habían aparecido ligadas al movimiento obrero habían sido la retirada utópica representada por los proyectos cooperativistas de Owen o Fourier, el insurreccionalismo conspirador representado por el blanquismo, el sindicalismo nacido de las sociedades de resistencias y el primitivo partido político de masas expresado por el cartismo. Las dos últimas tendencias serían las que más se desarrollarían después de 1848 en el seno del movimiento obrero.

En realidad, la lucha de tendencias en el seno del movimiento obrero solo había comenzado a expresarse. El primer nivel de divisiones se produjo entre los partidarios de utilizar la acción política, fundamentalmente los marxistas y otras tendencias de carácter reformistas, y los que rechazaban esta estrategia, los anarquistas y sindicalistas puros. El segundo nivel de divisiones tuvo lugar entre las tendencias reformistas y las revolucionarias, y aunque estas divisiones estaban también presentes desde el inicio, la gran división se escenificaría a principios del siglo XX, y dentro de la corriente que se hizo más influyente dentro del movimiento obrero, el marxismo. Estas divisiones trasladaban su concreción en las estrategias e instrumentos de acción. Los partidarios de la utilización de la acción política privilegiaban al partido como medio de organización para la conquista del poder (para llevar a cabo la revolución o para reformar la sociedad), y en el seno de estos, la diferencia entre revolucionarios y reformistas terminaría conllevando, en general, a la concepción de un partido restringido a los

elementos más concienciados y comprometidos o a uno de masas. Las corrientes que rechazaban la acción política, rechazaban igualmente el partido político y se inclinaban por las organizaciones sindicales o la insurrección espontánea de las masas estimuladas por la propaganda por la acción de minorías o incluso individualidades, como en el caso del anarquismo.

La organización más importante de la que se dotó el movimiento obrero de la época fue la Asociación Internacional de Trabajadores o Primera Internacional, creada en 1864. En sus inicios apareció como un movimiento de los sindicatos obreros, especialmente ingleses y franceses, a los que se sumaron exiliados en Londres de otros países. Sus estatutos fueron redactados por Carlos Marx. Franceses e ingleses deseaban una internacional basada en sindicatos obreros y no como una federación de partidos políticos. En el preámbulo de sus estatutos aparece el objetivo que persigue la AIT, la emancipación económica de la clase trabajadora, y a este fin debía subordinarse, como un medio, todo movimiento político. En dicho texto se expresaba una fórmula de transacción que luego daría lugar a intensas controversias entre los partidarios de la lucha política y los que la rechazaban.

La Internacional actuó como un estímulo a la expansión de los sindicatos obreros por diversos países. No era, pues, ni una federación de partidos, ni se adherían a ella directamente los sindicatos. Se componía de secciones nacionales con estructura federal.

La discusión sobre la lucha política de la clase obrera enfrentó continuamente a proudhonianos y bakuninistas de un lado y marxistas de otro, y decantó la gran división de la influencia en el movimiento obrero entre anarquistas y marxistas. Finalmente, la influencia marxista se impuso al final de la vida de esta Internacional, y en la conferencia de Londres de 1871 se preconizó la necesidad de crear partidos obreros legales como condición previa para llevar a cabo la revolución socialista.

Los anarquistas y sindicalistas rechazaron continuamente la acción política y terminaron haciendo de los sindicatos el arma principal para alcanzar la emancipación de la clase obrera a través de la huelga general. En un desarrollo posterior ambas corrientes desembocarían en el anarcosindicalismo y el sindicalismo revolucionario, con indudables puntos de contacto. Esta estrategia les llevó a perder continuamente terreno en el movimiento obrero a favor de los partidarios de la acción política, tanto en su vertiente reformista como revolucionaria. Dos acontecimientos históricos marcaron su

declive definitivo. El primero fue la revolución rusa, que atrajo como un imán hacia su modelo a todas las corrientes revolucionarias en el seno del movimiento obrero, el segundo fue la victoria franquista en la guerra civil española, que puso fin a la más potente organización superviviente del anarcosindicalismo, la cual, durante la vorágine de aquellos acontecimientos, cedió a los imperativos de la acción política, de un lado dando lugar a un partido político, el partido sindicalista y, de otro lado, participando en el gobierno republicano al principio de la guerra civil.

Los marxistas por su parte se orientaron a la creación de partidos políticos y, a partir de ellos, levantar una nueva Internacional, la segunda, de importante implantación e influencia en diversos países europeos. Frente a ellos, las organizaciones anarquistas y sindicalistas fueron perdiendo influencia y tampoco consiguieron mantener una organización internacional de importancia.

De la mano del marxismo y de otras corrientes reformistas, como la de Lasalle en Alemania, el movimiento obrero se planteó, pues, la conquista del Estado, para conseguir mejoras o para transformar la sociedad a través de la forma organizativa del partido político. Pero las dos variantes fundamentales de partidos utilizadas por el movimiento obrero supusieron dos innovaciones importantes de este tipo de organización, luego adoptadas por tendencias políticas ajenas al socialismo. En la época en que aparecen los primeros partidos socialdemócratas, los partidos burgueses que actuaban en la arena política eran partidos de notables, adecuados para una situación en la que el cuerpo electoral es muy restringido. Normalmente, a través del voto censitario, solo tenían derecho a participar en la vida política los varones que tuviesen un determinado nivel de rentas o educación.

Los partidos socialdemócratas representaron la primera forma de partidos de masas - aunque ya vimos que el cartismo fue un precursor - más adecuados a la progresiva conquista del sufragio universal y la participación de las masas en la vida política. El éxito electoral cosechado por este modelo de partido fue lo que originó su adopción posterior por parte de las corrientes políticas burguesas o parte de los nacionalistas. Se trata de un modelo adecuado para la lucha electoral en condiciones de legalidad, en las que el partido puede desarrollar una amplia burocracia para sostener una actividad compleja, gestionando no solamente la actuación de una gran cantidad de cargos electos (municipales, regionales y nacionales), sino de todo un complejo entramado levantado

alrededor del partido (periódicos, cooperativas, editoriales, organizaciones culturales, etc.).

El segundo modelo de partido aportado por el movimiento obrero fue el modelo de partido vanguardia de los primeros partidos comunistas a imagen del partido bolchevique. Un precursor de este tipo sería la propuesta blanquista de una organización minoritaria de revolucionarios comprometidos para llevar a cabo la revolución. El modelo bolchevique es la antítesis dentro del movimiento obrero del partido laborista, si en éste son los propios trabajadores a través de sus sindicatos quienes crean el partido para que les represente en la lucha política; en el caso de los bolcheviques, es un grupo de revolucionarios profesionales el que se establece como vanguardia en nombre y representación de la clase obrera para servir de guía en el proceso revolucionario. Ese núcleo de revolucionarios proviene sobretodo de las capas intelectuales, y considera que la clase obrera por sí sola es incapaz de comprender y plantearse su tarea histórica, la de realizar la revolución socialista. Originado y orientado para una lucha en la clandestinidad, es un modelo que se muestra altamente eficaz para conquistar revolucionariamente el poder del Estado en esas condiciones. Por ello mismo, es un modelo que será imitado posteriormente por movimientos que no son comunistas, pero tienen que luchar en condiciones de clandestinidad o represión, como, por ejemplo, los movimientos de liberación nacional del mundo colonial.

El hecho que propició la creación y extensión por Europa de distintos partidos socialistas fue el éxito electoral del partido socialdemócrata alemán. A partir de la creación de este partido puede decirse que la clase obrera participa plenamente en la política intentando conquistar el Estado para conseguir realizar su emancipación.

En 1875 fue fundado en el Congreso de Gotha el partido más importante de la Segunda Internacional, El Partido Socialdemócrata Alemán que, además, representó el primer partido estable de masas en el mundo. Su creación fue fruto de la unión de dos pequeñas formaciones políticas, la de los partidarios de Marx en Alemania con los partidarios de Lassalle. Los primeros agrupados en el Partido Socialdemócrata Obrero creado en 1869 de carácter marxista revolucionario, los segundos en la Asociación General de Obreros Alemanes fundado en 1863, de carácter socialista reformista. Se trataba de partidos creados por los intelectuales fundamentalmente, con programas a favor de la clase trabajadora, aunque de distinto carácter.

El crecimiento y desarrollo del SPD fue continuo, a pesar de atravesar inicialmente por una época de semilegalidad como consecuencia de las leyes antisocialistas de Bismarck, de manera que a principios del siglo XX se había convertido en una importante fuerza política dentro de Alemania. A pesar de declararse un partido revolucionario su actuación fue totalmente pacífica y de carácter parlamentario. Gracias al crecimiento económico alemán durante esa época, la clase obrera pudo lograr mejoras importantes en sus condiciones de vida y trabajo. Los éxitos conseguidos con la actuación sindical y parlamentaria, y el ambiente de relativa paz social reinante, permitió consolidarse al SPD que se convirtió en el partido socialista más grande y mejor organizado del mundo, sirviendo de modelo para la creación de otros partidos socialistas en la misma época en Europa. Se trataba de una organización compleja con cientos de miles de afiliados, decenas de periódicos y una gran cantidad de organizaciones de tipo cultural o social vinculadas al partido. Ya en la última década del siglo XIX el partido fue dividiéndose en dos tendencias enfrentadas. La que se podía denominar marxista y revolucionaria era inicialmente la mayoritaria, frente a una tendencia conocida como revisionista, que se inclinaba por la lucha a favor de las reformas sociales y aparcaba el objetivo final socialista, y que fue ganando terreno con el paso del tiempo.

El SPD representa el antecedente de un tipo de partido cuya base es la clase obrera y que se termina orientando hacia el reformismo dentro del sistema capitalista. Sus señas de identidad definitorias se irán consolidando después de la primera guerra mundial y en oposición al modelo de partido, objetivos y estrategia que representarían los partidos comunistas.

Pero no es el único tipo de partido de la clase obrera que se orientará hacia el reformismo. El otro modelo de estas características lo representa el partido laborista inglés. Hasta 1893, en que surge el partido laborista independiente, la clase obrera inglesa y sus sindicatos se inclinaban por apoyar a los liberales para conseguir medidas estatales favorables a sus intereses. Es decir, los sindicatos ingleses no rechazaban la acción política, pero lo delegaban en un partido de la burguesía, algo nada inusual en la historia del movimiento obrero, en cuyo caso expresa el bajo nivel de conciencia de la clase obrera sobre sus propios intereses.

Antes de 1893 se habían creado algunas organizaciones socialistas minúsculas oscilando entre el reformismo y el marxismo que confluyeron en el partido laborista independiente, el cual fracasó en las elecciones. En 1899 el nuevo sindicalismo decide romper la alianza con los liberales (Lib-Lab) y dotarse de una organización política autónoma, y al año siguiente se convoca la conferencia fundacional del partido. Por tanto el partido laborista nace, en realidad, de la confluencia de los sindicatos con la pequeña organización que representaba el existente partido laborista independiente. Esta situación “explica por qué el partido laborista nace, y está destinado a permanecer durante toda su historia, como el ‘brazo político’ de los sindicatos; un partido patrocinado desde el exterior, necesariamente destinado a institucionalizarse débilmente”.⁹ Con la afiliación colectiva de los sindicatos al nuevo partido laborista, éste creció rápidamente, y en 1906 obtuvo su primer éxito electoral.

Pero la segunda internacional se hundió con el desencadenamiento de la primera guerra mundial, en la que los partidos socialistas de los países beligerantes (con la excepción de Rusia e, inicialmente, Italia) se alinearon con sus respectivos gobiernos en uniones sagradas para sostener el esfuerzo bélico. Los partidos socialdemócratas no estuvieron a la altura del desafío histórico representado por la gran guerra, después de las diferentes declaraciones aprobadas en sus congresos para oponerse al conflicto que se veía aproximar.

Este hecho y el triunfo de la revolución en Rusia van a propiciar el surgimiento de un nuevo tipo de partido que pretende representar los auténticos intereses de la clase trabajadora, traicionados por los partidos socialistas en 1914. Son los partidos comunistas, que se crearán a imagen del partido bolchevique, tal como éste termina configurado al final del turbulento período de la revolución y la guerra civil.

El origen de los partidos comunistas se sitúa en la escisión que se produce en los partidos socialistas como consecuencia del triunfo de la revolución bolchevique en Rusia. La creación de la Internacional Comunista actuó como catalizador sobre los sectores más revolucionarios del movimiento obrero que se sintieron profundamente defraudados por la actitud de los partidos adheridos a la Segunda Internacional ante el desencadenamiento de la guerra en Europa en 1914, pero también dejó sentir su

⁹ Panebianco, Angelo, Modelos de partido, Alianza editorial, pág. 177

poderosa atracción sobre otros sectores no vinculados a esta última Internacional como es el caso de los anarcosindicalistas.

En la relación que se establece entre los partidos comunistas y el Comintern por un lado, y la que existía entre los partidos socialistas y la II Internacional por otro, se encuentra ya un hecho diferencial importante entre estos dos tipos de partidos obreros, pues ni la Internacional socialista impuso una disciplina como la ejercida por la Internacional Comunista sobre sus miembros, ni tampoco cumplió el papel de institución de legitimación externa que esta última representó respecto a los partidos comunistas.

Una vez establecidas sus secciones en diversos países, la tarea siguiente de la III Internacional consistió en homogeneizar los partidos comunistas en un proceso de bolchevización, por cuanto su objetivo era configurar las nuevas organizaciones según el modelo del partido bolchevique.

Inicialmente, los partidos comunistas fueron concebidos como organizaciones cuyo objetivo es impulsar la revolución en Europa tras el éxito bolchevique en Rusia. En este sentido recogían algunos aspectos de las organizaciones insurreccionales de principios del siglo XIX, especialmente del blanquismo.

Lenin enfatizó la organización de revolucionarios profesionales obligado por el trabajo en la clandestinidad, su visión se volvió vanguardista, concibiendo el partido como una organización separada del medio que la rodea, pero unida a las masas, atenta a sus formas de lucha y a sus innovaciones, en lo que se denomina “relaciones dialécticas con las masas dentro de una praxis revolucionaria”¹⁰. La fundamentación teórica de esta concepción del partido se encuentra en la mencionada distinción entre dos formas de conciencia de clase en el proletariado. Por un lado se encontraría un tipo de conciencia espontánea que nunca puede elevarse más allá del tradeunionismo, nacida de las propias experiencias del proletariado; se trata de una conciencia reformista que en consecuencia no se plantea la transformación comunista de la sociedad. Por otro lado, se encuentra la conciencia socialdemócrata elaborada por los intelectuales socialistas e introducida en el movimiento obrero a través de un combate contra las tendencias espontaneístas y sindicalistas del proletariado.

¹⁰ J.B. Fages, *Introducción a las diferentes interpretaciones del marxismo*, Ed. Oikos-tau, Barcelona, 1976, pág. 28

Se trata, en definitiva, de una concepción ultracentralista de organización donde el máximo órgano, el Comité Central, concentra la dirección política e ideológica, se encarga de organizar a los órganos inferiores, de nombrar a los responsables y de “dar trabajo a todos”. Como en un “Estado Mayor” o como un “director de orquesta”, el Comité Central es el impulsor de la actividad revolucionaria. Construido el partido de arriba hacia abajo, son prescritos en su seno el democratismo y el autonomismo como patrimonio de las corrientes oportunistas.

Fruto de unas circunstancias excepcionales - la lucha contra la autocracia zarista, la revolución de octubre y la posterior guerra civil - y pensado para unas circunstancias excepcionales - la extensión de la revolución a los países imperialistas - el tipo de partido cristalizado en 1920-1 devino finalmente modelo obligatorio para todos los partidos comunistas a partir de ese momento.

La creación de partidos comunistas en todo el mundo se concentró temporalmente en unos momentos concretos – el verano y el otoño de 1918, la primavera y el verano de 1919 y el invierno de 1920-1 – tras los cuales el nacimiento de nuevos partidos comunistas se produjo solo en casos aislados.

Nacidos de una concepción de partidos de vanguardias revolucionarias, sin embargo algunos de ellos terminaron convirtiéndose también en partidos de masas como los casos del PCF y el PCI antes de su declive, incluso la desaparición del último, tras la debacle de los países del socialismo real.

Como indicábamos más arriba, otra parte minoritaria del movimiento obrero, bajo la influencia de los anarquistas y los sindicalistas, rechazó la acción política y terminó situando a los sindicatos como los instrumentos adecuados para llevar a cabo la transformación social a través de un método que acabó siendo mitificado, la huelga general. Sus dos expresiones más exitosas fueron la CGT francesa de principios del siglo XX en el lado del sindicalismo revolucionario, y la CNT española en el lado del anarcosindicalismo.

Representando sectores minoritarios del movimiento obrero, con las dos excepciones señaladas, su declive final vino de la mano del triunfo de la revolución rusa y de la derrota de la II República en la guerra civil española. A partir de entonces, el campo

revolucionario dentro del movimiento obrero fue ocupado casi enteramente por el movimiento comunista.

Con la reconstrucción de la Internacional Socialista, después de la primera guerra mundial, y la creación de la Tercera Internacional se consolidaron las dos grandes representaciones partidistas dentro del movimiento obrero, la de los partidos socialdemócratas y la de los comunistas. Dentro de estos últimos es donde más novedades se produjeron con la aparición de las versiones trotskistas y maoístas, o la conversión de algunos de ellos en partidos de masas como el PCF y el PCI. Pero también los partidos socialistas evolucionaron, transformándose en partidos atrapalotodo, es decir, partidos cuyos discursos y programas ya no se dirigen en exclusiva a la clase trabajadora, buscando ampliar su base de representación hacia las clases medias para conseguir mayorías electorales que les permitan gobernar en sociedades con estructuras sociales complejas. En este sentido, los partidos socialistas dejan de ser exclusivamente los representantes de la clase trabajadora, e incluso se distancian las históricamente estrechas relaciones que mantenían con los sindicatos.

Estas dos grandes familias de partidos nacidos o vinculados al movimiento obrero se han mantenido desde su división en los años 20 del siglo pasado, si bien los partidos comunistas han conocido un fuerte declive en su implantación e influencia, especialmente a partir del hundimiento de los países del socialismo real.

Tanto los partidos socialistas como los comunistas conquistaron el poder en diferentes momentos y países durante el siglo XX. La eficacia de ambos modelos fue probada para ese primer objetivo, el de la conquista del poder. Si bien es necesario matizar el término, pues en el caso de los socialistas lo que realmente hicieron fue alcanzar electoralmente el gobierno, lo que no significa conquistar el poder real en la sociedad capitalista; por el contrario, en el caso de los comunistas si se puede hablar propiamente de la conquista del poder, en cuanto que con las revoluciones triunfantes se hicieron con todo el poder social y del Estado.

Efectivamente, en el caso de los partidos socialista no puede decirse que fuese realmente una conquista del poder, sino que accedieron al gobierno por medios electorales en democracias liberales y ensayaron la puesta en práctica de sus programas que fueron cambiando a lo largo del tiempo. Después de la segunda guerra mundial fueron el principal pilar en el establecimiento del Estado de Bienestar, una de cuyas

expresiones más avanzadas se plasmó en los países nórdicos. Otra de sus proyectos iniciales, las nacionalizaciones de las actividades fundamentales de la economía, fue abandonado progresivamente ante las dificultades encontradas dentro de las economías capitalistas, terminando por convertirse la defensa del Estado de Bienestar y la extensión de los derechos civiles en su seña principal de identidad.

En este sentido, los partidos socialistas han representado y han servido como el instrumento político del acuerdo de la clase obrera de los países desarrollados en aceptar la hegemonía de la burguesía y la renuncia a su proyecto de transformación social a cambio de una mayor participación en los frutos del desarrollo económico. Este acuerdo implícito se ha basado en dos premisas: un intercambio desigual con los países no desarrollados que permitía un nivel de ganancias de la burguesía compatible con los beneficios concedidos a la clase obrera, y un crecimiento económico sostenido. La puesta en causa de cualquiera de estas dos premisas, como por ejemplo del aumento del precio del petróleo a mediados de los años 70, o la crisis económica desencadenada en 2008, ha llevado a la ruptura del pacto por parte de la burguesía y al desmantelamiento parcial del Estado de Bienestar.

Por otro lado, y como indicábamos más arriba, los partidos socialistas se han convertido en partidos atrapalotodo cuyos discursos y programas se dirigen a sectores sociales más amplios que la clase obrera, especialmente la clase media, lo que ha supuesto una redefinición del proyecto socialista con inclusión de elementos liberales. Pero sobretodo esta nueva situación ha supuesto que dejasen de ser el principal instrumento político del movimiento obrero en las sociedades capitalistas.

Los partidos comunistas si han conquistado el poder realmente en diferentes partes del mundo. Pero se ha tratado de países donde la clase obrera era minoritaria por su bajo nivel de desarrollo económico, y solo de manera débil puede sostenerse que a través suyo el movimiento obrero se hacía cargo del poder. Orientados por el marxismo, pero gobernando países de bajo desarrollo y enfrentados al acoso del imperialismo, su práctica política y social excluyó realmente a la clase obrera del poder, que terminó por no sentirse identificada con los Estados del socialismo real, como quedó demostrado en la debacle de estos Estados a partir de 1989.

Los partidos comunistas se mostraron como instrumentos muy eficaces para la actuación en condiciones de agudo conflicto social o de guerra abierta y para tomar el

poder en esas condiciones, pero una vez en el poder terminaron siendo más el instrumento de la inmensa burocracia estatal y económica desarrollada que de la clase obrera. Su degeneración en esas condiciones les llevó a un fuerte declive con reconversiones y desapariciones cuando el socialismo real se hundió.

Novedades recientes vinculadas al movimiento obrero

Pocas han sido las novedades dentro del movimiento obrero en lo concerniente a los partidos políticos una vez estabilizadas las dos grandes familias formadas por socialdemócratas y comunistas. Los cambios más importantes acaecieron en el seno de cada una de éstas, especialmente en los partidos comunistas donde primero se vivieron un importante número de escisiones relacionadas con el enfrentamiento en el interior del movimiento comunistas y, después de la debacle del socialismo real, se produjo un declive y reconversión de los viejos partidos que buscaron, en algunos casos, alianzas con los nuevos movimientos sociales con objeto de sobrevivir en las nuevas condiciones surgidas con la caída del muro de Berlín.

En todo caso se podría hablar de tres nuevos partidos vinculados al movimiento obrero con más o menos intensidad, y creados en condiciones y por actores bastante diferentes. Por orden temporal estos serían el Partido de los Trabajadores de Brasil, creado por el movimiento sindical de ese país; el Partido Socialista Unificado de Venezuela, creado para servir de apoyo organizativo a la revolución bolivariana iniciada con la victoria electoral de Hugo Chávez y que defiende lo que se ha terminado conociendo como socialismo del siglo XXI; y Syriza, el partido griego que ha crecido como consecuencia de la crisis económica que asola ese país desde 2008 y fruto de la unión de pequeños partidos de orientación izquierdista pre-existentes.

El Partido de los Trabajadores en Brasil fue fundado en 1979. Fruto, sobretodo, de la fuerte actividad del combativo movimiento sindical opuesto a la dictadura, con el importante movimiento huelguístico de 1978-9. Su nacimiento se debe a la voluntad de los sindicatos de dotarse de un instrumento político propio para defender sus intereses en la arena institucional y su desconfianza respecto a los partidos tradicionales de la izquierda brasileña, sobre todo los comunistas. En ese proyecto, los sindicatos fueron apoyados por los movimientos cristianos de base y militantes de la izquierda sobrevivientes de la dictadura. Su fortalecimiento y consolidación se vio favorecida con la creación en 1984 del Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra (MST) y de la Central Única de Trabajadores (CUT). Por su origen y estructura, el PT se asemeja sobre todo al modelo laborista de partido. A pesar de haberse declarado socialista, sin

embargo, más bien se comporta como un partido demócrata radical. En las primeras experiencias de gobiernos locales y regionales, el PT puso en práctica un modelo de democracia de base, los presupuestos participativos, pero con la extensión de su poder institucional a partir de la victoria presidencial de Lula, el PT se institucionalizó cada vez más y se acentuó su tendencia al pragmatismo, de manera que el balance de los gobiernos de Lula es una mezcla de continuidad económica neoliberal con políticas asistenciales para los sectores más desfavorecidos, es decir, un comportamiento típico de los partidos social-liberales. En el seno del PT coexisten tendencias revolucionarias y socialdemócratas, pero el proyecto político de su dirección es reformista, a pesar de las fuertes movilizaciones que han acompañado su historia, con expulsiones de algunos de sus sectores revolucionarios, como ocurrió en 2003 con ocasión de la aprobación de la regresiva reforma de las pensiones por el gobierno Lula.

El segundo gran partido de masas, creado a principios del siglo XXI, fue el PSUV, también en América Latina como el PT. Pero a diferencia de este último su creación no fue por iniciativa del movimiento obrero, sino por la decisión del hiper-liderazgo que conducía la revolución bolivariana, el de Hugo Chávez.

Detrás de su creación no ha estado ni el movimiento obrero, ni ningún otro movimiento social, pero sí el respaldo de masas a la revolución que se desarrollaba en Venezuela. Si lo incluimos en este epígrafe sobre el movimiento obrero es por su vinculación indirecta con él a través de su adscripción a uno de los objetivos esenciales de aquel, el socialismo. En este sentido se asemeja más a la creación de los partidos comunistas. Si estos fueron creados generalmente por una vanguardia de revolucionarios e intelectuales como la parte más concienciada del movimiento obrero, con la intención de dotarle de una conciencia de sus objetivos más allá de los estrictamente economicistas y para servir de guía a la estrategia de la clase trabajadora, el PSUV fue una decisión de Hugo Chávez para dotar al proceso revolucionario puesto en marcha en Venezuela de un instrumento partidario para organizar a la gran masa de sus seguidores, servir de dirección política al proceso, y ser el soporte electoral y de gobierno para las fuerzas revolucionarias.

No es que hasta el momento de su creación, en 2007, nueve años después del acceso a la presidencia de Hugo Chávez, no existiese ningún soporte partidario de la revolución. Por el contrario, de un lado se encontraba un instrumento político directamente creado

también por Chávez y sus más cercanos colaboradores en 1997, el Movimiento V República, y de otro lado existían otra serie de fuerzas políticas que también apoyaban el proceso revolucionario. Pero el primero se había mostrado insuficiente, a pesar de haber contribuido a las sucesivas victorias del chavismo, y los segundos estaban divididos. El objetivo buscado por Hugo Chávez fue superar esas debilidades mediante la creación de un nuevo partido que englobase a todas las fuerzas políticas que le apoyaban. En gran parte esto fue conseguido, solo dos importantes partidos que apoyaban la revolución bolivariana rechazaron disolverse para integrarse en el PSUV, el Partido Comunista de Venezuela y Patria para Todos.

La decisión de su creación fue tomada en 2006, después de la amplia victoria presidencial de Chávez con el apoyo de más de 20 partidos, y de la definición del objetivo de la revolución bolivariana como el socialismo del siglo XXI. Ello demandaba pasar desde la naturaleza de maquinaria electoral y sin una clara ideología que era el Movimiento V República, a un partido de masas orientado al socialismo que debía ser el PSUV.

El objetivo de constituirse como un partido de masas fue logrado en su nacimiento cuando entre abril y junio de 2007 se inscribieron 5,7 millones de aspirantes a militantes, y en una segunda campaña en 2009 la cifra ascendió a 7,25 millones. Pero también el PSUV nació con un importante tropiezo, pues en el referéndum de reforma constitucional celebrado en diciembre de 2007 el chavismo fue derrotado, consiguiendo un apoyo electoral inferior al número de aspirantes que se habían adscrito al PSUV.

En el PSUV conviven diversas tendencias, fruto de su naturaleza unificadora de organizaciones políticas pre-existentes, desde las genuinamente revolucionarias hasta los sectores estrechamente vinculados al Estado y a intereses económicos a los que se les ha definido como boliburguesía.

En cuanto a su definición ideológica, el PSUV refleja también tanto el sincretismo de las organizaciones que concurrieron a su fundación como de la propia revolución bolivariana desde sus inicios, así y como apunta Javier Biarreau, “El PSUV se declara como partido: anticapitalista y antiimperialista, anticorrupción, socialista, marxista, bolivariano, comprometido con los intereses de la clase trabajadora y el pueblo, humanista, internacionalista, patriótico, unitario, ético y con moral revolucionaria, defensor de los derechos de la madre tierra, defensor de la igualdad y equidad de

género, defensor de los derechos de las personas con discapacidad, defensor de la democracia participativa y protagónica en la sociedad, como vanguardia política del proceso revolucionario, original y creativo, defensor, impulsor y promotor del poder popular, promotor del desarrollo endógeno, defensor de la igualdad en el seno de la organización, crítico y autocrítico, basado en el principio del centralismo democrático y de dirección colectiva, disciplinado, practicante de la democracia interna en el partido.

De manera, que a los lectores y lectoras les corresponderá contribuir a desentrañar la amalgama de elementos ideológicos que conforman tanto el internacionalismo revolucionario que apoya la liberación de los pueblos del mundo, la integración suramericana y caribeña, como el nacionalismo popular-democrático-revolucionario del proceso bolivariano, que junto a determinados perfiles del marxismo (en tanto filosofía de la praxis, herramienta para el análisis crítico de la realidad y guía para la acción revolucionaria) constituyendo las bases teórico-ideológicas del PSUV.”¹¹

Finalmente, nos referiremos en este apartado a la tercera y más novedosa de las fuerzas políticas, Syriza.

La situación de crisis económica en Europa desde 2008 y las políticas de austeridad desplegadas por los gobiernos conservadores o socialdemócratas de los diferentes países han dado lugar a intensas movilizaciones populares y han trastocado el panorama político con mayor o menor intensidad en cada uno de los Estados miembros europeos. El resultado ha sido un ascenso de las fuerzas políticas populistas de extrema derecha y un débil crecimiento de las fuerzas de izquierda, con la excepción de Syriza. En esta situación, solo dos movimientos sociales en Italia y España, que trataremos más adelante, han dado lugar a nuevos partidos políticos.

Como en el caso del PSUV, tampoco se trata de una creación vinculada directamente al movimiento obrero u otro movimiento social. Se trató originalmente de una coalición de fuerzas políticas pre-existentes (de hecho Syriza es el acrónimo de Coalición de la Izquierda Radical) unidas en 2004, es decir, con anterioridad a las potentes movilizaciones que han recorrido Grecia desde 2008 contra las políticas de austeridad impuestas por la troika formada por Bruselas, el FMI y el BCE y llevadas a cabo por los gobiernos conservadores y socialdemócratas. Posteriormente, en julio de 2013, Syriza

¹¹ Biardeau R., Javier, El “legado de Chávez”: ¿repetir los errores del socialismo burocrático? ¿hay falsificación del Plan de la Patria?, págs.. 7-8

se convirtió en un partido unitario. Su vinculación al movimiento obrero viene dada por el programa propio y de los partidos que concurrieron a la coalición, es una fuerza que se declara socialista en sus objetivos y que lucha por los intereses de la clase trabajadora y el resto de las clases populares griegas. Pero también puede decirse que tiene una vinculación desde antes de su nacimiento con los movimientos sociales.

Si en el caso del PT se trataba de una creación directa del movimiento sindical al margen de la existencia de otros partidos del movimiento obrero como los partidos comunistas brasileños, y en el caso del PSUV de la iniciativa del presidente Chávez para colmar una necesidad política para el proceso revolucionario en marcha, en el caso de Syriza se trata de la reconversión, bajo la influencia de los movimientos sociales, de una amalgama de antiguos partidos de la izquierda, que inicialmente no tuvo mucho éxito electoral.

El antecedente de Syriza fue la creación en 1992 del partido que sería luego el núcleo de esta coalición, Synáspismos, fundamentalmente una escisión de orientación eurocomunista del ortodoxo partido comunista griego KKE. Una cuestión que caracteriza a Syriza es la inusual coalición entre partidos moderados, como Synáspimos, con otra docena de partidos, algunos de ellos de extrema izquierda. Ello suponía una clara voluntad de superar los viejos dogmatismos que suelen dividir a la izquierda. Las tensiones en el interior de la coalición por este motivo se aplacaron a partir de 2010 cuando se separó de ella el ala socialdemócrata de Synáspismos y la coalición pudo establecer una línea política más consensuada y claramente a la izquierda.

Como se apuntaba más arriba, Syriza también tiene una vinculación con los movimientos sociales. En 1997 se estableció en Grecia la rama local de las marchas europeas contra el paro, como un componente del movimiento anti-globalización que se estaba extendiendo por el mundo. En estas marchas participaron las formaciones políticas de la izquierda griega junto a los movimientos sociales y los sindicatos, lo que ayudó a impulsar un proceso de unificación que se profundizó en la posterior experiencia de unidad que fue el foro social. Estos antecedentes de colaboración en el seno de los movimientos sociales están detrás de la alianza electoral que se conformó en 2004.

Sus primeros resultados electorales fueron muy modestos. Su oportunidad política se presentó con la decepción de la clase obrera y demás clases populares con el gobierno

socialista del PASOK que, una vez alcanzado el poder en plena crisis económica, traicionó sus promesas electorales y se alineó con las exigencias de austeridad de la troika, profundizando la situación de paro y pobreza de las clases populares. En esta situación Syriza consiguió presentarse con su programa político como la expresión política de los intereses de todas las capas griegas que se movilizaron intensamente contra las duras medidas de austeridad. Syriza se adaptó al proceso de intensas movilizaciones para servir de instrumento político al movimiento obrero y popular, y con su fórmula de unidad ha conseguido situarse como el segundo partido más votado¹² y como una auténtica alternativa de gobierno en Grecia. Esa situación de Syriza la ha convertido en un ejemplo para la izquierda del viejo continente y la ha posicionado en el liderazgo del Partido de la Izquierda Europea

¹² En las elecciones de mayo y junio de 2012 Syriza se convirtió en el segundo partido más votado con el derrumbe del PASOK, multiplicando por seis sus resultados de 2009.

Conclusiones

Como hemos visto, a lo largo de su historia el movimiento obrero ha pasado por diversas etapas en la toma de conciencia y en la elaboración de estrategias e instrumentos adecuados a su tarea. Hemos analizado como en sus inicios se planteó la vía cooperativista como manera de superar el capitalismo, para la cual no era necesaria la creación de partidos políticos. Después otras vías como la espontaneísta o la sindicalista, que seguían negando la importancia de alcanzar el poder del Estado, también rechazaron la organización partidaria. Solo en una etapa más avanzada, los análisis más complejos y elaborados sobre las dificultades para alcanzar el objetivo socialista, provenientes del marxismo, llevaron a plantearse la necesidad de la lucha política y de creación de partidos.

La primera expresión de estos, los partidos socialdemócratas, en su primera etapa de existencia se dejaron llevar por dos ilusiones, a través de las cuales se engañaban sobre las dificultades, la primera fue la de su crecimiento electoral continuo en una sociedad que debería polarizarse y en la que la clase obrera les daría una mayoría indiscutible, la segunda ilusión consistió en la adopción de una versión mecanicista del marxismo según la cual la transformación socialista era algo inevitable, determinado por la propia evolución del capitalismo. Las corrientes interiores en la socialdemocracia, como el revisionismo de Bernstein, y el fracaso ante la prueba de la primera guerra mundial, hicieron derivar a los partidos socialistas hacia unos objetivos diferentes de los adoptados en sus comienzos. En los nuevos objetivos ya no se trataba de remplazar al capitalismo por el socialismo, sino de introducir una dinámica distributiva dentro del capitalismo a favor de la clase obrera y otras capas populares, el instrumento utilizado para alcanzar esta meta sería un Estado benefactor, y la herramienta para llevar a cabo el programa sería el partido político, primero de masas, siguiendo la tradición inaugurada por ellos mismos y, luego, el partido atrapalotodo, que se dirige a un amplio espectro del electorado en sociedades desarrolladas y de estructura social compleja.

El objetivo original abandonado por los partidos socialdemócratas, el socialismo, fue continuado por un nuevo tipo de partido del que se dotó el movimiento obrero, el partido comunista. Su nacimiento tuvo lugar con la primera revolución socialista

triunfante en el mundo, la soviética. Sus inicios tuvieron lugar, por tanto, en unas condiciones excepcionales. El tipo de partido comunista nació a la vez que la sociedad que representaba el objetivo a alcanzar, el comunismo. Pero esta situación fue efímera, la revolución no se extendió al resto de Europa primero, y al resto del mundo después, quedó limitada a un solo país, Rusia, y además atrasado y con un proletariado minoritario. La situación de los partidos comunistas se desdobló, de un lado, en la Unión Soviética y luego en otros países, era el instrumento para construir el comunismo y, de otro, en el resto del mundo, era el instrumento para luchar por la revolución iniciada en 1917. Su objetivo final se tendría que lograr por la conquista del poder político, es decir, el Estado, para desde él llevar a cabo su estrategia de transición al socialismo.

El partido político se consolidó, dentro del movimiento obrero, como el instrumento privilegiado de lucha por alcanzar sus objetivos, fuesen estos la mejora de su situación en el seno de la sociedad capitalista a través de los partidos socialdemócratas, o fuesen la transición al socialismo mediante la conquista del Estado. Frente a este instrumento, las otras expresiones organizativas del movimiento obrero, como los sindicatos o las cooperativas, terminaron teniendo un carácter auxiliar o secundario, fundamentalmente porque debido a la naturaleza del Estado interventor es desde éste donde se deciden los aspectos fundamentales de las condiciones de la clase trabajadora. En las sociedades capitalistas, los sindicatos cumplen la misión de representar al mundo del trabajo ante la patronal o las instituciones, pero las conquistas del Estado del Bienestar se consiguieron desde la acción estatal. En las sociedades donde triunfo la revolución, los sindicatos apenas tuvieron ningún papel en las tareas para edificar el socialismo.

El resultado final, a la altura de la segunda década del siglo XXI, de la estrategia del movimiento obrero por utilizar el instrumento del partido político para alcanzar sus objetivos no es nada satisfactorio. En las sociedades desarrolladas capitalistas la crisis económica mundial desencadenada en 2008 ha hecho retroceder a importantes conquistas de la clase trabajadora, poniendo en evidencia que el Estado del Bienestar es una conquista nunca consolidada en el capitalismo y, por otra parte, los partidos socialdemócrata se han convertido en partidos atrapalado que se dirigen y pretenden representar los intereses de capas sociales más amplias que la clase obrera, especialmente a las nuevas clases medias. Esto significa que se ha roto el vínculo estrecho que unió en los inicios al movimiento obrero con los partidos

socialdemócratas, vínculo que ya fue erosionado cuando los partidos comunistas también se presentaron como los auténticos representantes de la clase obrera desde su creación.

Por otra parte, con el hundimiento del socialismo real en la década de 1990 quedaba patente el fracaso de la estrategia de los partidos comunistas para alcanzar el socialismo, esa debacle cerró un ciclo de varias décadas durante las cuales la extensión de la revolución a varias partes del mundo no desarrollado y los éxitos económicos iniciales en la Unión Soviética ocultaron la degradación del proyecto. Los partidos comunistas en el poder se terminaron convirtiendo en partido-Estado en esos países mediante la fusión de las estructuras del partido con las del Estado, y cuando el socialismo real se hundió, arrastró con él a esos partidos, intensamente desprestigiados y vaciados de su contenido inicial. La clase trabajadora no se sentía identificada con esos Estados y permaneció indiferente, cuando no participó en el derribo de dichos regímenes, como fue el caso de Polonia.

La ola generada por el hundimiento se propagó al resto de los partidos comunistas de otras partes del mundo que se vieron obligados, en muchos casos, a reconvertirse y buscar alianzas para sobrevivir. La reconversión de los partidos comunistas ya había comenzado años antes del debacle del socialismo real cuando importantes partidos, sobretudo europeos, se distanciaron de la Unión Soviética y demás países comunistas adoptando lo que se conoció como eurocomunismo, un ensayo de adaptación a las nuevas condiciones de lucha en las sociedades complejas del capitalismo desarrollado. A pesar de este esfuerzo anticipado de desvincularse de los regímenes comunistas, estos partidos no pudieron evitar las consecuencias de su hundimiento e importantes partidos de masas como el PCF o el PCI fueron reducidos a la marginalidad o simplemente desaparecieron.

Pero la debacle del socialismo real no solo afectó a los partidos comunistas, sino al conjunto de las fuerzas transformadoras en todo el mundo. La reacción en el seno de éstas llevó a poner en causa dos elementos esenciales en la larga historia del movimiento obrero que durante más de un siglo y medio habían servido de señas de identidad y guía para su acción. El primero de estos elementos era la convicción de que la clase obrera fuese el único o principal sujeto de la transformación socialista, ahora se señalaban a un conjunto más heterogéneo de sujetos potencialmente interesados en ese

objetivo que, a su vez, también era reformulado con características diferentes. El segundo elemento puesto en causa fue que la conquista del Estado y el instrumento partidario necesario para ello fuese la estrategia más adecuada. Apareció una nueva tendencia con fuerza que engarzaba con algunos de los postulados clásicos del anarquismo al negar la necesidad de conquistar el Estado para transformar la sociedad, y al rechazar, en consecuencia, la forma de organización partidaria. Fue la reacción de algunos de los nuevos movimientos anti-sistémicos que trataremos más adelante.

El movimiento nacionalista

Las tres grandes tendencias políticas que han modelado el mundo desde el inicio de la revolución industrial y la revolución francesa han sido el liberalismo, el socialismo y el nacionalismo. Las dos primeras han mantenido un enfrentamiento a lo largo de casi dos siglos. El liberalismo ha sido la filosofía política que ha informado mayoritariamente a los Estados capitalistas, sufrió su época de influencia más baja en el período de entreguerras mundiales, y luego la recuperó y se convirtió en un paradigma político hegemónico con el derrumbe del “socialismo real”. El socialismo, tras un crecimiento continuado desde mediados del siglo XIX a través de diversas variantes, y después de alcanzar su punto más alto de influencia en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial entró en una crisis profunda especialmente tras el derrumbe señalado.

El nacionalismo mantuvo relaciones conflictivas con las otras dos tendencias mencionadas, pero, sobre todo, ha sido una fuerza irresistible que no ha dejado de modelar el mundo desde principios del siglo XIX hasta la actualidad.

“El nacionalismo es un programa político bastante reciente en términos históricos, que sostiene que los grupos definidos como «naciones» tienen el derecho a formar -y por eso podrían hacerlo- Estados territoriales del tipo del que se volvió estándar desde la revolución francesa. Sin este programa, realizado o no, «nacionalismo» es un término sin significado. En la práctica el programa implica usualmente ejercer control soberano, hasta donde sea posible, sobre una franja continua de territorio con límites claramente definidos, habitados por una población homogénea que forma un cuerpo esencial de ciudadanos”¹³

El nacionalismo es un fenómeno complejo por su extensión en el tiempo y el espacio y por la multitud de diferentes expresiones que contiene, consecuencia de la manera distinta de mezclar algunos de sus principales elementos constitutivos como la historia, el territorio, la etnicidad o el lenguaje. Por tanto, podría decirse que no hay dos nacionalismos iguales. Si se toma como elemento de diferenciación la manera en como son articulados, entonces, “algunos son articulados territorialmente, otros étnicamente,

¹³ Eric Hobsbawm, Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy, en Fernández Bravo, Álvaro (compilador), La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha, pág. 175

otros civilizacionalmente y otros religiosamente, y son en cada caso sujetos a una lógica interna diferente con respecto a su modo de articulación.”¹⁴

Por el contrario, si se toma en cuenta el efecto político que producen entonces se puede obtener otra tipología, “nacionalismos unificadores (Italia, Alemania) y nacionalismos disgregadores (el Imperio austrohúngaro, la antigua URSS); nacionalismos secesionistas sobre una parte del territorio -que no parece que vaya a desembocar en la desaparición del Estado preexistente (Escocia, Milán, Flandes, Cataluña, el País Vasco, Quebec, etc.), y nacionalismos «interiores» que destruyen el Estado existente (Yugoeslavia, Checoslovaquia); nacionalismos de reincorporación (Ulster, Alemania del este, Moldavia, etc.), y en fin, nacionalismos «reformadores» que surgen en momentos de crisis profunda del aparato del Estado, como el fascismo italiano y el nazi, pero también el franquismo.”¹⁵

Aunque el origen del nacionalismo se sitúa en Europa, sin embargo fue asumido rápidamente por el resto del mundo, especialmente con los procesos descolonizadores. Fernando Quesada¹⁶ diferencia cinco fases solapadas en el tiempo para describir la expansión del nacionalismo. En primer lugar, los viejos Estados-nación europeos (Francia, España, Inglaterra) que se asientan entre los siglos XVI y XVII. En segundo lugar, los Estados nacionales que se originan en la independencia de las diferentes colonias americanas en los siglos XVIII y XIX. La tercera fase nacionalista se centra especialmente en Europa con el establecimiento de algunos nuevos Estados en el siglo XIX como Alemania, Italia y Noruega, los nuevos Estados aparecidos con el derrumbe de los imperios austro-húngaro y turco y la actividad de nacionalismos sin Estado como Escocia, Cataluña, etc. La cuarta fase se caracteriza por la extensión del nacionalismo a otros continentes y la aparición de nuevos Estado-nación, especialmente con el proceso descolonizador posterior a la segunda guerra mundial. La quinta y última fase volvería a tener como escenario principal a Europa como consecuencia del derrumbe del socialismo real y la implosión de dos importantes federaciones, la soviética y la yugoslava. La fuerza del fenómeno nacionalista en las últimas décadas queda ilustrada por la cantidad de Estados nuevos creados, si en 1945 la Naciones Unidas fueron

¹⁴ Bhikhu Parekh, La invención de la nación, en Fernández Bravo, Álvaro (compilador), op. cit. pág 115

¹⁵ Perfecto García, Miguel Ángel, Los nacionalismos contemporáneos. Un estado de la cuestión, pág. 239

¹⁶ Miquel Caminal, Dimensiones del nacionalismo, en Quesada, Fernando (edición), Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la filosofía política, pág. 60

fundadas por la concurrencia de 51 Estados, en la actualidad son miembros de la misma 193 Estados.

Podría parecer que el nacionalismo se sitúa más como un movimiento político que como uno social, pero como Eric Hobsbawm señala, “Por otro lado, la etnicidad, lo que quiera que ella signifique, no es programática ni menos un concepto político. Puede adquirir funciones políticas en determinadas circunstancias y puede hallársela, por lo mismo, asociada con programas, incluyendo algunos nacionalistas y separatistas. Hay múltiples buenas razones por las cuales el nacionalismo anhela una identificación con la etnicidad, porque esta provee el pedigree histórico que la «nación» carece en la gran mayoría de los casos.”¹⁷

Es decir, que el nacionalismo, como ocurre también con el movimiento obrero, es un movimiento social que da lugar al desarrollo de movimientos políticos en su seno y, finalmente, genera partidos políticos.

Efectivamente, en el mismo sentido se expresa Hobsbawm cuando señala las tres fases por las que pasa la historia de los movimientos nacionales: “En la Europa decimonónica, para la cual fue creada, la fase A era puramente cultural, literaria y folclórica, y no tenía ninguna implicación política, o siquiera nacional, determinada, del mismo modo que las investigaciones (por parte de no gitanos) de la gypsy lore society no la tienen para los objetos de las mismas. En la fase B encontramos un conjunto de precursores y militantes de «la idea nacional» y los comienzos de campañas políticas a favor de esta idea. [...] la fase C, cuando —y no antes— los programas nacionalistas obtienen el apoyo de las masas, o al menos parte del apoyo de las masas que los nacionalistas siempre afirman que representan. La transición de la fase B a la fase C es evidentemente un momento crucial en la cronología de los movimientos nacionales.”¹⁸

Al igual que el movimiento obrero, el nacionalista es un producto de la modernidad. El primero se origina con el modo de producción capitalista, especialmente en su fase industrialista, y tiene como núcleo central de articulación la oposición de las dos clases sociales principales en el capitalismo, la clase obrera y la burguesía. El movimiento nacionalista pivota en torno a otro gran fenómeno de la modernidad, la nación,

¹⁷ Eric Hobsbawm, *Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy*, en Fernández Bravo, Álvaro (compilador), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, pág. 176

¹⁸ Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, pág. 20

entendida ésta no como una entidad social primaria y ahistórica, sino como la considera Elie Kedourie, quién señala que “el nacionalismo es una doctrina inventada en el siglo XIX en Europa, con la pretensión de suministrar una doctrina útil para conseguir la unidad de una población determinada, ejercer el control legítimo del poder del Estado a nivel interno, y además establecer, sobre bases nacionales, una organización justa de la sociedad internacional.”¹⁹

Para Núñez Seixas existe un movimiento nacionalista cuando se cumplen algunas condiciones como son, “La presencia de una ideología nacionalista: que conciba al colectivo humano cuya representación se arroga como una *nación* [...] La prosecución de ese objetivo mediante métodos de agitación y propaganda sociopolítica [...] La concepción, presente o ideal del movimiento nacionalista como movimiento social con aspiración de globalidad, que en última instancia pretende configurar una comunidad: por lo tanto, ese movimiento nacionalista no se ceñirá exclusivamente en algún momento de su evolución, a la dimensión política, sino que se extenderá a otras esferas de la sociedad civil”²⁰

Sobre el origen de los movimientos nacionalistas este autor²¹ señala la existencia de los siguientes modelos explicativos. La teoría del despertar nacional, lo cual presupone como condición previa la presencia de una situación de opresión hacia la nacionalidad que recobra su conciencia. “La existencia de una marginación u opresión económica” que discrimine a una colectividad o territorio, lo cual se expresa a través de dos teorías, la del “colonialismo interno” y la de la “frustración relativa”. Y las teorías que sitúan el origen de los movimientos nacionalistas vinculado a algún grupo social que para defender mejor sus intereses apela al conjunto de la nación, en este grupo se encuentran las teorías clásicas marxistas que acusa a los interés burgueses de promover los movimientos nacionalistas, las que señalan a los intelectuales como impulsores de los movimientos nacionalistas para acceder a papeles dirigentes, y las “teorías de la competición étnica”.

En Europa los movimientos nacionalistas están muy activos desde el siglo XIX. Ya vimos la creación en esa época de algunas importantes naciones en el viejo continente como Italia o Alemania, pero no solamente se encuentran estos casos, sino que en la

¹⁹ Perfecto García, Miguel Ángel, op. cit., pág. 233

²⁰ Núñez Seixas, Xosé Manuel, Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX, págs., 12-3

²¹ *Ibidem*, págs.. 13-4

mayor parte de Europa esos movimientos se implantan y desarrollan, alcanzando a veces el nivel de un movimiento de masas, y una intensa acción insurreccional, como por ejemplo en el caso de polacos o húngaros. Se puede decir que, especialmente, en toda Europa central y oriental se muestran muy activos.

En Europa occidental su desarrollo está más retrasado, y durante el siglo XIX los movimientos nacionalistas se mantienen aún en el plano de la actividad cultural. Solo a principios del siglo XX empieza a cobrar importancia la acción política de estos movimientos, es decir, el paso de la fase A a la B según la tesis de Hobsbawm.

En la fase pre-política, los movimientos nacionalistas se vuelcan en el plano lingüístico y de la cultura, creando o dominando una gran variedad de organizaciones o instituciones de carácter cultural (editoriales, periódicos, teatros, para la difusión del idioma y la cultura), social (universidades, clubs sociales, cámaras de comercio o cooperativas agrícolas) o deportivo. La aparición de partidos políticos en los movimientos nacionalistas no se produce justamente hasta que estos no pasan a la fase B y, además, las estructuras políticas de los Estados no ofrezcan oportunidades de acción a ese nivel. Dos van a ser los principales incentivos para la constitución de partidos nacionalistas. Primero, la existencia de instituciones representativas, aunque sean censitarias al comienzo, pero sobretodo con la extensión del sufragio a capas cada vez más amplias de la población; y, luego, el ejemplo de los partidos de masas que ofrece la socialdemocracia.

En la década de 1860 ya existen varios partidos nacionalistas checos (los viejos y los jóvenes), en 1868 se crea el Partido Nacional Eslovaco. El nacionalismo macedonio es un poco especial por su orientación insurreccional desde sus inicios, y su principal organización creada a fines del siglo XIX (la ORIM) busca un levantamiento armado para sacudirse el yugo del imperio otomano, dotándose de una estructura paramilitar.

En la Europa occidental se crean los primeros partidos nacionalistas a fines del siglo XIX como es el caso de la Unión Nacionalista Bretona y luego, ya en 1925, el Partido Autonomista Bretón. En España, el Partido Nacionalista Vasco se crea en 1895, y seis años más tarde la Lliga Regionalista de Cataluña. En la década de 1920 se crearán los partidos nacionalistas de Escocia y Gales. Pero el nacionalismo más activo e influyente de esa época en Europa occidental sería el irlandés.

En Irlanda, el nacionalismo se apoyó en las dos características más diferenciadoras con respecto a Gran Bretaña, el idioma (gaélico) y la religión (católica). En 1858 aparecen organizaciones secretas nacionalistas de carácter insurreccional como la Hermandad Feniana. Una década más tarde, la nueva política de Londres permitió que los sectores nacionalistas más moderados de la Liga para el Autogobierno pasaran al primer plano, pero a finales del siglo XIX se frustraron las esperanzas de obtener una mayor autonomía a través de la vía parlamentaria lo que dio de nuevo el protagonismo a los sectores más radicales del nacionalismo. En 1900 se creó en Sinn Féin y en 1904 el Partido Socialista Republicano Irlandés de carácter socialista y nacionalista, que actuaron junto a la mayoritaria Liga Irlandesa Unida. Los fracasos en obtener la autonomía y la aparición de fuerzas paramilitares entre los protestantes del Ulster llevaron a que aparecieran también fuerzas paramilitares entre los nacionalistas católicos. La derrota y represión de la rebelión de Pascua en 1916 se convirtió en un ascenso de la popularidad de Sinn Féin, a la vez que ejerció una importante influencia sobre otros movimientos nacionalistas europeos. La fuerza política del Sinn Féin y los enfrentamientos del IRA con el ejército británico llevaron al reconocimiento por parte de Gran Bretaña del Estado Libre de Irlanda en 1921. Este tratado dividió a los nacionalistas irlandeses que se enfrentaron en una guerra civil en 1922-23. El nuevo partido hegemónico tras la rendición de las fuerzas opuestas al tratado fue el Fianna Fáil que en 1937 consiguió la aprobación de una constitución republicana para Irlanda.

El nacionalismo obtuvo un importante éxito al final de la primera guerra mundial con la defensa del derecho de autodeterminación tanto por parte de Lenin, como del presidente norteamericano Wilson, y con la creación de nuevos Estados procedentes del derrumbe de los imperios austro-húngaro y turco. Pero dada la mezcla de poblaciones de diferentes orígenes, los nuevos Estados de la Europa centro-oriental se encontraron con importantes minorías étnicas que crearon sus propios partidos políticos. Sin embargo, estos no pudieron participar en el sistema político porque la mayoría de estos Estados bascularon a regímenes dictatoriales durante el período de entreguerras.

De entre todos los principales nacionalismo activos en Europa centro-oriental anteriores a la primera guerra mundial, cuatro de ellos no consiguieron alcanzar el objetivo de tener un Estado propio al final de la contienda, los croatas, macedonios, eslovacos y ucranios. Todos ellos mantuvieron una intensa actividad durante el período de entreguerras.

La población ucraniana quedó dividida entre la Unión Soviética, Rumanía, Polonia y Checoslovaquia. En estos tres últimos Estados los ucranios crearon sus propios partidos políticos. El ORIM macedonio se inclinó por las acciones terroristas contra el nuevo Estado yugoslavo. Los partidos nacionalistas eslovacos lucharon parlamentariamente por obtener la autonomía dentro del nuevo Estado checoslovaco y, al final de la década de los 30, consiguieron la independencia de Eslovaquia con el beneplácito de la Alemania nazi. Los nacionalistas croatas rechazaron inicialmente la constitución yugoslava, pero más tarde terminaron participando en el gobierno hasta que en 1930 el rey Alejandro dio paso a un régimen autoritario. Tras el asesinato del rey, y bajo el nuevo regente, los nacionalistas moderados consiguieron la autonomía para Croacia en 1939.

La victoria de las tesis nacionalistas al finalizar la primera guerra mundial también extendió sus efectos a la parte occidental de Europa donde se consolidaron los partidos nacionalistas existentes (flamencos, vascos, catalanes) y se activaron otros nuevos (gallegos, frisios, corsos, escoceses, tiroleños del sur, alsacianos, galeses).

Con la llegada de los nazis al poder en Alemania y el desencadenamiento de la segunda guerra mundial, muchos movimientos nacionalistas se aliaron con los nazis para lograr un Estado independiente, como fue el caso de eslovacos, croatas y ucranios. Los dos primeros lo consiguieron de manera temporal, el último no. Pero también en la parte occidental del continente algunos movimientos nacionalistas cedieron a la tentación nazi y colaboraron con ellos, como fue el caso de flamencos, bretones y frisios, en tanto que otros sufrieron las consecuencias de las victorias fascistas, como en España los catalanes, vascos y gallegos. Los partidos que colaboraron con los nazis sufrieron un gran descrédito después de la segunda guerra mundial.

Así pues, en el caso europeo, los partidos nacionalistas aparecieron en su mayoría en el siglo XIX apoyados inicialmente por las élites sociales como los terratenientes y la burguesía, aunque luego su base de apoyo se amplió en un sentido popular e interclasista. En la mayoría de los casos el movimiento nacionalista se dividió entre varios partidos sobretudo según el eje derecha-izquierda, pero también según los objetivos autonomistas o independentistas. Al contrario que la mayoría del movimiento obrero, y los partidos que surgieron vinculados a él, que perseguía unos objetivos universalistas - el socialismo - los movimientos y partidos nacionalistas tienen unos

objetivos particularistas - conseguir la autonomía o su propio Estado – que les ha hecho a veces aparecer enfrentados entre sí como por ejemplo entre húngaros y eslovacos, entre croatas y serbios o entre alemanes, ucranios y bielorrusos con polacos. Esta divergencia entre ambos movimientos históricos se ha traducido en dos elementos diferenciadores entre el sistema de partidos generados por cada uno de ellos. De un lado, en el movimiento nacionalista no ha aparecido ninguna organización internacional para coordinarles y, de otro lado, la extensión de un modelo de partido exitoso, como ha ocurrido en el movimiento obrero con socialdemócratas y comunistas, ha sido muy limitada. En este sentido puede hablarse sobre todo de la influencia del modelo irlandés.

Pero, como se señaló más arriba, el nacionalismo no ha sido un fenómeno exclusivamente europeo, aunque tenga su origen en este continente. Su influencia se extendió rápidamente por todos los territorios colonizados por las potencias europeas y sirvió de modelo para sus reivindicaciones de independencia. No solamente el objetivo se fijó en la consecución de un Estado nacional, sino que los movimientos nacionalistas de los países colonizados adoptaron también los modelos de partidos que habían tenido éxito en Europa. Pero aún cuando en los movimientos nacionalistas extra-europeos era clara la influencia procedente del viejo continente, su origen, su carácter anticolonialista y antiimperialista y las profundas diferencias de estas sociedades coloniales o semicoloniales con las europeas no les hacen asimilables a los movimientos que hemos analizado anteriormente. Si ya en aquellos hemos visto las importantes diferencias en su seno, éstas aún son mayores en el amplio mundo de los países extra-europeos. Teniendo en cuenta, pues, esa diversidad y complejidad solo trataremos algunos de los casos más importantes a los objetos de este estudio. Más en concreto veremos algunos casos en Asia, el mundo árabe y África subsahariana.

Para mantener sus dominios, las potencias imperialistas explotaron las diferencias existentes en las colonias que dominaban contra las nacientes conciencias y movimientos nacionalistas, estimulando para ello las diferencias religiosas, étnicas, tribales o comunales. Como recuerda Hobsbawm, con la excepción de algunas entidades políticas con sustrato histórico como China, Corea, Vietnam, Irán o Egipto, la mayoría de las nuevas entidades que buscaban la independencia eran “creaciones de la conquista imperial”, y esto suponía un reto inmenso, y por ello mismo este autor pone en duda que puedan denominarse nacionalistas a muchos movimientos que encabezaron la descolonización especialmente después de 1945. “Dado que pocos movimientos

«nacionales» antiimperialistas del tercer mundo coincidían con una entidad política o étnica que existiera antes de la llegada de los imperialistas, la evolución del nacionalismo en el sentido que el término tenía en la Europa decimonónica ha ocurrido en gran parte desde la descolonización, es decir, principalmente desde 1945. ²²

En las sociedades afro-asiáticas se desarrollaron algunos movimientos de transformación cultural y de rechazo occidental que funcionarían como base ideológica de muchos de los movimientos nacionalistas que lucharían por la independencia de esas sociedades. Son los casos del asiatismo, el arabismo, el islamismo o la negritud. Sobre esta base los diferentes movimientos nacionalistas crearon rápidamente partidos políticos. Dentro de este amplio conjunto de nacionalismos “se pueden distinguir tres tendencias: los nacionalismos conservadores y oligárquicos de base y expresión cultural e ideológica; los nacionalismos liberales con proyección política moderada, y los nacionalismos populares de carácter revolucionario; al mismo tiempo, hay que señalar que los nacionalismos afroasiáticos se expresan y desarrollan a partir de un doble marco: por un lado, sobre la base de la tradición y la historia del propio pueblo como herencia de una identidad y comunidad nacional, y por otro, a través de las coordenadas creadas por el colonialismo como configuradoras de la nueva nación.”²³

Europa y la India establecieron relaciones comerciales con continuidad desde principios del siglo XVI. En aquella época la mayor parte de la India estaba bajo el imperio mongol y los europeos no intentaron su conquista militar. El comercio inglés con la India fue monopolizado por la compañía de la indias orientales, creada a principios del siglo XVII que, en su enfrentamiento con los franceses, la llevó a convertirse también en una importante organización militar. La declinación del poder mongol que fue produciéndose en el siglo XVIII llevó a que fuese la compañía quién se hiciese cargo del gobierno hasta 1857. Ese año tuvo lugar el denominado el motín de los cipayos, una rebelión de grandes proporciones contra la miseria generada por el saqueo de la India por la compañía, que fue sofocada por su carácter espontáneo y descoordinado. La consecuencia de esa rebelión fue que el gobierno británico tomó directamente en sus manos el control de la India. La base de este control fue la política de división empleada por los británicos, especialmente entre hindúes y musulmanes.

²² Hobsbawm, Eric, Naciones y nacionalismo desde 1780, págs. 147-9, 163

²³ Martínez Carreras, José U., Historia del colonialismo y la descolonización. Siglos XV-XX, pág. 86

En 1885 se creó el Congreso nacional indio con el objetivo inicial de conseguir una mayor participación de los indios en la administración británica. Se trataba en un principio de una reunión de notables con cultura inglesa al que se fueron sumando otros grupos, lo que le dio un carácter elitista con una base social sustentada en las capas medias. No podía decirse, pues, que fuese en su inicio un movimiento nacionalista, pero pronto aparecieron en su seno tendencias que demandaron el autogobierno desde posiciones nacionalistas. Es a principios del siglo XX cuando se puede hablar del inicio de la lucha nacionalista, espoleada por el ejemplo de la derrota de Rusia por Japón en 1905. El motivo fue el intento británico de dividir Bengala y se centró en el boicot a los productos ingleses, tomando el carácter de un movimiento político-religioso de masas. Sin embargo, debido a ese aspecto, dos consecuencias importantes de este conflicto fueron, de un lado, el enfrentamiento religioso entre hindúes y musulmanes con la creación por parte de estos últimos, en 1906, de la Liga Musulmana y, de otro, que el movimiento nacionalista tomó desde ese momento un carácter político-religioso que no abandonaría y que le permitió conectar con las amplias masas más allá de las clases medias occidentalizadas, convirtiendo al Congreso en un movimiento de masas. Estas son las dos condiciones que permitirán la influencia del pensamiento de Gandhi y su estrategia para alcanzar la independencia.

La Liga Musulmana, aun habiendo nacido por oposición al carácter hindú que tomó el Congreso, mantuvo en las décadas de 1910 y 1920 una política de colaboraciones puntuales con el Congreso y contra los británicos, política que fue abandonada desde 1935 y que llevó a que la Liga se convirtiese en el segundo partido más importante de la India. A pesar de que el Congreso siguió insistiendo en presentarse como representante de todos los indios, fue indiscutible el carácter comunal hindú que había tomado. Desde 1929, este partido abandonó la reivindicación de autonomía por la de la independencia e inició las campañas de desobediencia civil para alcanzarla. Los esfuerzos del gobierno británico antes de la segunda guerra mundial por mantener el dominio cediendo en un sistema limitado de autogobierno no dieron frutos ante el imparable movimiento en pro de la independencia. La división y en enfrentamiento comunal entre musulmanes e hindúes terminó en la partición de la India en el momento de su independencia.

En el caso del nacionalismo indio tenemos una trayectoria similar a lo ocurrido con partidos nacionalistas europeos que nacen como organizaciones elitistas de las capas altas y terminan por convertirse en organizaciones de masas, igualmente se enfrentan en

su seno dos tendencias, moderados y radicales, tanto en sus objetivos, la autonomía y la independencia, como en sus métodos de acción, desde los legalistas y pacifistas hasta los que apelan a la lucha armada. También es reseñable la fuerte vinculación del nacionalismo con la religión lo que también ocurrió en ciertos casos en Europa, como en Irlanda y Polonia. Por último, también en el Congreso hubo líderes como Subhas Chandra Bose que al igual que en otros movimientos nacionalistas extraeuropeos y europeos se acercaron a los nazis, y este caso también a los japoneses, para alcanzar sus objetivos independentistas.

En Asia tenemos otro grupo de procesos de descolonización en el cual la consecución de la independencia respecto de las potencias imperialistas occidentales o de Japón fue llevada a cabo no por partidos estrictamente nacionalistas, sino por partidos comunistas que combinaron de manera eficaz la lucha antiimperialista y los objetivos socialistas. Los casos más representativos fueron los de China y Vietnam, pero también los de Laos, Camboya y Corea.

Lo que encontramos en este caso es la actividad de un tipo de partidos nacidos de la influencia de la revolución rusa que conjugan la lucha por la descolonización y la lucha social, siendo nacionalistas en el primer aspecto y comunistas e internacionalistas en el segundo. Como ya apuntamos más arriba, la estructura y organización de los partidos comunistas les hacen más eficaces que otros tipos de partidos para desenvolverse en condiciones de lucha clandestina y de guerra abierta. En este caso, el enfrentamiento dentro del campo nacionalista, en sentido amplio, no sería entre autonomistas e independentistas, o entre radicales y moderados, sino entre nacionalistas de izquierdas y de derechas, como fue el caso chino y el indonesio.

En China dos partidos aliados y enfrentados intermitentemente lucharon por conseguir expulsar a Japón movilizandolos sentimientos nacionalistas. El primero, el Koumitnag, era un partido nacionalista burgués, el segundo, el Partido Comunista fundió la lucha por la independencia nacional contra los japoneses con la revolución social. El primero fue fundado en 1912 y su líder Sun Yat Sen estableció un gobierno nacionalista en Cantón en 1923 con el apoyo de la Unión Soviética. El PC CH fue fundado en 1921 y se integró dentro del Kuomintang siguiendo las directivas soviéticas de alcanzar un frente popular. Tras la muerte de Sun Yan Set en 1925, la dirección del Kuomintang pasó a manos de Chinag Kaishek quién, tras conseguir el apoyo de la burguesía, los

terratenientes y de los señores de la guerra, se volvió contra los comunistas y unificó el país. En 1931, los japoneses ocuparon Manchuria a la que transformaron en un protectorado

Con la guerra civil desatada por el Kuomintang contra los comunistas en 1927, estos se volvieron hacia los campesinos, poniendo en marcha la reforma agraria en sus zonas liberadas a la vez que encabezaban el movimiento nacionalista anti-japonés antes la claudicaciones del Chang Kaishek, quien finalmente fue obligado por sus generales a pactar con los comunistas y emprender la guerra conjunta contra los japoneses en 1937. A pesar de esta guerra común, ambos bandos se prepararon para zanjar la cuestión de la hegemonía en China una vez expulsados los japoneses.

En 1945, tras la capitulación japonesa, empezó de nuevo la guerra civil entre el Kuomintang y los comunistas que se terminó saldando con la victoria de estos últimos en 1949 a pesar de su posición inicial de inferioridad.

En la Indochina francesa aparecieron movimientos nacionalistas en el periodo de entreguerras que dieron lugar sobre todo a dos partidos importantes en los años 30, el Partido Nacional de Vietnam y el Partido Comunista Indochino. En 1940 es ocupada por los japoneses, y con la derrota de estos en 1945 se proclaman las independencias de tres Estados diferentes, Vietnam, Camboya y Laos. Al finalizar la guerra los franceses regresaron con la intención de recuperar sus antiguas colonias y ello dio lugar a un proceso de revoluciones y luchas por mantener la independencia. En Vietnam, los franceses ocuparon sobre todo el sur del país, en tanto que el Vietminh se afianza en el norte dando lugar a la división de Vietnam en dos. La guerra contra los franceses desembocó en su derrota en 1954 en Dien Bien Phu y los acuerdos de Ginebra en el que se reconocían la independencia de Vietnam del Norte y se preveía celebrar unas elecciones conjuntas en 1956. Pero éstas no llegan a celebrarse porque Estados Unidos sustituyó Francia en su presencia colonial y con el objetivo de contener al comunismo. En el sur de Vietnam se estableció una dictadura militar auspiciada por los norteamericanos, y desde 1960 se desarrolló en su contra una guerrilla del FLN que terminará por extenderse a todo Indochina. La guerra, en la que se implicó a fondo los Estados Unidos, terminó con la derrota de estos en 1975 y la unificación de Vietnam como una república socialista.

En el año 1910 Corea se convirtió en una colonia del imperialismo japonés y fue sometida a duras condiciones de explotación económica y opresión para suprimir todo símbolo de identidad coreana y con el objetivo de niponizarla. En las décadas de los 20 y 30 creció el movimiento anti-japonés. Desde los años 30, y encabezada por los comunistas coreanos, el movimiento nacionalista se inclinó por la lucha armada contra los japoneses. En 1940 se formó un gobierno coreano en Shanghái. Al finalizar la segunda guerra mundial el ejército revolucionario popular de Corea expulsó de su territorio a los japoneses y estableció una república socialista. Pero las tensiones latentes entre las dos principales potencias vencedoras de la guerra ya eran evidentes, y EE.UU. y la Unión Soviética intervinieron en Corea para apoyar a sus respectivos aliados. Así, tras la independencia Corea fue dividida en dos por exigencia norteamericana, en una situación similar a la que ocurrió en Vietnam, pero sin unificación posterior. En resumen la independencia de Corea es, como en el caso chino y vietnamita, fruto principalmente de un partido comunista que une el objetivo de la expulsión de una potencia extranjera (japoneses, franceses y norteamericanos) al de la revolución social.

El tercer tipo de nacionalismo extra-europeo que vamos a analizar es el del mundo árabe. Durante la primera guerra mundial los árabes habían colaborado con los aliados en la esperanza de que al finalizar la guerra recuperasen su independencia del imperio otomano, pero sus esperanzas fueron defraudadas, el medio oriente fue dividido en mandatos entre ingleses y franceses, Arabia se hundió en una guerra civil y fue ocupada en parte por extranjeros, y el norte de África fue objeto a una intensa política colonial. Es decir, el conjunto del mundo árabe fue sometido a las potencias coloniales europeas.

El nacionalismo árabe había comenzado a despegar justo cuando el nacionalismo turco se imponía en el imperio en vísperas de su desaparición, sus promotores eran círculos de intelectuales apoyándose en la lengua y las tradiciones históricas. Previamente, en la segunda mitad del siglo XIX, un proto-nacionalismo árabe se había venido desarrollando como renacimiento cultural y concienciación política contra el dominio otomano. En su lucha por la independencia de la dominación colonial, que había sustituido a la otomana, cristalizaron nacionalismos más apegados al particularismo étnico, dando lugar a nacionalismos como el argelino, el sirio o el egipcio en los años 50 y 60, los cuales fueron fortalecidos a medida que el Estado reforzaba su dominio sobre el territorio que abarcaba y se agudizaba la lucha nacionalista. Pero, como apunta Burhan Ghalioun “Se trata, sin embargo, de nacionalismos funcionales. Es decir,

necesarios para el funcionamiento de las instituciones estatales, pero que no alcanzan, ni tienen la ambición de alcanzar, el estatuto de ideología nacional en el sentido profundo de la palabra, es decir, que funcionan como una fuente de valores y de identificación cultural e imaginaria. Así, aunque dominantes en el plano práctico, estos nacionalismos siguen viviendo, en realidad, bajo la tutela del arabismo. Cada vez más, éste tiende a constituir una especie de referencia general y unificadora para el conjunto de estos subnacionalismos [...] Así se inauguró lo que conviene denominar «orden nacionalista árabe», en el que una comunidad que funcionaba en varios aspectos como una nación unida seguía, sin embargo, dividida en varios Estados”²⁴

El panarabismo se basa en una tendencia histórica a la unión de todos los pueblos y Estados árabes con el objetivo de formar una gran nación árabe. Se basa en la existencia de un pasado histórico de unidad y esplendor y llegó a articularse prácticamente en algunos proyectos de unión efímera entre países árabes, o en organizaciones como la Liga de Estados Árabes creada en 1945.

En la fase de lucha por la consecución y la posterior consolidación de la independencia sobresalen algunos importantes partidos políticos que fueron la punta de lanza de los movimientos nacionalistas. En Argelia aparecen varios grupos con el Manifiesto del pueblo argelino en 1943 y, posteriormente, en la fase de lucha armada contra el colonialismo francés, el protagonismo le correspondió al FLN, que fue fundado en noviembre de 1954, y agrupó a la mayoría de las organizaciones del movimiento nacionalista con el objetivo de alcanzar la independencia de Argelia. Desde esa posición hegemónica ejerció el liderazgo en la guerra que terminó con la independencia del país en 1962. Posteriormente mantuvo las riendas del Estado a través de un sistema de partido único hasta 1991, cuando fue introducido el multipartidismo.

En Túnez, el movimiento nacionalista se expresó primero a través del partido Destur, creado en 1920, y luego del Neo-Destur, creado en 1934 por una escisión del primero, al que terminó desplazando totalmente en la lucha por la independencia. Tras alcanzar ésta en 1956, el Neo-Destur funcionó también en un sistema de partido único hasta 1987.

Egipto estuvo bajo dominio colonial inglés hasta mediados del siglo XX, en 1922 obtuvo la independencia de manera teórica, concedida para contener el ascenso

²⁴ Ghalioun, Burhan, La crisis del mundo árabe. Estado contra nación, pág. 21 y 44

nacionalista, y el partido WAFD ensayó la tercera ola de modernización del país, su nacionalismo era más retórico que real. La independencia real la consiguió Egipto en 1952, como consecuencia de la revolución del movimiento de los Oficiales Libres, de clara orientación nacionalista, originado en la derrota frente a Israel en 1949. La revolución transformó la monarquía en república, llevó a cabo una campaña de nacionalizaciones, e inició una ola de nacionalismo por todo el mundo árabe de gran intensidad, con imitación del modelo egipcio monopartidista. En Egipto, pues, el nacionalismo no consiguió la independencia a través de partidos políticos, sino mediante una organización militar y el liderazgo carismático de Nasser, aunque una vez en el poder éste crease un partido de masas, la Unión Socialista Árabe, que sirvió para edificar un tipo de socialismo árabe. El panarabismo que animaba al dirigente egipcio dio como resultado efímero la República Árabe Unida formada por Egipto y Siria, pero se agotó rápidamente a raíz, sobretodo, de la derrota de los países árabes frente a Israel en la guerra de 1967.

El movimiento BAAZ (renacimiento) fue fundado en 1940 y se transformó en partido político en 1947 combinando el nacionalismo, el socialismo árabe, el panarabismo y el laicismo, pero donde el núcleo es el elemento árabe junto a la idea de nación. Dada su ideología panarabista se extendió a través de diferentes ramas por diversos países árabes, pero fue en Siria e Irak donde realmente fue fuerte y alcanzó el poder en 1963. Tres años más tarde las dos ramas de estos países se terminaron enfrentando y actuaron independientemente una de la otra.

Por último nos referiremos brevemente a los movimientos nacionalistas africanos que impulsaron el proceso de descolonización que barrió todo el África subsahariana después de la segunda guerra mundial y a los instrumentos políticos que utilizó el nacionalismo africano en su lucha por la obtención de la independencia y su posterior proceso de consolidación.

Los movimientos nacionalistas africanos se desarrollaron en una etapa más tardía y rápidamente, entre 1920 y 1950, sobre la base de los cambios económicos y las transformaciones sociales y culturales acaecidas en el continente durante la etapa de colonización, y se orientaron hacia la intervención política con la creación de partidos como instrumentos principales junto a otros como los movimientos estudiantiles, los intelectuales o los sindicatos. En este proceso se desarrolló un movimiento panafricano

que expresaba el deseo de solidaridad y unidad de todos los pueblos africanos en la lucha anticolonial.

En la lucha anticolonial los movimientos nacionalistas utilizaron una gran variedad de métodos y tácticas que se extendieron desde los enfrentamientos violentos y la guerra de guerrillas, hasta formas de lucha no violenta influidas en el ejemplo de Gandhi.

Se pueden diferenciar dos etapas en la lucha por la independencia de los Estados africanos, en la primera, entre 1945-60, las actividades anticoloniales fueron contestadas con una intensa represión por parte de las colonias ocupantes que llevó a la ilegalidad de los movimientos más combativos. Los partidos más moderados actuaron en la legalidad y llegaron a acuerdos con las metrópolis que terminarían en independencias. En 1960 un total de 17 países alcanzaron el status de independientes.

Sobre la composición social de estos movimientos, “se caracterizaron por su heterogénea base social, donde predominaban los sectores medios de profesionales, empleados, intelectuales, veteranos de la segunda guerra mundial, elementos de la pequeña burguesía agro-mercantil, incipiente proletariado agrícola, de los ferrocarriles, de las minas y de los puertos, comúnmente dirigidos por la pequeña burguesía local o «nacional» “. ²⁵

Las características a las que tendieron estos partidos nacionalistas tanto antes como, sobre todo, después de hacerse con el poder del Estado una vez lograda la independencia fue la del unipartidismo. Las bases de esta tendencia fueron la diversidad étnica de estos países que llevó a intentar expresar la unidad a través del partido único; el carácter antiimperialista y anticolonial de las luchas que llevó a englobar un rechazo conjunto al multipartidismo y la democracia burguesa de las metrópolis; y la atracción por el modelo político (partido único, Estado fuerte) y económico (planificación) de los países del socialismo real.

Algunas de las organizaciones políticas nacionalistas más importantes fueron la United Gold Coast Convention y el Convention People's Party creados en 1947 y 1949 en Ghana, el Bloque Democrático Senegalés fundado en 1948, la Unión Democrática Africana fundada en 1946 en Costa de Marfil y que se extendería por el África francesa ecuatorial y occidental, el Congreso Nacional de Nigeria y Camerouns y el Congreso

²⁵ Álvarez Acosta, María Elena (coord.), África subsahariana. Sistema capitalista y relaciones internacionales, pág. 105

Movimientos sociales y partidos políticos. Objetivos, estrategias y relaciones

Popular del Norteño en Nigeria, el Tanganyika African National Union en Tanzania, el Uganda People Congress en Uganda, la Unión Africana de Kenia, el Movimiento Nacional Congolés fundado en Leopoldville en 1958 o el Movimiento Popular de Liberación de Angola fundado en 1956 por la fusión de varias organizaciones anteriores.

El movimiento ecologista

El ecologista es uno de los nuevos movimientos sociales nacido a partir de la toma de conciencia sobre un problema también novedoso para la humanidad, especialmente desde la extensión y profundización del sistema industrialista del capitalismo y su impacto sobre los ecosistemas. La toma de conciencia de los graves problemas medioambientales originados por este sistema ha dado lugar a la aparición y rápida extensión de un movimiento que denunciaba esta situación, concienciaba a la opinión pública mundial y levantaba organizaciones para la intervención social y política en defensa de los objetivos que se planteaba. Entre estas organizaciones vinculadas al movimiento ecologista se encuentran los partidos políticos.

Ya en el siglo XIX puede detectarse la existencia de organizaciones preocupadas por la conservación de la naturaleza, especialmente en Gran Bretaña, orientadas por consideraciones de carácter romántico o estético que podrían considerarse precursoras, pero no parte del movimiento ecologista del siglo XX. Los efectos sociales del capitalismo industrial en el siglo XIX, con las lacras que hemos señalado anteriormente, hicieron surgir al movimiento obrero, tal como se ha descrito en el primer capítulo, pero su impacto en el ecosistema en esa centuria aún no era lo suficientemente preocupante como para llamar la atención de la opinión pública y generar un movimiento propio de oposición.

Habría que esperar hasta las décadas de los 60 y 70 del siglo XX para que diversos acontecimientos e instituciones hagan aflorar el peligro del problema ecológico. Uno de esos acontecimientos fue el mayo de 1968. Otro fue la publicación en 1972 de un informe encargado por el Club de Roma titulado *Los límites del crecimiento*, donde se sacaba a la luz los problemas medioambientales originados por el crecimiento industrialista y el consumismo, se trató de un primer toque de atención que hizo que la opinión pública y los poderes públicos empezasen a tomar conciencia del problema ecológico. Ese mismo año también tuvo lugar la conferencia de Estocolmo convocada por la Naciones Unidas para tratar la crisis medioambiental y buscar soluciones al problema.

El movimiento ecologista propiamente dicho hizo su aparición en los años 60 y nació vinculado a otros movimientos sociales no tan nuevos pero que tomaron un nuevo

carácter y reverdecieron en esa época, nos referimos a los movimientos pacifista y feminista en auge. Algunos autores vinculan la extensión de estos movimientos, inicialmente sobretudo en las sociedades del capitalismo desarrollado, con el ascenso de valores post-materialistas. Independientemente de la parte de verdad que pudiera tener esta afirmación, lo cierto es que en los casos del pacifismo y el ecologismo estaban vinculados a la toma de conciencia en esos momentos de problemas graves como la escalada en la carrera de armamentos y las tensiones de la guerra fría, o los problemas medioambientales que salían a la luz.

El ecologismo se situó inicialmente en el exterior del sistema político, como un movimiento extraparlamentario con un contenido impregnado de valores de carácter anti-autoritario y anti-consumista que le vinculó claramente con el mayo de 1968.

En los años 70 y 80 un tema central del movimiento ecologista fue la oposición a las centrales nucleares. Esta forma de energía fue priorizada en los países capitalistas desarrollados después de la crisis de los precios del petróleo a mediados de los 70, y buscaba una menor dependencia de la energía de origen fósil cuyos principales países productores se situaban en zonas de fuerte turbulencia política y habían creado un cartel, la OPEP, para negociar los precios en mejores condiciones con los países industrializados. Esta opción despreció las graves consecuencias vinculadas a la energía nuclear en materia de seguridad y de gestión de los residuos radioactivos.

Desde el ángulo de la lucha contra la energía nuclear y sus consecuencias, el movimiento ecologista recibió un fuerte impulso cuando tuvo lugar la catástrofe de Chernóbil en 1986, que puso en evidencia de manera dramática los graves peligros de la energía nuclear que venían siendo denunciados por el ecologismo. Posteriormente, el calentamiento global y sus consecuencias se fue convirtiendo en el problema medioambiental más urgente e importante y, por tanto, se situó como el objetivo principal de las campañas desplegadas por el movimiento ecologista, problema que apuntaba directamente contra los efectos del industrialismo ilimitado y su incompatibilidad con la pervivencia de los ecosistemas naturales, suponiendo una profundización de la crítica que el ecologismo hacía de las sociedades industrializadas y, más en concreto, del capitalismo.

El movimiento ecologista se fue desplegando a través de una multitud de luchas locales y globales, algunas de ellas de gran resonancia pública, llevadas a cabo por un amplio

espectro de organizaciones, algunas de las cuales han llegado a alcanzar carácter internacional, como es el caso de Greenpeace, creada en 1971, pero también otras con menos exposición pública como WWF/Adena o Ecologistas en acción.

Dentro del movimiento ecologista también puede considerarse a la parte de la comunidad científica que se ha ocupado de estudiar los efectos medioambientales producidos por la actividad humana, y que ha contribuido poderosamente a sacar a la luz este problema. Solamente desde mediados del siglo XX las opiniones de esta comunidad empezaron a ser tomados en serio por los gobiernos y los medios de comunicación. El movimiento ecologista utilizó los estudios científicos y la capacidad de difusión de los modernos medios de comunicación para crear una rápida conciencia ecologista en la opinión pública mundial.

La conciencia generada en torno a los problemas medioambientales ha dado lugar a diversas respuestas con diferente nivel de implicación social y política. A los efectos de este estudio, las denominadas corrientes conservacionistas carecen de interés, pues los objetivos de las organizaciones y grupos que las conforman se centran simplemente en la conservación de ciertos bienes y espacios naturales. Por el contrario, el ecologismo denominado político o consecuente apunta a las causas fundamentales que están detrás de los graves problemas medioambientales proponiendo soluciones que supondrían un cambio profundo sobre el actual capitalismo industrialista, en realidad, las corrientes más radicales proponen lo que podría entenderse como un cambio de civilización, pues yendo más lejos que el marxismo decimonónico plantean no solo un cambio de modo de producción, sino el abandono del crecimiento industrial ilimitado a favor de la sostenibilidad ecológica. Entre ambas posiciones se encuentra un tipo de ecologismo de tipo reformista que se limita a proponer medidas paliativas para corregir algunos de los efectos más nocivos producidos por la actividad industrial, pero manteniéndose dentro de los parámetros socioeconómicos del sistema capitalista. Como vemos, pues, se repite en el movimiento ecologista la misma división que en el movimiento obrero o nacionalista, la división entre radicales y reformistas, entre los que quieren ir a la raíz del problema y realizar transformaciones en profundidad y lo que se conforman con encontrar soluciones parciales a los problemas planteados.

Marisa Revilla distingue tres estrategias de movilización en el ecologismo, “la de lobby, la de ONG y la de movimiento. La primera, corresponde a organizaciones

profesionalizadas y de estructura jerárquica que desarrollan una estrategia básica de presencia en los medios de comunicación como medio para lograr su objetivo político de presión a dos actores: administración pública y empresas. El ejemplo más contundente de esta estrategia es Greenpeace [...] la segunda estrategia planteada en el análisis por Tello es la adopción de la estructura organizativa de organización no gubernamental, esto es, «una junta directiva elegida por la asamblea de socios y un equipo profesionalizado» (op.cit.: 238) que combina tres líneas de trabajo: prestación de servicios, investigación y documentación (para lo que acuden a subvenciones públicas y privadas) y la movilización a través de campañas. [...] por último, la estrategia de movimiento se plasma en la constitución de plataformas cívicas que articulan la protesta en torno a algún conflicto o proyectos locales y regionales concretos.”²⁶

El ecologismo consecuente articula su discurso en torno al eje central que enfrenta productivismo y anti-productivismo y, desde él, construye un modelo político y teórico que pretende convertirse en el paradigma para los movimientos transformadores, desplazando a la anterior oposición entre derecha e izquierda. Este ecologismo denuncia tanto al capitalismo como al comunismo por suponer dos sistemas basados económicamente en un imposible productivismo industrialista ilimitado. Esta crítica a las experiencias de la izquierda y, más en el fondo, a la insistencia marxista en el desarrollo de las fuerzas productivas es lo que ha llevado a parte de la izquierda a revisar algunos de sus postulados basados en ese productivismo, dando lugar a las corrientes ecosocialistas.

Lo que más nos interesa es señalar que el movimiento ecologista transitó, ya desde una fase temprana, a la etapa política para participar en las instituciones con la creación de partidos políticos. Junto con los movimientos de carácter internacional, como los que hemos mencionado anteriormente, las organizaciones ecologistas más conocidas e importantes pasaron a ser los partidos políticos. En este caso, y como ocurrió con el movimiento obrero, será Alemania la cuna del partido que servirá, gracias a sus éxitos, como modelo a la creación de partidos ecologistas en el resto del mundo.

Pero el primer partido verde no se constituyó en Europa sino en Nueva Zelanda en 1972, fue el Values Party. Un año más tarde nació el que sería el partido verde inglés a

²⁶ Revilla Blanco, Marisa, Una parte del arco iris. El ecologismo y el pacifismo y sus efectos transformadores, en Román, Paloma y Ferri, Jaime (eds.), Los movimientos sociales. Conciencia y acción de una sociedad politizada, pág. 183

imitación del partido neozelandés. Más tarde, con la fundación y los éxitos de Los Verdes alemanes, los partidos verdes se extenderían por toda Europa y el mundo entero. Los partidos verdes representan la aparición de una nueva familia política de partidos al lado de las clásicas existentes como las de los liberales, conservadores, socialdemócratas o comunistas.

Inicialmente fue característico, sobre todo en Los Verdes alemanes, su auto-representación como partidos anti-partidos, críticos y desconfiados respecto a los partidos tradicionales y las instituciones políticas. El salto de los movimientos ecologistas a la participación institucional, previa constitución de un partido político, es, como en el caso de otros movimientos, fruto de la toma de conciencia de que es en la estructura del Estado donde se toman las grandes decisiones de la sociedad, de que las movilizaciones por si solas, con el objetivo de influir en otros actores para alcanzar los objetivos, tienen un nivel de eficacia reducido.

Debido a su origen y los valores de los que son portadores, los partidos ecologistas partieron inicialmente con una forma de plantearse la organización interna y la actividad política alejada de los cánones establecidos. Su rechazo intenso a las estructuras burocratizadas propias de los partidos históricos les llevó a desarrollar mecanismos que evitasen su deslizamiento por la misma dinámica, para ello aplicaron, entre otros instrumentos, la rotación de los cargos electos que evitase la criticada profesionalización política, un sistema de incompatibilidades que impidiese la acumulación de poder en su seno, y promovieron la participación de las bases mediante la práctica del asambleísmo y la democracia directa. Pero estas características iniciales, que ostentaron como señas diferenciadoras del resto de los partidos, pronto se enfrentaron a los imperativos de la práctica institucional y el acceso a posiciones de poder y les llevaron a evolucionar, en medios de fuertes tensiones internas con escisiones incluidas, hacia comportamientos organizativos e institucionales más próximos al resto de los partidos políticos.

La trayectoria de los partidos ecologistas ha pasado por tres etapas, primero como partidos extraparlamentarios impulsores de movilizaciones sociales donde su cultura política y social se podía desarrollar sin conflictos internos ni incoherencias; después como partidos participantes en el sistema político en diferentes niveles de la estructura representativa (municipal, regional o nacional) en la que aparecen ya los primeros

conflictos internos y la puesta en cuestión de algunos de sus presupuestos originarios sobre organización y democracia interna; finalmente, cuando han alcanzado importancia en su representación política esto les ha llevado a la posibilidad y necesidad de establecer alianzas con otros partidos, inicialmente socialdemócratas, pero luego también conservadores, y formar parte de distintos gobiernos, situación que ha contribuido a acelerar los cambios internos en estos partidos en el sentido de acercarse a las características propias de los partidos tradicionales de las democracias liberales.

El impacto de esta práctica institucional y las responsabilidades de gobierno adquiridas les llevaron a moverse hacia posiciones más pragmáticas, diluyendo sus grandes objetivos iniciales, e igualmente les hizo adquirir prácticas más burocratizadas y profesionalizadas. El resultado global de su paso por distintas áreas de responsabilidad gubernamental ha sido una reducción considerable de su perfil radical y una mediocre eficacia a la hora de alcanzar sus objetivos. En el fondo, los partidos verdes han sufrido los mismos retos por los que han transitado los partidos obreros cuando se plantearon la utilización de las instituciones de la democracia liberal para avanzar a sus programas máximos, experimentaron igualmente las limitaciones de estas instituciones para alcanzar los objetivos finales.

Además, y a diferencia de los partidos del movimiento obrero que se caracterizaron en alguna etapa de su desarrollo por ser partidos de masas, los partidos verdes tienden a ser sobretodo partidos de cuadros, “Los partidos verde-alternativos son, muy nítidamente, *partidos de cuadros*, es decir: partidos con un reducido número de militantes, en general con alto nivel educativo y de cualificación profesional, y a menudo «especialistas» en algún área de política verde”²⁷

Por otra parte, los dos tipos iniciales de partidos ecologistas, divididos y enfrentados entre los verdes puros y los verdi-rojos, se fueron aproximando debido, sobre todo, a la moderación producida entre estos últimos.

El mayor nivel de implantación, desarrollo e influencia de este tipo de partidos ha tenido lugar en Europa. A los importantes partidos verdes de Alemania y Francia hay que sumar los de Holanda, Finlandia, Bélgica, Suecia, etc. Incluso se ha fundado en 2004 un partido de ámbito continental, el Partido Verde Europeo constituido por los

²⁷ Riechmann, Jorge, ¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia, pág. 77

diferentes partidos verdes de Europa. Pero en otras partes del mundo también tienen una presencia en crecimiento y han llegado a celebrar varios congresos mundiales, el primero en 2001 en Australia y el segundo en Sao Paulo en 2008, con el objetivo de tener voz propia en las conferencias y eventos mundiales donde se discuten cuestiones ecologistas.

El Partido Verde alemán es el ejemplo más característico de los partidos verdes no solamente por haber sido el más exitoso, sino porque en él se han condensado todos los rasgos y contradicciones que hemos evocado. En principio, es un partido creado sobre la base de un potente movimiento social anterior al que pretendió servir de instrumento de intervención política; en segundo lugar porque a su fundación confluyeron distintas tendencias presentes en el movimiento ecologista, desde las reformistas hasta las más radicales; en tercer lugar porque este origen y composición le llevarían a importantes luchas internas como consecuencia de su intervención política institucional; y en cuarto lugar porque su éxito electoral le puso rápidamente en posición de adquirir responsabilidades de gobierno que le hicieron evolucionar a posiciones integradas dentro del sistema capitalista al que combatía.

Como señala Jorge Riechmann, la creación de Los Verdes alemanes se apoyó en la existencia previa de movimientos sociales de diferente tipo, como el feminista, el ecologista y antinuclear, los de protesta juvenil y los alternativos metropolitanos que habían desarrollado un intenso activismo con movilizaciones y protestas en los años anteriores, y a su formación concurren tres corrientes, “una *conservadora*, una *izquierdista* y una *centrista* (más numerosos independientes que provenían de los movimientos pacifista o ecologista [...]). La *corriente conservadora* hallaba su seña de identidad en el concepto de «conservadurismo axiológico» [...] La *corriente izquierdista* podía dividirse en una ala dogmática (marxista-leninista, maoísta) procedente de los grupúsculos comunistas de los años setenta, los K-Gruppen, y en una ala no dogmática [...] La *corriente centrista* funcionó a menudo como bisagra entre las otras dos. Defendía «terceras vías» alternativas al capitalismo y al protosocialismo de tipo soviético, a menudo desde concepciones del mundo antroposóficas o naturistas”²⁸

Esta composición heterogénea se expresaría en forma de enfrentamientos internos a partir de diciembre de 1984 entre las cuatro corrientes presentes en el partido, los

²⁸ Riechmann, Jorge, pág. 168-72

fundamentalistas ecológicos y ecologistas radicales, los ecosocialistas, los ecologistas reformistas y los ecofeministas, que se terminarían decantando en dos campos a los que se terminaría conociendo como fundis y realos. Son estos últimos los que se irán imponiendo paulatinamente en el interior del partido a través de posiciones reformistas orientadas a la obtención de más votos y representantes y poder alcanzar alianzas de gobierno con la socialdemocracia. Como ya ocurrió con los partidos del movimiento obrero, las posiciones reformistas se hicieron fuertes sobretudo en el grupo parlamentario del partido. El enfrentamiento hizo entrar al partido en una crisis que se fue resolviendo a finales de la década de los 80 con la victoria de los realos y que llevó al partido por una senda de “parlamentarización y socialdemocratización”

A finales de 1985 Josef Fischer se convirtió en el primer ministro de Los Verdes en el Land alemán de Hesse, después vendrían otras alianzas y la participación en más gobiernos de coalición que empujarán a que Los Verdes, que nacieron en la oposición extraparlamentaria y con la voluntad de ser un partido-antipartido, terminase por ser un partido de gobierno.

Como se apuntaba al principio, la presencia de partidos estrictamente verdes y la moderación tanto de estos como de los partidos verdi-rojos ha llevado al predominio de las políticas reformistas en el seno de estas formaciones políticas, que se han ido institucionalizando como los otros partidos existentes. Sus grandes objetivos se han ido diluyendo a favor de objetivos más modestos y a corto plazo que no ponen en tela de juicio ni el sistema capitalista, ni el industrialismo ilimitado. Si esto no significa renunciar a los grandes objetivos, si supone en la nueva situación mantenerles solamente a nivel de referencia.

Se puede alegar que esta situación a la que han ido derivando los partidos verdes es similar a lo acontecido con los partidos del movimiento obrero, donde, en las sociedades desarrolladas y con regímenes demoliberales, el objetivo del socialismo que sigue informando su programa máximo también es mantenido a un nivel de referencia (en el caso de la socialdemocracia, ni siquiera a ese nivel) y no como un objetivo de lucha inmediato. Y ello remite al problema de los objetivos últimos de los movimientos y las estrategias y posibilidades para alcanzarlos.

El movimiento ecologista tiene una trayectoria histórica mucho más corta que el movimiento obrero. Cuando cobró realmente importancia, a partir de la década de 1960,

se desarrolló en el seno de países capitalistas desarrollados dotados de democracias liberales consolidadas en las que un Estado claramente intervencionista en el terreno social y económico se mostraba como un elemento de atracción para intentar llevar a cabo transformaciones a partir de su control. Es ésta quizás la razón principal por la que el movimiento ecologista dio de manera tan rápida el paso para desarrollar la actividad política a través de la creación de partidos políticos.

El éxito indiscutible de este movimiento es su capacidad para haber hecho tomar conciencia a nivel mundial, y de manera rápida, a la opinión pública de los problemas ecológicos derivados de la actividad humana. Este éxito ha sido mucho más reducido en el terreno de transformar esa conciencia en acciones concretas para hacer frente a esos problemas. Las distintas conferencias o acuerdos internacionales alcanzados sobre temas ecológicos apenas han tenido una repercusión práctica, los imperativos del desarrollo económico, especialmente de los grandes países contaminadores, se han impuesto claramente frente a las medidas exigidas por los problemas medioambientales. Por tanto, el movimiento ecologista no solo no ha sido capaz de revertir la tendencia industrializadora ilimitada presente en las economías capitalistas, sino que ha visto como países en vías de desarrollo con gran importancia debido su extensión y peso demográfico, especialmente los que forman parte del grupo BRICS, se incorporaban con fuerte ímpetu a la corriente industrializadora. En realidad, la reversión de la tendencia apuntada solo podría tener lugar en una sociedad que superase el capitalismo como modo de producción y se plantease un auténtico desarrollo sostenible, de ahí la gran dificultad de alcanzar sus objetivos máximos.

También se puede hablar de un éxito muy moderado cuando nos referimos a su actividad política. La creación de partidos ecologistas se ha expandido rápidamente por Europa y otras partes del mundo y han levantado organizaciones supranacionales, pero su rendimiento electoral no ha sido muy importante. Siempre han sido partidos minoritarios que han podido alcanzar, en el mejor de los casos, en torno a un 10% de los votos. Tampoco se han constituido como partidos de masas, justamente en un momento histórico en que este tipo de partidos ha dejado paso a otro más parecido al de notables, basados en grandes aparatos burocráticos preparados para optar a cargos públicos, gestionar instituciones y sostenidos por las ayudas económicas del Estado, pero donde lo importante no es una amplia afiliación y militancia sino el dominio de las técnicas de comunicación de masas para obtener votos. Igualmente, los partidos ecologistas se han

encontrado justo en el momento de su institucionalización con el retroceso del movimiento ecologista. Ya no existen los importantes movimientos y movilizaciones ecopacifistas que en las décadas de 1960 y 1970 recorrieron algunos de los principales países desarrollados europeos. En esta situación, con una débil presencia electoral, la necesidad de articular alianzas con otros partidos, y el retroceso de las movilizaciones sociales, los partidos ecologistas apenas han alcanzado algún objetivo parcial, a la vez que han incurrido en algunas contradicciones flagrantes durante su gestión de responsabilidades gubernamentales.

A semejanza de los partidos socialdemócratas, los ecologistas han conseguido algunos de sus objetivos parciales desde sus posiciones de gobierno en coalición, pero ni estas reformas han servido para corregir los graves problemas medioambientales que denuncian, ni tampoco están garantizadas contra su derogación cuando partidos diferentes orientados a la defensa de otros intereses alcancen el gobierno.

En el caso del buque insignia de los partidos verdes, el alemán, éste tuvo una primera presencia a nivel de gobierno federal a través de una alianza con los socialdemócratas entre 1998-2002, esta experiencia venía precedida por participación en diversos gobiernos regionales con el SPD (Berlín, Hesse, Hamburgo, etc.). Con sus tres ministros, los verdes impulsaron algunas medidas de su programa como la promesa de abandono de la energía nuclear en 2021 (que adelantarían los conservadores de Angela Merkel bajo el efecto del desastre de Fukushima), una ley que fomentase las energías renovables y un impuesto ecológico sobre el consumo de energía. En 2002 volvieron a repetir gobierno de coalición con el SPD, pero se trató de una legislatura marcada por la crisis económica y los recortes sociales en la que los verdes no consiguieron lanzar proyectos importantes.

Pero su paso por estas dos experiencias gubernamentales no fueron gratuitas para los verdes, Joschka Fischer defendió la participación alemana en la guerra de Kosovo abriendo un intenso debate en las filas de los verdes con su sector pacifista, en realidad fueron uno de los grandes abanderados del intervencionismo humanitario²⁹ que les llevó también a apoyar posteriormente la participación alemana en la guerra de Afganistán.

²⁹ El intervencionismo humanitario es un concepto con una fuerte carga polémica porque, admitiendo que se producen situaciones que pueden demandar una intervención de la comunidad internacional, desde finales del siglo pasado la intervención humanitaria se ha utilizado por parte del imperialismo de forma parcial y discrecional para conseguir sus intereses geoestratégicos en lugar de emplearse tomando en cuenta principios de legitimidad aceptados universalmente.

Igualmente se corresponsabilizó como socio de gobierno de los recortes sociales del canciller Schröder, por ejemplo, estableciendo en 2005 el sistema de subsidio al desempleo más duro de Europa, o reduciendo los impuestos a los sectores sociales más adinerados. El pragmatismo del partido verde alemán le llevó en 2008 a formar un gobierno de coalición con los conservadores en Hamburgo y luego en Sarre.

También en Francia, los verdes formaron parte del gobierno socialista de Jospin en 1998 con dos ministros. Su representación era muy débil (siete diputados) y no podían funcionar como una minoría condicionante frente a la casi mayoría absoluta del PS. Alcanzaron unos resultados mínimos en el aspecto medioambiental como las paradas del Superphénix, o del proyecto de una nueva central nuclear o del canal Rhin- Rhône, más por las dificultades económicas asociadas a estos proyectos que por la sensibilidad ecológica del PS, pero a cambio tuvieron que corresponsabilizarse en el gobierno de retrocesos como la autorización de los OGM, la no regularización de todos los sin-papeles o la represión del movimiento de parados, dentro de una política de tendencia liberal, en línea con el impulso neoliberal en todo el mundo en esa época.

Es cierto que, dada su débil representación parlamentaria, los verdes no han dispuesto de una minoría de bloqueo en las alianzas que han formado para hacer valer sus proyectos. El problema más bien es que a cambio de una aceptación mínima de sus propuestas, los verdes han tenido que corresponsabilizarse de las medidas neoliberales de sus coaligados, y han entrado en una dinámica de homogeneización respecto al funcionamiento de los partidos establecidos en el sistema electoral y de asunción de los valores neoliberales.

Pero si los principales partidos ecologistas han sufrido una socialdemocratización en estos aspectos, también existen partidos ecologistas menos influyentes que siguen manteniendo en sus programas los grandes objetivos originarios. Este papel, que en el movimiento obrero lo mantienen los sobrevivientes partidos comunistas y otras expresiones de la izquierda, en el movimiento ecologista es representado por los partidos ecosocialistas.

Los nuevos movimientos sociales

Este término solía utilizarse para referirse a los movimientos que cobraron protagonismo en la década de 1970, especialmente a los ecologistas, pacifistas y feministas, aunque estos dos últimos tuviesen antecedentes más lejanos. Con la caracterización de nuevos se intentaba diferenciarlos de otros movimientos más antiguos como el movimiento obrero o el campesino. Lo de nuevos es, pues, un término relativo y, como señalamos, tampoco muy justo para el caso de los movimientos feministas y pacifistas que tenían detrás suyo una historia tan lejana como el movimiento obrero.

Sin embargo, a finales del siglo XX aparecieron otra serie de movimientos sociales que pasaron a ocupar la posición de nuevos. Estos fueron los movimientos antiglobalización, los anti-neoliberales y los indígenas, que respondían, así, a los nuevos problemas planteados por la globalización neoliberal que se extendía por el mundo. Todos ellos cobraron un protagonismo especial a partir de la década de los años 90 del siglo pasado y, aunque la extensión de los dos primeros fue mundial, fue en una región concreta, América Latina, donde cosecharon algunas victorias importantes y provocaron importantes cambios sociales y políticos. Frente al débil resultado práctico del movimiento ecologista, estos nuevos movimientos sociales, especialmente los anti-neoliberales y los indígenas, tuvieron una mayor capacidad de transformación que, como veremos, estuvo asociada a su capacidad por articular las movilizaciones sociales con la vía institucional.

Estos movimientos se enfrentaron a algunos de los mismos dilemas estratégicos que los movimientos sociales precedentes, y volvieron a repetir discusiones similares. Pero su punto de partida no era el mismo, tenían tras de sí la rica experiencia de los movimientos que les precedieron, y también se desenvolvían en un nuevo contexto histórico, en el que gravitaba de manera importante el peso del fracaso del socialismo real y la desorientación del movimiento obrero respecto a sus proyectos sociales. En estas condiciones las tendencias autonomistas y de rechazo de la política institucional y de los partidos políticos aparecieron con fuerza y representaron una de las discusiones más intensas en su seno.

El movimiento antiglobalización nunca terminó de dar el paso a la intervención política institucional, pareciéndose, en este aspecto, al movimiento feminista. Por el contrario, los movimientos anti-neoliberales e indígenas sí dieron el paso a la intervención política institucional y, a semejanza del movimiento obrero, sus partidos alcanzaron en un período de tiempo relativamente corto el poder político para intentar poner en práctica sus proyectos.

El movimiento antiglobalización

Se trata de un movimiento reactivo ante el fenómeno de la globalización que se empezó a extender por el mundo a partir de la década de 1980. Por ello mismo es necesario, previamente, precisar en qué ha consistido el fenómeno de la globalización.

Hablar de la globalización es hablar también del neoliberalismo porque ambos aspectos son las dos caras de la misma moneda, de manera que lo que vamos a analizar a continuación es la globalización neoliberal.

La extensión mundial del capitalismo no es un acontecimiento nuevo, la internacionalización ha sido consustancial a la propia naturaleza del capitalismo desde su nacimiento, pero en la actual etapa aparecen nuevos rasgos que la identifican con el nombre de globalización, el primero es la extensión mundial del capitalismo que le hace ser el único sistema económico en estos momentos, el segundo es el gran volumen alcanzado por los movimientos de capital, posibilitado por las nuevas tecnologías de la información y las grandes redes organizativas; el tercer rasgo es la profundización de la división internacional del trabajo.

Para otros autores la globalización contemporánea es diferente de las ocurridas en épocas anteriores en términos cuantitativos, aunque no en términos de las estructuras y las unidades de análisis que definen el proceso.

Entonces, la globalización debe entenderse como una fase novedosa de la internacionalización de los mercados que hace entrar en relación y dependencia mutua a las naciones y empresas con una intensidad muy superior a la del pasado. En este sentido se pueden diferenciar tres etapas en el proceso de la internacionalización reciente de los mercados capitalista.

La primera fase se puede definir como la de internacionalización abarcando desde finales del siglo XIX hasta el inicio de la segunda guerra mundial, en ella los Estados son soberanos política y económicamente, y la internacionalización es un proceso basado en los Estados nacionales. La segunda fase es la de la mundialización, que se extiende entre el fin de la segunda guerra mundial y los años 70, y en ella lo más

característico es que las empresas multinacionales cobran una importancia decisiva y comienzan a operar sobre una base mundial. La tercera fase, la actual, es la de globalización, donde se acelera la tendencia anterior con características nuevas.

La globalización presupone un mercado mundial en el que operan poderosas corporaciones multinacionales y organismos internacionales capaces de determinar y condicionar las políticas de los Estados nacionales, en mayor medida cuanto más débiles son los Estados, cuya soberanía es reducida por esos poderosos actores transnacionales. La globalización neoliberal opera en interés de las grandes corporaciones financieras, industriales, comerciales y de servicios que operan en el mercado mundial.

Sus consecuencias políticas han sido claramente visibles, los Estados nacionales han visto reducida su soberanía, especialmente en el terreno de las políticas económicas, pero también en otros muchos terrenos.

El capital se mueve sin limitaciones por todo el mundo en busca de ganancias rápidas y fáciles, desestabilizando las economías nacionales - especialmente las de los países del mundo no desarrollado - desmantelando su sector público y asistencial mediante desregulaciones y privatizaciones en beneficio de las grandes corporaciones, provocando crisis y dramáticas consecuencias sociales en las poblaciones. La globalización se ha extendido sobre la imposición de medidas neoliberales en los diferentes países como la supresión de las limitaciones a los movimientos de capitales y el proteccionismo sobre las industrias nacionales, la eliminación de los derechos laborales y sociales, la privatización del sector público para ser adquirido por las corporaciones multinacionales a precios de ganga, y la privatización de prestaciones sociales como la sanidad, la educación y la jubilación o servicios básicos, como el agua. Los efectos de estas políticas es un aumento de las desigualdades sociales, con el aumento del desempleo y el empleo informal, absolutamente desprotegido, el empobrecimiento de amplias capas sociales que ahora ya no disponen de las instituciones de protección desmanteladas, y el enriquecimiento mayor de una minoría social que se beneficia de las desregulaciones, privatizaciones y bajos salarios.

Con la globalización se intensifica el intercambio desigual entre los países desarrollados y los que no, condenándose a amplias regiones del planeta a una marginación creciente de la economía mundial y a ser proveedoras de materias primas y mano de obra barata,

la globalización ha profundizado la polarización del sistema mundial, intensificándose los fenómenos migratorios de sur a norte, a lo que éste responde con el blindaje de sus fronteras. Durante el proceso de globalización no ha dejado de crecer la desigualdad en el reparto de riqueza entre el centro desarrollado y la periferia atrasada.

Se han agudizado los problemas ecológicos derivados de una explotación más intensiva de la naturaleza por las grandes corporaciones, mediante la supresión de las restricciones ambientalistas que regulaban la explotación de la naturaleza, y la contaminación por los procesos productivos, y las industrias más contaminantes son deslocalizadas a países con legislaciones menos restrictivas o inexistentes.

La globalización neoliberal ha generado crecientes olas de turbulencias, desequilibrios y crisis que han terminado desembocando en la crisis económica general iniciada en 2008.

La pérdida de soberanía por parte de los Estados nacionales, la homogeneización cultural a través del modo de vida occidental basado en el consumismo, y difundido por las poderosas corporaciones audiovisuales, ha provocado una reacción identitaria con la proliferación de movimientos de tipo étnico, nacionalista o religioso.

Pero además, como apunta Eric Toussain para resumir el balance económico de la globalización neoliberal, “podemos decir entonces, incluso sin hacer un balance humano y del medio ambiente, que veinte años de neoliberalismo constituyen un verdadero fiasco en términos de crecimiento y de estabilidad. Esto se expresó en la baja de la rentabilidad de las empresas, en la explosión de la burbuja especulativa de la bolsa, en la caída del mito de la «nueva economía», en la inestabilidad de la tasa de cambio, en las quiebras abruptas, y en fin, en las reiteradas crisis económicas y financieras de los países de la periferia.”³⁰

Las resistencias contra los efectos de la globalización neoliberal nacen prácticamente a la vez que ésta. En un primer momento se trata de resistencias puntuales y locales, pero en 1994 un acontecimiento va a servir para impulsar la coordinación y actuación internacional dando lugar a la aparición del movimiento antiglobalización o alterglobalización. Nos referimos al levantamiento zapatista en México contra la entrada en vigor en 1994 del tratado de libre comercio firmado entre México, EE.UU. y Canadá. El zapatismo abogaba por la articulación de las luchas locales y globales y sus

³⁰ Toussain, Eric, La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos, pág. 27

encuentros de la humanidad contra el neoliberalismo serían precursores del nacimiento del Foro Social Mundial (FSM).

El segundo acontecimiento que galvanizará las fuerzas alterglobalistas a nivel internacional fue la batalla de Seattle, en noviembre de 1999, que hace fracasar la denominada Ronda del Milenio de la OMC. En Seattle se produjo un doble movimiento de resistencia contra la posición dominante de los países desarrollados en el seno de la OMC. La más espectacular tuvo lugar en la calle, con una impresionante movilización, y la otra, menos visible, tuvo lugar del interior de la propia conferencia con la oposición en bloque de los países no desarrollados a las exigencias del Norte para desregular los intercambios comerciales mientras ellos continuaban subsidiando su agricultura e industria. El fracaso de los países desarrollados en Seattle fue el inicio del freno al avance, hasta ese momento arrollador, de la globalización neoliberal. También serviría de modelo a las posteriores movilizaciones realizadas con ocasión de las grandes cumbres de las principales instituciones económicas internacionales.

Finalmente todas las movilizaciones, organizaciones y activista a nivel internacional terminaron convergiendo en un importante ensayo de coordinación, el Foro Social Mundial celebrado en Porto Alegre en enero de 2001 y que sería el primero de ellos que se celebrarían en años posteriores hasta el último, por el momento, en 2013 en Túnez.

Se trata de la convergencia de toda una serie de organizaciones y movimientos sociales de diferentes características que engloban una gran variedad de intereses sociales opuestos a la globalización neoliberal como las organizaciones de las iglesias cristianas, organizaciones contra el pago de la deuda como CADTM (Comité por la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo) y Jubileo Sur, movimientos campesinos como el Movimiento de los Sin Tierra o Vía Campesina³¹, movimientos feminista como la Marcha Mundial de las Mujeres, sindicatos como la Central Única de Trabajadores de Brasil, y otras como ATTAC o Focus on the Global South y, sobretudo, una gran

³¹ Vía Campesina nace en 1992 como una coordinadora de movimientos campesino inicialmente de América Latina, EE.UU. y Europa, pero que, posteriormente, se extendería también por África y Asia, con especial implantación en la India. Su actividad se orienta en la lucha contra las grandes corporaciones alimentarias, defendiendo los intereses de los trabajadores agrícolas y de los pequeños y medianos campesinos. Igualmente en su programa se encuentran puntos como el derecho a la soberanía alimentaria de los pueblos frente al dominio del mercado mundial, la reforma agraria en contra de los grandes terratenientes y la defensa de una agricultura sostenible y ecológica.

cantidad de ONGs³². Sin embargo, fueron excluidos de su participación en el FSM los partidos políticos.

En los foros se ha hecho patente el cambio del sujeto resistente, los campesinos y pueblos indígenas del sur rempazan a la vieja clase obrera en las luchas contra la globalización neoliberal. Igualmente, se hace notar la presencia en su seno de las posturas anti-políticas que se han extendido tras el derrumbe de los países del socialismo real, rechazando la estrategia orientada a la toma del poder del Estado, de ahí la ausencia de partidos políticos. Los zapatistas fueron la expresión más visible de esta nueva orientación que llevaría, a la larga, a la ineficacia práctica de las movilizaciones. No obstante, otras expresiones de estas resistencias si se orientarían a la toma del poder del Estado y la creación de partidos políticos, como veremos más adelante, sobretodo en América Latina.

El programa general que defiende inicialmente el FSM es de clara naturaleza reformista, no se opone a la globalización en sí, por ello propone una globalización alternativa, democrática y anti-neoliberal, criticando el papel jugado por las grandes instituciones económica internacionales como el BM, el FMI, la OMC o el Foro de Davos, así como las grandes corporaciones multinacionales; exige una auditoría internacional sobre la deuda externa del Tercer Mundo y el abandono de las políticas de ajuste estructural que se han impuesto a los países no desarrollados; reclama el derecho de las naciones a dotarse de un desarrollo endógeno, el control sobre el capital financiero y la actividad de las empresas multinacionales, la soberanía alimentaria, etc. Todas ellas son medidas enfocadas contra los aspectos más negativos del neoliberalismo, pero, en el fondo no cuestionan la existencia del capitalismo. Esta posición mayoritaria en los foros es la que ha llevado a muchas organizaciones de la izquierda clásica a criticar al FSM, al que además le reprochan su ineficacia real al no establecer programas de acción.

La naturaleza organizativa del FSM ha dado lugar a dos posturas contrapuestas en su seno, como apunta Jordi Calvo Rufanges, la que apuesta por un foro-espacio, y la que prefiere un foro-movimiento. La primera se basa en la necesidad de seguir expandiendo el FSM y su propuesta de cultura altermundialista hacia regiones donde su presencia aún es débil, y en el rechazo a la clásica forma de acción transformadora que pasa por el

³² Por ejemplo, el IX Foro Social Mundial realizado en Belén en 2009 contó con 133 mil participantes agrupados en 5808 organizaciones de 142 países, asimismo estuvieron presentes cinco gobernantes progresistas de América Latina (Ecuador, Bolivia, Venezuela, Brasil y Paraguay).

previo acceso al poder del Estado. Según la visión de esta posición dentro del FSM, esta vía habría mostrado su fracaso histórico con las experiencias del socialismo real, de la socialdemocracia y de los movimientos de liberación nacional, y sería necesario buscar otras alternativas para alcanzar incidencia política.

Los que apuestan por un foro-movimiento, es decir, transformar al foro en un movimiento social global, desean que el foro sea un sujeto de transformación en sí mismo con incidencia política mediante la vía clásica del acceso al poder estatal.

El FSM se ha mostrado contrario a la participación en su seno de los partidos políticos a los que se acusa de su tendencia intrínseca a la burocratización y profesionalización, orientados por intereses electoralistas, todo lo cual se opone a la cultura política propia del foro de carácter autogestionario, horizontal y autónomo. Sin embargo, ésta es una postura contradictoria e incoherente, pues no se aplican los mismos criterios respecto a las ONGs, teniendo en cuenta que algunas de las críticas a los partidos pueden ser perfectamente aplicables a las más grandes de ellas, muy profesionalizadas y jerarquizadas, y dependientes de ayudas económicas de gobiernos y empresas privadas, ni tampoco se aplican los mismos criterios a las organizaciones de las iglesias cristianas que suelen estar bajo la autoridad de la jerarquía eclesiástica.

El Foro Social Mundial fue rápidamente controlado por las ONGs que le llevaron a la burocratización y la pérdida de la iniciativa anticapitalista, aunque en su seno existe una Asamblea de Movimientos Sociales. Su objetivo es funcionar más como un foro de intercambio de experiencias que como un generador de alternativas, la mayoría de la dirección del FSM era contraria a liderar movilizaciones mundiales basadas en una plataforma común.

Una de las críticas más incisivas se refiere a la aparición en su seno de tendencias elitistas y mercantilistas, “Sostener una reunión internacional como lo es el FSM, supone una gran movilización y despliegue logístico, que viene acompañado por la necesidad de grandes sumas de capital. Esto ha implicado que la organización del foro haya sido dominada por las grandes ONGs y sindicatos, que a su vez tienen vínculos con diversos partidos políticos, gobiernos y grandes corporaciones. De esto, se desprenden 3 factores importantes:

- Las organizaciones que tienen más presencia y fuerza en el FSM generalmente se organizan de manera piramidal;
- Los grandes financiamientos de éstas, provienen pues de gobiernos, corporaciones y partidos políticos, con sus respectivas implicaciones;
- Las visiones, críticas y propuestas más radicales, probablemente no tengan vocería en estas cúpulas organizativas del FSM.

Lo cierto es que los procesos de toma de decisiones del foro, se han orientado a partir de una lógica de tendencias piramidales y centralizadas, siendo que los componentes del llamado «Consejo Internacional» son estas grandes ONGs y sindicatos, quienes [...] gobiernan desde lo más alto de la organización, generándose una especie de élite.”³³

Esta tendencia a la mercantilización y el dominio de las grandes organizaciones jerarquizadas y con conexiones con poderes contra los que los movimientos suelen hacer campañas fue patente en la organización del FSM de Nairobi.

No cabe duda del importante papel jugado por el FSM en tres aspectos. Primero para la deslegitimación del neoliberalismo, que se presentaba como el único modelo posible para la humanidad a finales del siglo XX después de la debacle de los países del socialismo real. La fuerza arrolladora de la globalización neoliberal fue contenida y enfrentada por una multitud de movimientos que encontraron en el FSM el instrumento de contestación global a una doctrina que pregonaba que no existía otra alternativa, frente a ello el FSM levantó la consigna de otro mundo es posible y ayudó, así, a evitar el sentimiento de desmoralización e impotencia. Segundo para la puesta en contacto de esta multitud de movimientos de todo el mundo que les permitía intercambiar sus experiencias y servía, a la vez, de aliciente para el nacimiento de nuevos movimientos en otras partes del mundo; así, el peso inicial que detentaban en el FSM los movimientos procedentes de América Latina y el mundo desarrollado fue contrapesado por la extensión del FSM a regiones de Asia, África y Oceanía. Tercero, para la difusión de una nueva cultura política basada en la horizontalidad, la autogestión y la autonomía que potenciaba la participación y la democracia directa.

³³ Teran Mantovani, Emiliano, ¿Necesitamos una revolución dentro del Foro Social Mundial?, *ALAI, América Latina en Movimiento*, 23/04/2013, <http://alainet.org/active/63527>

Pero también hay que señalar sus debilidades. En primer lugar, el FSM no consiguió cambiar el curso histórico de los acontecimientos, la acción más importante impulsada por el FSM fueron las movilizaciones contra la guerra de Irak que movilizaron a millones de personas por todo el mundo pero, aún así, no fueron capaces de impedir la agresión de EE.UU. y sus aliados. En realidad esta movilización contra la guerra representó la cumbre de movilizaciones más alta alcanzada por el FMS. En otra multitud de problemas y desafíos su incidencia fue muy débil, fueron los movimientos aislados en cada caso quienes llevaron la iniciativa de las movilizaciones, pero no se ha producido un cambio en la tendencia neoliberal y sus consecuencias, o en el peso creciente de las grandes instituciones económicas y corporaciones multinacionales.

En segundo lugar, como consecuencia de su naturaleza y organización, los distintos foros mundiales o temáticos que se han ido celebrando en estos doce años de existencia han seguido concentrándose en el intercambio de experiencias, celebración de mesas, elaboración de ponencias, etc., que han terminado por dar a los foros un aire repetitivo y de falta de eficacia, originando una cierta pérdida de vitalidad.

Tercero, el peso creciente de las ONGs en el seno del FSM y su rechazo a la acción política y a la admisión de los partidos, ha llevado a que sean otros actores los que hayan jugado un papel más determinante en las respuestas más eficaces al neoliberalismo, como ha sido el caso de las movilizaciones que han derribado gobiernos neoliberales en América Latina y levantado gobiernos progresistas en la región, o en las movilizaciones en Europa contra las consecuencias de la crisis.

Cuarto, se ha producido, como se indicaba anteriormente, un proceso creciente de institucionalización en las estructuras dirigentes del FSM debido al peso de las ONGs, iglesias y grandes sindicatos en el Consejo Internacional que, a su vez, son altamente dependientes en el aspecto financiero de las ayudas de gobiernos, fundaciones y de grandes empresas privadas o mixtas, tal como denuncia Michel Chossudovsky, “El consejo internacional (CI) del FSM se compone de representantes de organizaciones no gubernamentales, sindicatos, organizaciones de medios de comunicación alternativos, institutos de investigación, muchos de los cuales están fuertemente financiados por fundaciones y gobiernos.”³⁴

³⁴ Chossudovsky, Michel, *Globalistas y élites controlan los movimientos populares*.

Los movimientos anti-neoliberales en América Latina

La aplicación de las recetas neoliberales contenidas en el Consenso de Washington en América Latina originó una auténtica sacudida en la región. Primero con la desregulación financiera y económica que conllevó a la privatización de amplias áreas económicas de carácter público que pasaron a ser adquiridas por empresas multinacionales exteriores, donde destacaron algunas de las principales multinacionales españolas. Segundo con la amplia destrucción del tejido productivo de la región que provocó un fuerte aumento del paro y del trabajo informal, unido a la precarización de las condiciones laborales. Tercero con el desmantelamiento de las deficientes estructuras existentes de protección social, lo que agravó las condiciones de miseria que se extendía por toda América Latina. Cuarto con la extensión de la explotación de tierras pertenecientes a los pueblos originarios con el objetivo de intensificar la extracción de materias primas.

La extensión del neoliberalismo por América Latina en la década de 1990 había tenido un temprano precedente en el Chile de Pinochet. Pero a finales del siglo XX diversas fuerzas políticas de la región se adhirieron al nuevo credo del capitalismo, no se trató solamente de fuerzas de la derecha como en Perú con Fujimori o en Colombia, también antiguos partidos nacionalistas y socialdemócratas abrazaron el neoliberalismo como el PRI en México, el peronismo liderado por Menem en Argentina, la Acción Democrática en Venezuela, la década de gobiernos neoliberales en Brasil, etc.

La sacudida económica se terminó convirtiendo en un terremoto social y político cuando amplios sectores sociales damnificados por las medidas neoliberales se empezaron a rebelar. Los gobiernos que implementaron las medidas neoliberales sufrieron un fuerte desgaste de legitimación y se encontraron enfrentados a masivas protestas sociales que les terminaron derrotaron en las elecciones como en Brasil, Perú, Venezuela o Uruguay, o directamente les desplazaron del poder con las movilizaciones como en Bolivia, Ecuador, Paraguay o Argentina. La rebelión, en forma de masivas movilizaciones o incluso insurrecciones, frenó la ofensiva neoliberal y contribuyó a que en algunos países se implantarán gobiernos que defendían el programa de las clases populares. La crisis originó movimientos urbanos como el de la ocupación de fábricas abandonadas, los piqueteros en Argentina o la revolución ciudadana en Ecuador,

movimientos campesinos como el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil y, sobretodo, movimientos de los pueblos originarios como los que sacudieron a Bolivia y Ecuador.

Algunos de estos movimientos desaparecieron después de un período de intensa actividad, como ocurrió en Argentina, donde no consiguieron levantar una alternativa política propia y terminaron cooptados por el peronismo. Otros fueron capaces de organizarse políticamente y llegaron a controlar el Estado como en Bolivia y Ecuador. Finalmente, como en el caso de Venezuela, fue un líder carismático quien articuló el descontento para alcanzar el poder con un programa a favor de las clases populares.

Muchos de estos nuevos movimientos sociales que se opusieron al neoliberalismo adoptaron una postura autonomista, que significaba en la práctica el rechazo a los partidos y a la actividad política entendida como la actuación orientada a alcanzar el poder del Estado. Los movimientos que persistieron en esta actitud terminaron desembocando en una actuación impotente que terminó favoreciendo el que los partidos conservadores recuperarán el control del Estado y defendiesen desde allí la estabilidad de la acumulación capitalista.

Uno de los principales teóricos de la autonomía de los movimientos sociales en América Latina señala las siete características comunes a estos movimientos, “el arraigo territorial en espacios conquistados a través de largas luchas; la autonomía de Estados, partidos, iglesias y sindicatos; la afirmación de la identidad y de la diferencia; la capacidad de tomar en sus manos la educación y de formar sus propios intelectuales; el papel destacado de las mujeres -y por lo tanto de la familia que son a menudo el sostén de los movimientos; una relación no jerárquica con la naturaleza y formas no tayloristas de división del trabajo en sus organizaciones; y el tránsito de formas de acción instrumentales hacia las auto-afirmativas”³⁵

Zibechi, como teórico adscrito a la corriente autonomista, que preconiza la transformación social sin necesidad de tomar el poder, señala que una de las principales conquistas de los movimientos sociales es la de crear islas no capitalistas, espacios donde se construyen relaciones sociales no capitalistas. Esta posición recuerda la de los promotores del cooperativismo obrero en la primera mitad del siglo XIX que vimos en

³⁵ Zibechi, Raúl, Autonomías y emancipaciones. América latina en movimiento, págs. 45-6

el primer capítulo. Si la crítica de esta corriente a las experiencias de la izquierda partidaria de la conquista del poder del Estado para transformar la sociedad se basa en el fracaso histórico del socialismo real o en la conversión de la socialdemocracia al social-liberalismo, entonces, con la misma razón histórica, hay que recordarles que las experiencias cooperativistas de Fourier u Owen en el siglo XIX de fundar también islas no capitalistas para transformar la sociedad con su ejemplo no llevaron a ninguna parte.

Más aún, Zibechi se muestra contrario a cualquier intento de centralización, unificación o articulación de los diversos movimientos sociales que recorren América Latina porque les restaría autonomía. La línea de defensa frente a quienes critican la impotencia a la que están abocados los movimientos aislados es la de los fracasos históricos de los grandes movimientos socialistas articulados internacionalmente.

El movimiento precursor en América Latina de la política de autonomía de los movimientos sociales y de transformar el mundo sin tomar el poder fue el zapatista. Su influencia, desde su nacimiento en 1994, ha sido muy intensa, especialmente debido a la novedosa e imaginativa campaña de comunicación que desplegó y su resonancia internacional.

Por su parte, uno de los autores latinoamericanos más críticos con las tendencias autonomistas dice sobre ellas que “rehúyen el alineamiento político y el encuadramiento ideológico. Comparten sensibilidades, actitudes y proyectos, pero no sostienen una doctrina común. Difunden una crítica moral al capitalismo desde perspectivas antiautoritarias y rechazan toda forma de liderazgo y estatismo. Manejan un lenguaje libertario y defienden la auto-organización, resaltando los valores solidarios y comunitarios. Cuestionan la participación en ámbitos institucionales y alientan la autogestión en el terreno económico [...] Los autonomistas confían en la suficiencia de la lucha social y descalifican la necesidad de un proyecto político socialista de los oprimidos. Consideran que la experiencia acumulada en la acción popular conduce a la maduración espontánea de los sentimientos anticapitalistas de la población”³⁶

Las críticas de Claudio Katz³⁷ al autonomismo resaltan los problemas consustanciales a esta tendencia. Les recrimina que olviden que “los oprimidos no pueden construir una alternativa emancipatoria si no desarrollan un proyecto político propio” y que este no

³⁶ Katz, Claudio, Los problemas del autonomismo, pág. 1 y 3

³⁷ *Ibidem*.

brotó espontáneamente, que la construcción de alternativas “exige conciencia política y maduración ideológica de las clases dominadas, porque los valores de solidaridad que emergen en la acción reivindicativa no alcanzan para derrotar a los opresores”, esto supone, implícitamente, la necesidad del partido político. Igualmente les reprocha que rechacen el papel de la clase obrera en las luchas anticapitalistas a favor de los excluidos porque eso significa que “atribuyen mayor peso a las relaciones de dominación que a las formas de explotación”. Les recuerda la insuficiencia de la democracia directa, que puede ser un instrumento complementario pero no exclusivo, en la organización de una sociedad socialista, y les critica que su posición abstencionista permita un mayor margen de maniobra a las clases dominantes. Los autonomistas rechazan tomar el poder para cambiar la sociedad y desconocen, de esta manera, el papel fundamental “que cumple el Estado en la organización de la dominación capitalista y en la desorganización de la resistencia popular”. Finalmente, considera utópicas e ineficaces sus propuestas económicas para crear enclaves no capitalistas en el seno de este sistema socioeconómico, la expansión de las cooperativas y los modelos de autoproducción y autoabastecimiento local.

Lo que vamos a analizar a continuación son las estrategias organizativas de algunos de los principales movimientos de contestación al neoliberalismo en América Latina, y su capacidad para revertir la situación levantando alternativas que alcanzaron o no el poder con un programa de las clases populares.

La insurrección argentina del 2000 ;qué se vayan todos!

Argentina conoció una intensa depresión económica a inicios del siglo XXI que se transformó primero en crisis social, cuando provocó un gran incremento de la población desocupada y de la pobreza entre amplias capas sociales, y después en crisis política, cuando se produjo la insurrección popular de finales de 2001, especialmente en Buenos Aires, que provocó el cambio de cinco presidentes en dos semanas. El movimiento de protesta urbano se concretó en esos momentos en dos importantes expresiones, la del movimiento de los desocupados conocido como los piqueteros, cuyo origen se remonta a 1996, y la de las empresas recuperadas por sus trabajadores.

La actuación de los piqueteros se centró especialmente en el corte de rutas, puentes y calles que dificultaban la circulación de mercancías, pero también en el trabajo comunitario en el barrio, basándose en una práctica de democracia directa asamblearia. Su objetivo principal fue la reivindicación de trabajo, aunque también se constituyeron en un espacio para la construcción de proyectos comunitarios y de elaboración de estrategias contra la exclusión social. Hasta que el inicio de la recuperación económica proveyó nuevas fuentes de empleo, los distintos gobiernos respondieron con una política de ayudas económicas que buscaba convertir a las organizaciones piqueteras en colaboradoras de una política asistencial. En el seno del movimiento piquetero actuaron diversas corrientes políticas que buscaron influenciarle como la CTA, partidos de la izquierda anticapitalista, las corrientes libertarias y el peronismo.

Otro aspecto característico de la crisis argentina fue el fenómeno de ocupación por los trabajadores de fábricas abandonadas para continuar la actividad productiva en régimen de autogestión o cooperativa. Ya existían precedentes de este fenómeno en la segunda mitad de los años 90, pero con la agudización de la crisis en 2001-2 se multiplicaron estas experiencias hasta alcanzar cerca de 200 fábricas en esta situación, entre las que destacaron por su notoriedad la cerámica Zanón y la textil Brukman³⁸. Pero este proceso

³⁸ Como señala Mabel Thwaites Rey, las fábricas recuperadas “operan bajo distintas modalidades de gestión. Dentro de ese espectro se perfilaron de inmediato dos tendencias en la disputa por la orientación general del movimiento. Por un lado, el movimiento nacional de empresas recuperadas (MNER), y el posteriormente escindido movimiento nacional de fábricas recuperadas (MNFR). En ellos se agrupan la mayoría de las empresas ocupadas bajo formas cooperativas y tienen una fuerte influencia de la iglesia, a través de la pastoral social, de miembros del partido justicialista (PJ) y de la central de trabajadores

de recuperación de fábricas por los trabajadores no se enmarcó en un proceso consciente con el objetivo de levantar una alternativa ante la crisis capitalista, más bien se trató, en general, de un movimiento espontáneo de defensa ante la situación de miseria a la que se encontraban abocados los trabajadores cuando cerraba una fábrica.

Desde mediados de 2002 se produce en Argentina, sin embargo, un proceso de recomposición política primero, y de recuperación económica un poco más tarde. Esta nueva situación hace que desaparezcan algunos de los actores de la protesta como las asambleas barriales y se desmovilicen progresivamente otros como los piqueteros.

La fragmentación política del campo popular en Argentina no desapareció ni con la crisis social y política, ni con la insurrección de finales de 2001, por lo que los sectores populares no fueron capaces de dotarse de un proyecto y una dirección estratégica y la protesta fue recuperada por las clases dominantes en un nuevo proyecto representado por los gobiernos de centroizquierda de Néstor Kirchner a partir de 2003, que representó una corrección de las anteriores políticas neoliberales. Una parte del movimiento piquetero se inclinó por la colaboración con el gobierno.

En Argentina, la consigna levantada durante los momentos álgidos de la insurrección fue la de que se vayan todos, que expresaba un sentimiento de rechazo generalizado de la política, sin embargo, pasada la etapa más crítica, dio paso a un nuevo período de recuperación capitalista podada de los elementos más claramente neoliberales. La fragmentación política de la izquierda persistió durante esta experiencia sin capacidad para levantar una alternativa política unitaria y creíble que engarzase con los movimientos populares crecidos durante las protestas y alcanzase el poder del Estado con un programa de las clases populares. En el caso argentino las causas del fracaso hay que buscarlas en las actitudes antipolíticas de los movimientos, de un lado, y en la fragmentación de los partidos de la izquierda transformadora de otro. El de Argentina es un caso paradigmático de aguda crisis en el sistema capitalista en el que las intensas

argentinos (CTA). Por el otro, las empresas impulsoras de la gestión obrera directa (GOD), con eje en la textil Brukman de la capital federal, la cerámica Zanón de la provincia de Neuquén y la minera reestatizada de santa cruz río turbio. Apuestan a la gestión bajo control obrero, pero en torno a ellas también llegó a nuclearse un grupo de empresas autogestionadas bajo formas cooperativas, apoyadas por los movimientos de trabajadores desocupados, algunas asambleas populares y partidos de izquierda”, en La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción, pág. 85

Movimientos sociales y partidos políticos. Objetivos, estrategias y relaciones

movilizaciones se consumen rápidamente, sin dar lugar ni a expresiones organizativas afianzadas y con capacidad de liderazgo para disputar la hegemonía a la burguesía - ni en forma de movimientos ni de partidos -, ni a transformaciones sociales y políticas derivadas de aquellas.

La conquista del Estado por el movimiento indígena de Bolivia

El contraejemplo más claro al caso argentino en América Latina fue el de Bolivia. Aquí, unas potentes movilizaciones y unos consolidados movimientos sociales levantaron una alternativa política y alcanzaron el poder del Estado para transformar los cimientos económicos, sociales y políticos del país.

Bolivia contaba con una vieja y prestigiosa organización del movimiento obrero que había jugado un papel muy importante en coyunturas históricas anteriores, la COB. Por el contrario, la mayoría indígena del país solo había intervenido en los acontecimientos históricos como actor secundario. La aplicación de las políticas neoliberales a partir de 1985 desencadenó un proceso marcado por tres circunstancias, la organización y protagonismo de la mayoría campesina e indígena, el decaimiento de la potencia de la COB debido a las políticas neoliberales, y unas intensas movilizaciones populares contra estas políticas que terminarían por llevar al gobierno, en 2005, al instrumento político creado por las mayorías campesinas e indígenas para implementar su programa político.

Las políticas neoliberales desarticularon la economía nacional y, entre otras consecuencias, obligó a la migración interna de decenas de miles de mineros, especialmente a El Alto y las zonas cocaleras del Chapare que se convertirían en dos bastiones de resistencia a los gobiernos neoliberales. Otra consecuencia fue que la COB quedó muy debilitada por estas políticas neoliberales y no pudo representar ni la punta de lanza de las luchas contra esas políticas, ni la base para un movimiento político para conquistar el gobierno.

Paralelamente, a partir de 1992, el movimiento campesino indígena empezó a discutir la posibilidad de dotarse de un instrumento político con el objetivo de conquistar el gobierno. A su creación concurrieron las principales organizaciones del movimiento, la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia, la Confederación de Colonizadores de Bolivia o la Federación Nacional de Mujeres Campesinas de Bolivia. Este instrumento nació con el nombre de Asamblea por la Soberanía de los Pueblos que formó una alianza con Izquierda Unida para las elecciones de 1997, pero tras romperse la alianza el nombre definitivo que adoptó es el de Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos (IPSP), más tarde MAS-IPSP por

problemas de registro legal. Se trata, como indica el propio nombre, de un instrumento al servicio de los movimientos campesinos indígenas, no de un partido político clásico, y aunque posteriormente su crecimiento y responsabilidades de gobierno le acercasen más a este formato, se han mantenido muy sólidas las relaciones entre el instrumento político y las bases sociales que le dieron nacimiento. El recorrido histórico de esta fórmula es aún corto para saber si el MAS-IPSP terminará siguiendo una línea similar a otros partidos nacidos por la voluntad de los movimientos sociales, como el partido laborista respecto a los sindicatos ingleses, o seguirá una senda propia, manteniendo esa primacía de los movimientos sociales respecto a la orientación del instrumento.

Entre 1995 y 2002 el instrumento político se mantuvo exclusivamente con su base campesina, con muy poca presencia en las ciudades, donde las clases medias le miraban con cierto recelo, esto suponía una limitación para su crecimiento electoral, en las elecciones de 2002 su resultado fue bueno, un 22% y 27 diputados, pero lejos aún de una mayoría con capacidad de introducir cambios profundos. Entre 2002 y 2004 el MAS-IPSP desplegó una estrategia para llegar a las clases medias de las ciudades y ampliar su base de apoyo para poder tener opciones de llegar al gobierno. Un punto fundamental para su éxito fue tanto el nombramiento para vice-presidente de Álvaro García-Linera como la alianza alcanzada con más de 50 organizaciones diferentes, éxito que se plasmó en la victoria de Evo Morales en las elecciones presidenciales de 2005 con el 53,7% de los votos. La apertura a los sectores urbanos por parte de lo que originariamente es concebido como un instrumento político de los movimientos campesinos provocó tensiones inevitables en su seno, ante el recelo de que pudiera producirse un control por parte de los profesionales y técnicos urbanos.

Pero este proceso no sería comprensible sin tener en cuenta el período abierto de luchas anti-neoliberales en Bolivia con el salto representado en el año 2000 con la lucha contra la privatización del agua en Cochabamba, la rebelión aymara en el altiplano y la resistencia de los cocaleros en el Chapare contra el proyecto de erradicación y eliminación de la comercialización de la hoja de coca. Las luchas y rebeliones que se extendieron por todo el país obligaron a la renuncia de dos presidentes entre 2003 y 2005.

El proceso insurreccional desplegado en Bolivia desde ese momento se articuló en torno a dos grandes objetivos, de un lado la lucha por la nacionalización de las reservas

bolivianas de gas y de petróleo y, de otro, la transformación del Estado racista y colonial de Bolivia en otro plurinacional a través de un proceso apoyado en una asamblea constituyente.

Con la llegada del MAS al gobierno en 2005 se abrió un nuevo período, el instrumento empleado para el cambio fue la asamblea constituyente elegida en julio de 2006 en la que el MAS obtuvo el 53% de los votos, lo que le obligó a llegar a acuerdos con la oposición para sacar adelante las reformas constitucionales. La derecha más reaccionaria, vinculada a los sectores oligárquicos históricamente dominantes, acudió a los intentos de insurrección desde 2007 con el objetivo de derribar al gobierno y su programa político, esta estrategia violenta de la oposición oligárquica fue derrotada por el gobierno con ocasión del intento de golpe de Estado de 2008³⁹.

Pero, a pesar de estas dificultades, el apoyo electoral al MAS y a su presidente, Evo Morales, no dejó de crecer desde 2005, sus victorias fueron claras tanto en las elecciones presidenciales, como en el referéndum revocatorio de 2008 o en el de la ratificación de la nueva constitución en 2009, gracias al cumplimiento de sus promesas electorales y sus políticas sociales.

Como señala Guillermo Almeyra, “Bolivia está llevando a cabo tres revoluciones simultáneas: una, democrática, descolonizadora, modernizadora; otra, cultural, eliminadora del atraso y la barbarie impuestos por el pasado de explotación y sumisión, y la tercera, social, de contenido anticapitalista objetivo. Evo Morales y su gobierno conducen las dos primeras con gran vigor y decisión, pero las formas y el contenido de la tercera están todavía indefinidos.”⁴⁰

Bolivia es el ejemplo más claro del protagonismo de un nuevo actor, los campesinos indígenas dominados durante siglos por una oligarquía racista a través de un Estado colonial, que crean primero sus propios movimientos de defensa y resistencia y levantan, luego, en medio de una rebelión generalizada contra las consecuencias de las políticas neoliberales del gobierno, un instrumento político con el que, finalmente, son capaces de conquistar el gobierno e iniciar un proceso revolucionario de transformación

³⁹ En septiembre de 2008 se produce un ensayo de golpe de Estado por parte de los grupos más reaccionarios de los departamentos que conforman la media luna conocido como golpe cívico prefectural, con masacres de campesinos, toma de instituciones en el departamento de Santa Cruz, y atentados contra las instalaciones de gas petróleo en Tarija. Su objetivo era derrotar al gobierno o conseguir la secesión de la parte oriental del país.

⁴⁰ Almeyra, Guillermo, Bolivia: tres revoluciones, Rebelión, 22-10-2010

Movimientos sociales y partidos políticos. Objetivos, estrategias y relaciones

de la sociedad boliviana. Sin ese objetivo de conquistar el gobierno, y sin la creación de ese instrumento político para la lucha política, los movimientos campesinos indígenas de Bolivia posiblemente se hubiesen desgastado en una lucha incesante como ocurrió con otros ejemplos en América Latina.

El zapatismo mexicano

México es otro caso paradigmático en América Latina, en este caso por dos razones principales. La primera es la aparición de una guerrilla-movimiento social, el EZLN, en enero de 1994, que representaría un fenómeno atípico dentro de los movimientos sociales, inicialmente por su carácter guerrillero; también porque hace una apuesta explícita, y con gran repercusión nacional e internacional, de enfocar su acción transformadora al margen de la actividad política partidista; finalmente, porque es, dentro de los movimientos sociales anti-políticos el que consigue llegar más lejos la creación de islas autónomas en el seno de un Estado capitalista. La segunda razón es que el EZLN lleva su oposición a los partidos políticos y al Estado a un nivel elevado de enfrentamiento justamente con la opción política más cercana, el centroizquierdista PRD, posibilitando su derrota en las elecciones presidenciales de 2006 y, de esta manera, facilita la continuidad de las élites políticas tradicionales en México y su programa neoliberal.

Todo ello, como vamos a analizar, en medio de una acción práctica y teórica contradictoria que le han valido al EZLN multitud de críticas desde la izquierda.

Por otra parte, México ha sido un país convulsionado política y socialmente durante estos 20 años de existencia del EZLN debido a la aplicación de políticas neoliberales por parte de los partidos representativos de la oligarquía mexicana, el PRI y el PAN. El primero fue desalojado del poder después de 70 años de ejercicio ininterrumpido del mismo en las elecciones presidenciales del año 2000. El PAN continuó en lo fundamental aplicando las mismas políticas de su antecesor, pero México entró en una etapa de bipartidismo que canceló la anterior de hegemonía indiscutida del PRI.

Sin embargo, este bipartidismo fue amenazado desde el centroizquierda. En dos ocasiones los partidos o coaliciones de esa tendencia estuvieron en condiciones de alzarse con la victoria presidencialista, y en ambas su derrota fue denunciada y rechazada con la acusación de la existencia de fraude electoral para evitar el acceso a la presidencia de la opción de centroizquierda. La primera tuvo lugar en 1988 con el candidato del Frente Democrático Nacional, Cuauhtémoc Cárdenas, y la segunda en 2006 con el candidato del PRD, Andrés Manuel López Obrador (AMLO).

En cuanto a los conflictos sociales importantes que durante esos años recorrieron México, al margen de los que tenían que ver con el movimiento zapatista, se pueden señalar, en primer lugar, el conflicto en defensa de la tierra en Atenco contra las expropiaciones para la construcción de un nuevo aeropuerto en la ciudad de México que dio lugar al Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra y terminó en una victoria a pesar de la represión sufrida. El segundo conflicto importante lo representó la creación de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca que llevó a cabo una importante experiencia de autogobierno y mantuvo, durante un cierto tiempo, un desafío serio al gobierno del Estado antes de ser derrotada por la intervención militar. Estos dos grandes conflictos tuvieron lugar en 2006, año del fraude electoral que galvanizó al movimiento obradorista. Posteriormente, en 2009, tendría lugar el conflicto del gobierno por derrotar al sindicato de electricistas mediante la supresión de la compañía estatal encargada de suministrar energía eléctrica al centro del país.

El movimiento zapatista adoptó a lo largo de estos 20 años de existencia diversas estrategias y programas de objetivos. En cuanto a las primeras, el EZLN inició su presencia como un movimiento guerrillero clásico en enero de 1994. La fecha elegida era toda una declaración de principios, se trataba de la entrada en vigor del acuerdo de libre comercio firmado entre México, de una parte, y EE.UU. y Canadá, de otra. La acción guerrillera de nacimiento fue respondida con una fuerte represión violenta por parte del Estado, frenada gracias a la amplia movilización nacional. Esta fase dio paso a un período de negociaciones que desembocaron en los Acuerdos de San Andrés de 1996 entre el EZLN y el gobierno. La estrategia posterior del EZLN se orientó, de un lado, a construir alianzas nacionales e internacionales para romper su aislamiento y, de otro lado, a intentar, mediante la negociación, plasmar en leyes aquellos acuerdos, especialmente tras la llegada del PAN al poder en el año 2000. Para ello, el EZLN lanzó una marcha por la dignidad que terminó con la defensa, por parte de sus representantes, ante el Congreso de sus demandas. Fruto de ello fue una reforma de la constitución para reconocer los derechos de los pueblos indígenas, que no dejó satisfecho al EZLN, el cual se mantuvo desde ese momento en una posición de resistencia y rebeldía, es decir, los zapatistas se replegaron al interior de los municipios que controlaban, pero manteniendo su nivel de propaganda al exterior. A partir de 2003, los zapatistas se orientaron, de un lado, a la creación de espacios de autonomía indígena al margen de los poderes del Estado mediante una organización denominada caracoles y juntas de buen

gobierno y, de otro lado, pusieron en marcha la denominada Otra Campaña, en referencia a las presidenciales de 2006, para construir una alianza con organizaciones que no tuvieran relaciones ni con los partidos, ni con el Estado. Tras el fraude en las elecciones presidenciales de 2006 y el ascenso del movimiento de protesta contra él a través del movimiento obradorista, el EZLN volvió a replegarse.

El cambio de énfasis desde la política militar a la social tras su fracaso insurreccional inicial supuso un cambio de objetivos, inicialmente el EZLN buscaba la victoria militar y el derrocamiento del gobierno con unas demandas amplias que abarcaban desde el trabajo y la salud a la justicia y la paz, pero sin mencionar el problema indígena, se trataba de un programa de revolución democrática, no socialista. Posteriormente, y tras el fracaso de sus llamamientos a alianzas amplias como la Convención Nacional, el Movimiento para la Liberación Nacional o el Frente Zapatista de Liberación Nacional, se centró en la negociación política para ver reconocidos los derechos de los pueblos indígenas, pero que terminó siendo englobado en un rechazo visceral de los partidos y el Estado. El objetivo ya no era tanto modificar el sistema como modificar las leyes a favor de los indígenas y conseguir niveles amplios de autonomía para las comunidades donde estaba implantado. Un último giro se produjo en la sexta declaración, el EZLN que siempre rechazó considerarse dentro de la izquierda a partir de esta declaración pasa a ubicarse en ese campo y se definió también como anticapitalista, buscando ahora alianzas con las organizaciones sociales y políticas de izquierdas.

Sin embargo, la estrategia derivada de la sexta declaración, la denominada Otra Campaña, supuso un serio enfrentamiento con el PRD y, especialmente, con Andrés Manuel López Obrador al que, objetivamente, ayudó a derrotar en favor del candidato del PRI en 2006. Así, la segunda oportunidad en México de romper con el bipartidismo neoliberal y llevar al poder a un candidato de las clases populares fue frustrado con la complicidad, consciente o no, del EZLN. Ante el ascenso del movimiento popular obradorista que se oponía al fraude cometido en las elecciones de 2006, y declaraba como legítimo presidente a AMLO, el EZLN se encerró en sí mismo y en el silencio durante un largo período de tiempo.

En el caso mexicano y el argentino, podemos encontrar similitudes importantes más allá de sus claras diferencias. Representan dos casos de fracasos de movimientos de protesta intensos debido al rechazo visceral a plantearse una estrategia de lucha por el poder del

Estado mediante el vehículo más adecuado para este propósito, el partido político. En el caso argentino ese rechazo era el contenido de la consigna popular durante la insurrección de diciembre del año 2001, ¡qué se vayan todos!. En el caso mexicano el rechazo estaba contenido en la consigna adoptada del subcomandante Marcos de cambiar el mundo sin tomar el poder. Sin embargo, paradójicamente, en ambos casos tanto los piqueteros – el movimiento más representativo de la insurrección argentina-, como los zapatistas entablaron negociaciones con el Estado, los primeros para lograr planes de ayudas a los desempleados, los segundos para cambiar la constitución a favor de los pueblos indígenas. También, en ambos caso podemos encontrar ensayos por levantar islas de autonomía al margen del funcionamiento del sistema, en el caso argentino con el movimiento de empresas recuperadas, en el caso mexicano con los municipios indígenas de Chiapas bajo control zapatista.

Movimiento indígena y revolución ciudadana en Ecuador

Ecuador representa el contraejemplo de Bolivia y Argentina a la vez porque en este caso, primero un movimiento indígena, a diferencia del caso boliviano, crea un partido que fracasa justamente por acceder al poder formando una coalición que se le vuelve en contra y, luego, un movimiento de base urbana, a diferencia del caso argentino, realiza una revolución ciudadana y accede al poder con Rafael Correa.

Como en el resto de los países de América Latina, Ecuador en la década de los 90 del siglo XX conoció la aplicación de toda una serie de reformas neoliberales que llevó a la degradación de las condiciones de vida de las clases populares, la explotación de los recursos naturales por multinacionales extranjeras e incluso una profunda crisis bancaria. También, como en otras partes de América Latina, estas reformas provocaron una intensa movilización por parte de la población en los años 90, a la cabeza de las cuales se puso el movimiento indígena. A semejanza de las movilizaciones de Bolivia y Argentina, también las que tuvieron lugar en Ecuador consiguieron la destitución de tres presidentes en una década (Abdalá Bucaram (1997), Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005)).

El movimiento indígena se había venido organizando desde la década de 1960, pero será en 1986 cuando dio lugar a la organización que tendría un protagonismo indiscutible a finales del siglo XX, la CONAIE, que demostró una gran capacidad de movilización social y sirvió de punta de lanza de los movimientos sociales. En un proceso similar al de los indígenas bolivianos, la CONAIE también se planteó la creación de un instrumento político con el objetivo de acceder al gobierno, y en 1995 se constituyó el movimiento Pachakutik que, además de la CONAIE, agrupaba a la coordinadora de movimientos sociales, el sindicato de trabajadores petroleros y otros movimientos y grupos de izquierda. Su programa se basaba en la defensa de los derechos de los pueblos indígenas, la plurinacionalidad, una economía al servicio de las clases populares y la defensa del medio ambiente.

Pachakutik participó en la asamblea constituyente de 1998 que consolidó el proyecto neoliberal aunque, a cambio, también amplió el campo de los derechos indígenas, pero

esta dinámica le llevaba a integrarse en el sistema político. La grave crisis económica y financiera de 1999, y las medidas adoptadas por el gobierno de Jamil Mahuad, desembocaron en una nueva espiral de conflictos sociales, con la aparición de expresiones indígenas de doble poder, como los parlamentos del pueblo, y contactos entre parte de los movimientos sociales y mandos nacionalistas del ejército que desembocaron, tras una insurrección indígena y la ocupación del parlamento, en el derrocamiento del presidente el 21 de enero de 2000, aunque un día después el ejército restableció la legalidad institucional. Este episodio dividió al movimiento indígena y a los movimientos sociales entre un sector putchista y otros que se oponían a superar las instituciones por esta vía. Las divisiones se profundizaron en el seno de los movimientos indígenas y sociales.

En 2003, y tras alcanzar una alianza con el partido Sociedad Patriótica, Pachakutik participó en el gobierno del ganador de las elecciones presidenciales, Lucio Gutiérrez, coronel que participó en el derrocamiento presidencial de enero de 2000. Pero éste traicionó las promesas con las que fue elegido e imprimió un claro carácter neoliberal a su política, se alineó con los EE.UU., y adoptó un tono autoritario. Todo ello llevó a tensiones entre los representantes indígenas y el resto del gobierno, aunque también en el seno del Pachakutik, y, finalmente, a la ruptura de éste con Lucio Gutiérrez.

Esta estrategia del movimiento indígena le fue muy perjudicial, no solamente porque al aliarse para entrar en el gobierno rompió con su imagen de oposición a la partidocracia, sino además porque desencadenó divisiones internas que le debilitaron de forma importante. Pachakutik cometió el error de participar en la política partidista e incorporarse al gobierno en el momento más álgido de la crisis de legitimidad del sistema de representación y el desprestigio también le alcanzó, aunque su objetivo fuese la transformación radical de tal sistema. De manera que, a consecuencia de esta situación, el movimiento indígena prácticamente estuvo ausente en las movilizaciones que se llevaron a cabo en 2005 y que concluyeron con la destitución de Lucio Gutiérrez, perdiendo gran parte de la influencia que había detentado a nivel social. Este tercer derrocamiento presidencial fue llevado a cabo por un movimiento espontáneo de carácter ciudadano, nucleado en torno a las clases medias urbanas y los jóvenes e intensamente anti-partidista.

El desprestigio del sistema de partidos había alcanzado su cénit y arrastraba con él a Pachakutik, que estaba participando plenamente en la vida política. La secuencia de derrocamientos presidenciales señalaba claramente el declive del protagonismo del movimiento indígena. En 1997 fue el protagonista indiscutible del primer derrocamiento, en el 2000 su protagonismo fue compartido con una fracción del ejército y una participación inferior. Finalmente, en 2005, estuvo ausente de las movilizaciones responsables del tercer derrocamiento. Era una señal clara de que el ciclo de hegemonía del movimiento indígena había llegado a su fin

Pachakutik se encontró dividido desde su inicio entre diferentes tendencias y oposiciones, entre las cuales se encontraban las que enfrentaba a los sectores movimentistas con los institucionalistas, o las que oponían la preeminencia de lo étnico y lo clasista. Cuando a finales de 2005 se escindieron un importante sector de las organizaciones sociales y dirigentes de carácter urbano las tendencias étnicas se terminaron imponiendo en su seno.

Pero la pérdida sufrida por Pachakutik, y en general el movimiento indígena, como referente de los movimientos sociales no fue remplazada inmediatamente por el movimiento urbano que derrocó a Gutiérrez en 2005. Es cierto que el movimiento urbano no se replegó con su primera victoria, pero se trataba de un movimiento heterogéneo con el común denominador del rechazo al sistema de partidos y la búsqueda de una reforma política en profundidad a través de una asamblea constituyente. Se apoyaba en una dinámica de asambleas y democracia directa. Se trataba de una revolución ciudadana.

Pachakutik perdió su papel como principal referente de los movimientos sociales y de la izquierda, y esa situación fue aprovechada por el nuevo líder de extracción urbana que hegemonizó la política en Ecuador a partir de 2006, Rafael Correa, que también levantó las banderas anti-partidos y anti-neoliberales de la izquierda y se apoyó en la revolución ciudadana para alcanzar el poder e iniciar el ciclo de cambios en Ecuador. Para ello se creó un nuevo movimiento político en su apoyo, la Alianza País, movimiento heterogéneo que englobaba desde sectores de centro-derecha a militantes de izquierda, pasando sectores de la iglesia y el ecologismo. La victoria de Correa en 2006 también fue debida al apoyo popular frente al candidato rival de la derecha oligárquica.

Su discurso antisistema y su estilo de gobierno personal le permitieron obtener un fuerte apoyo para ganar el referéndum sobre la asamblea constituyente y, luego, una mayoría en ésta, revalidando las victorias de Alianza País en las elecciones posteriores, aunque con menos apoyos. “La emergencia de Correa y la convocatoria a una asamblea constituyente (2007) quebraron el dominio de las fuerzas del establishment, profundizaron las perspectivas para la despartidización del orden político, y abrieron una fase post-neoliberal de organización del Estado y la economía”⁴¹

El debilitamiento de Pachakutik, el final del ciclo de movilizaciones, la cooptación de líderes sociales por el gobierno de Correa, y su hiper-liderazgo ampliamente apoyado, llevaron a la pérdida del protagonismo que los movimientos sociales tuvieron entre 1990 y 2006. Además, algunos movimientos sociales, sobre todo los indígenas, se enfrentaron con el gobierno de Correa alrededor del problema de la minería y las políticas gubernamentales de privilegiar la orientación económica extractivista.

⁴¹ Rebon, Julián y Modonesi, Massimo, Una década en movimiento luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI, pág. 70

La crisis económica en Europa y la última ola de movimientos sociales

La crisis económica mundial, como ha sido abundantemente señalado, se había gestado ya antes de septiembre de 2008, y existían múltiples síntomas que apuntaban hacia ella. Pero en ese mes un hecho determinante desencadenó la fase aguda, el hundimiento del banco Lehman Brothers, bancarrota aceptada en esos momentos por el gobierno Bush como parte de esa destrucción creativa que los economistas burgueses retienen entre su lista de recetas memorísticas con las que interpretar el capitalismo.

Los efectos sísmicos desencadenados con dicha quiebra hicieron cambiar rápidamente de estrategia a los principales gobiernos de los países desarrollados. El neoliberalismo se mantuvo como discurso ideológico con el que redoblar los ataques a las clases populares, pero, en la práctica, respecto a los bancos y grandes empresas en crisis, se impuso el intervencionismo estatal a través de gigantescas ayudas económicas con el objetivo de contener una ola que amenazaba barrer el capitalismo del planeta. La teoría de la destrucción creativa seguiría siendo válida para los pequeños negocios pero no para los grandes. Ninguna empresa o banco grande podía dejarse caer.

La confluencia del rígido corsé ideológico del neoliberalismo entre las clases dirigentes, las masivas ayudas a los bancos y grandes empresas, y la fuerte disminución de la actividad económica transformaron el aspecto de la crisis, centrándose, sobretudo en Europa, en importantes déficits públicos y sus consecuencias. Y si la crisis financiera de 2008 había encontrado su eslabón débil en el banco Lehman Brothers, por donde se produjo la primera gran ruptura del sistema, en 2011 ese eslabón débil había adquirido un tamaño continental, la Unión Europea, y en su seno el eslabón más débil era sobretudo Grecia.

Desde el inicio de la crisis económica en 2008 y, especialmente, desde la traslación de su epicentro a Europa, el viejo continente ha visto como tres oleadas de convulsiones paralelas han hecho temblar la construcción de la Unión Europea y a los distintos Estados que la forman. La primera oleada es la económica, con una primera etapa de estímulos hasta mayo de 2011, a partir de ese momento Alemania impone el cambio a las políticas de austeridad en su beneficio y el de las grandes corporaciones y grupos

financieros europeos. Esta oleada llevó aparejada diferentes rescates financieros a la banca y otros sectores en graves apuros, rescates económicos a los países de la periferia, y duras medidas de recortes en derechos sociales y laborales que han golpeado a las clases trabajadoras de todo el continente con diferente intensidad. El resultado es una Europa dividida por los efectos de la crisis, donde geográficamente la zona norte fue menos impactada, y la zona sur sufre con intensidad las consecuencias de la crisis. Globalmente, Europa sigue hasta el momento basculando entre la recesión y un crecimiento débil, sin conseguir superar los efectos de la crisis económica.

La segunda oleada es la social y surge como respuesta a los efectos de la oleada económica, se traduce en el crecimiento de un gran malestar social entre los sectores populares que da lugar a fuertes movilizaciones sociales y laborales, incluyendo diferentes huelgas generales en los países de la periferia de la Unión Europea. Las movilizaciones son de carácter defensivo y tienen lugar, generalmente, como respuestas puntuales a cada una de las decisiones gubernamentales de recortes de derechos sociales y laborales. Tampoco tienen una coordinación continental y, algunas veces, ni siquiera estatal. El resultado es que las intensas movilizaciones, con carácter defensivo y escasa coordinación, no consiguen modificar las medidas de recortes de los diferentes gobiernos.

La tercera oleada es la política, se traduce especialmente en una crisis política en los diferentes Estados, con inestabilidad de los gobiernos, que son reemplazados uno tras otro cada vez que se celebran elecciones. La intensidad de la inestabilidad política es paralela a la económica y social. Encontrándose en un extremo Grecia, con fuertes convulsiones, y en el otro Alemania, donde las victorias de Merkel sitúan a este país al margen de la inestabilidad política. Pero este tipo de inestabilidad también se traslada a las instituciones europeas que empiezan a ser vistas por una mayoría de los ciudadanos más como parte del problema que como la solución. El resultado político de los diferentes cambios de equipos gubernamentales es la tendencia predominante al dominio de los gobiernos conservadores, y al basculamiento de la socialdemocracia hacia la derecha asumiendo las soluciones neoliberales de los primeros. Otro resultado preocupante es el ascenso electoral de las formaciones populistas de extrema derecha en la mayoría de Europa.

Sin embargo, dentro de este entorno general de dominio de las soluciones y valores conservadores han existido algunos momentos clave donde se generaron situaciones que pudieron haber producido un cambio de profundidad en la correlación de fuerzas y en la lucha social que se desarrollaba en el viejo continente pero que terminaron, finalmente, frustrándose. Entre estos momentos se pueden citar tres sobretodo. El primero tuvo lugar en Grecia y representó el único tímido intento socialdemócrata en Europa de oponerse a los paquetes de medidas de recortes, en este caso contra las clases populares griegas con ocasión del primer rescate. Abrumado por los recortes que se imponían desde Bruselas, y que iban en contra del programa con el cual el PASOK ganó las elecciones, y presionado por la rebelión permanente que sacudía Grecia desde hacía tres años, el primer ministro Papandreu propuso la convocatoria de un referéndum en el otoño de 2011 para someterlos a la decisión de los ciudadanos. El reto alarmó al establishment europeo. Por lo tanto, todos los poderes comunitarios se lanzaron contra la consulta de Papandreu sometiéndole al chantaje de desbloquear 8.000 millones comprometidos, y que Grecia necesitaba imperiosamente, solamente si el referéndum era desconvocado. La socialdemocracia griega entró en pánico y el referéndum fue dejado de lado bajo la condición de que los conservadores apoyasen al gobierno del PASOK para hacer frente a la rebelión social.

El segundo momento vino planteado por la potente resistencia ofrecida por los sindicatos franceses en el otoño de 2010 a los planes de recortes de los derechos de jubilación por parte del gobierno de Sarkozy. En comparación con otros paquetes de medidas antipopulares como los que han tenido lugar en Grecia, Portugal o España, los recortes en pensiones en Francia era una agresión menor, pero los sindicatos franceses son los mejor organizados y más combativos de Europa y decidieron lanzar una formidable ofensiva contra la medida gubernamental. Lo que se encontraba en juego en esa ocasión era la capacidad del movimiento sindical para oponerse a los planes antipopulares de la gran burguesía europea para gestionar la crisis, y el terreno elegido fue donde los sindicatos europeos tenían más fuerza y decisión de luchar, Francia. No obstante, con la aprobación de la ley de pensiones por el parlamento en el otoño de 2010 las movilizaciones cesaron súbitamente y los sindicatos fueron derrotados en una de las batallas más importante en Europa a causa de las consecuencias de la crisis.

Un tercer momento clave se produjo con la eclosión del movimiento de los indignados en España en la primavera de 2011. Este movimiento, conocido como el 15-M, tuvo

resonancias mundiales, provocando la aparición de otros similares a lo largo de todo el planeta, y fecundó las protestas que se desarrollarían en España a partir de ese momento. Suponía la entrada en escena de las clases populares en acciones espontáneas de protestas ante la actitud tibia y contradictoria contra el desmantelamiento del Estado de Bienestar de los sindicatos mayoritarios en España. Inicialmente, este movimiento de indignación no fue capaz de parar la ola conservadora que barrió España entre mayo y noviembre de 2011, y que dio la mayoría del poder municipal, regional y nacional al conservador Partido Popular. Pero las consecuencias del movimiento 15-M se prolongaron en el tiempo fecundando las intensas movilizaciones que se desarrollaron durante el gobierno del PP y, finalmente, desembocaron en la creación de un nuevo partido que recogía el espíritu de esas movilizaciones y que estudiaremos a continuación.

Por tanto, el malestar y las luchas sociales que se desarrollaron durante estos años de crisis dieron lugar a la aparición de nuevos movimientos sociales y partidos políticos. Algunos de estos partidos nacidos o crecidos al calor del malestar social que ha recorrido Europa son partidos populistas de derechas o extrema derecha similares a algunos ya existentes como el Frente Nacional francés, pero también se han dado expresiones realmente novedosas como son los dos casos que vamos a ver a continuación en Italia y España. El caso griego fue estudiado anteriormente por su más estrecha vinculación con el movimiento obrero.

El Movimiento 5 Estrellas de Beppe Grillo

Italia fue uno de los países del sur de Europa que sufrió con intensidad los efectos de la crisis económica. Sin embargo no alcanzó los niveles de movilización de los otros países de la zona como Grecia, España, Portugal o incluso Francia. También, a diferencia de estos países, en Italia la izquierda política está en una situación de mayor debilidad.

Para analizar en condiciones el fenómeno social y político que representa el Movimiento 5 Estrellas es necesario también referirse a alto grado de desprestigio alcanzado por la política en Italia desde hace ya varios decenios. El sistema de partidos que dominó en Italia desde el final de la segunda guerra mundial mantuvo, de un lado, bloqueado el sistema de gobierno al impedir, por causa de los intereses norteamericanos durante la guerra fría, que accediese a él el PCI, partido que en determinados momentos tuvo la mayoría suficiente para gobernar. De otro lado, el partido gobernante durante décadas después de acabada la segunda guerra mundial, la Democracia Cristiana, y sus distintos aliados, el PSI, o el Partido Liberal, entraron en un proceso de corrupción y degradación interna que desembocó en una situación de descomposición bajo la presión del proceso de Manos Limpias, llevado a cabo por la judicatura contra la corrupción de una parte importante de la clase política a principios de la década de los 90.

Así, de una parte, el PCI renunció a las siglas históricas y sus señas de identidad en 1990, bajo los efectos de la caída del muro de Berlín, para transformarse en el Partido Democrático de la Izquierda (PDI), luego simplemente PD, de carácter socialdemócrata y, de otra parte, el resto de los partidos desaparecieron bajo los efectos de la investigación de la operación Manos Limpias. Estos acontecimientos conllevaron un alto nivel de desprestigio para la política oficial y los partidos políticos que hicieron posible una versión degradada y populista de la política, donde la figura principal la va a representar, durante dos decenios, un personaje como Silvio Berlusconi, un empresario caracterizado por su hegemonía en el campo de los medios de la comunicación de masas y rodeado de escándalos financieros y personales con numerosos procesos y condenas, que utilizó la política y las instituciones en su beneficio personal, y aplicó un modelo de gestión privada en su actuación gubernamental.

En el lugar del sistema de partidos que habían caracterizado el sistema político italiano durante cuatro décadas y media surgió uno nuevo donde el campo de la derecha fue ocupado por la Liga del Norte, con fuertes componentes racistas, y Forza Italia de Berlusconi, con un populismo de derechas apoyado en los medios de comunicación del político-empresario.

“Forza Italia sustituye los procedimientos tradicionales de la democracia representativa por modelos y técnicas derivados del mundo de los negocios. El electorado es equiparado al «público» (televisivo), del que se espera un consenso que es a un mismo tiempo pasivo y plebiscitario. Es más, la forma del partido reproduce fielmente la estructura de la «empresa en red». Los «clubs» que apoyan a Forza Italia han crecido sobre la base de la iniciativa personal de profesionales ajenos a la política convencional, del tipo del gerente de oficina entusiasta o del notario de provincias que ha decidido hacerse un nombre. Estos clubs tienen la misma relación con el partido que la que tienen el trabajo autónomo y la pequeña empresa familiar con la compañía madre: a fin de comercializar su propio producto político, se ven obligados a confiar en una marca reconocida y, a cambio, deben seguir normas precisas de estilo y conducta, labrando un buen nombre para la compañía bajo cuyo sello trabajan.”⁴²

Hemos reproducido este extenso párrafo porque, como veremos, da alguna pista de lo que representa el Movimiento 5 Estrellas.

El nuevo sistema de partidos políticos que se implantó en Italia durante las últimas dos décadas estuvo dominado también por los continuos escándalos económicos, políticos y personales del empresario-gobernante - y sus correspondientes procesos judiciales de los que se protegía con leyes dictadas en su interés personal - que presidio el gobierno de Italia durante varios períodos, y por las desavenencias con sus socios de la Liga del Norte y la Alianza Nacional de Gianfranco Fini, refundada a partir del postfascista MSI.

El proceso de degradación del mundo de la política continuó, pues, durante este período, y la crisis económica vino a poner el broche cuando desde los poderes financieros de Europa se terminó imponiendo durante 2012 un gobierno de tecnócratas, no elegido en las urnas, presidido por Mario Monti.

⁴² Balestrinni, Nanni y Moroni, Primo, La horda de oro. 1968-1977. La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial, pág. 661

Con el fondo de este escenario de descredito y degradación de la política oficial y del sistema de partidos va a aparecer en 2009 el Movimiento 5 Estrellas de Beppe Grillo, que se convertirá en el partido más votado en las elecciones parlamentarias de 2013 con más de 8,5 millones de votos.

Pero este partido, que se presenta a sí mismo como una fuerza política anti-partido, no tiene relación con ningún movimiento social, es fruto de unas condiciones concretas que se dan en Italia, que son comunes con otros países de su entorno, como los efectos sociales de la crisis económica y la degradación de la vida política democrática, pero que en Italia esta última se vive de manera más intensa por las razones analizadas más arriba. Y esas condiciones ambientales son perfectamente manipuladas por un personaje como Beppe Grillo que viene del espectáculo cómico, que se ha sentido atraído a la vez por la experiencia anterior de otro cómico, Coluche, que en Francia se presentó a las elecciones presidenciales en 1981 fustigando a los políticos; por la potencia de comunicación de internet (webmarketing) hábilmente manejada por su socio de proyecto, el empresario-ejecutivo Gianroberto Casaleggio; y por el modelo de organización que fue Forza Italia como vimos anteriormente. Fruto de la mezcla de estos tres componentes es el Movimiento 5 Estrellas.

Como apunta Loris Caruso, “De hecho, es un modelo que reproduce exactamente la forma del llamado «capitalismo cognitivo». Como se ha señalado en varias ocasiones, entre otros por Carlo Formenti, la economía de la Red se caracteriza por una vasta participación desde abajo (de usuarios, consumidores, activistas de medios, etc.) y por una restricción piramidal en la parte superior, es decir, el papel oligopólico de unas pocas empresas muy grandes (Google, Amazon, etc.). El M5S aparece organizado de una manera similar. Tal vez sea esta analogía entre su forma y la de la economía de la Red lo que explica, en parte, su éxito”.⁴³

Entre la crítica satírica de Beppe Grillo en sus espectáculos y la creación del Movimiento 5 Estrellas media la creación y utilización del instrumento que le convertiría en un activista cibernético y le serviría de trampolín para el salto a la política, su blog personal, creado en 2005, que conquistó rápidamente a cientos de miles de internautas. El contacto con esa masa de seguidores se convirtió en el sucedáneo de

⁴³ Caruso, Loris, Italia: Sobre el Movimiento Cinco Estrellas de Beppe Grillo, <http://www.lahaine.org/index.php?p=67926>

un movimiento social y la plataforma para crear su partido anti-partido. Desde el blog se convocaron las movilizaciones y acciones sociales entre las que destacaron los denominados V-Day (Vaffanculo-Day).

El blog también sirvió para poner las primeras piedras del nuevo proyecto político, llamando a la creación de los Grupos de Encuentro, en los que internet siguió jugando un papel esencial, que se extendieron por todos los núcleos de población italianos, para pasar en una etapa posterior a las Listas Cívicas como instrumento de participación en las elecciones municipales. Finalmente, este proceso terminó desembocando en la creación del Movimiento 5 Estrellas en octubre de 2009.

El movimiento de Beppe Grillo se orienta sobre todo a criticar e intentar modificar la vida política italiana, no el sistema económico capitalista, por eso los objetivos a los que dirige sus dardos y sus propuestas programáticas son de naturaleza de regeneración democrática no de reforma social. Junto a las medidas orientadas a acabar con la corrupción, el dominio de la partidocracia y para una mayor participación ciudadana en la política, añade otros tres grandes temas a su agenda, la defensa de un ecologismo moderado, más bien se puede hablar de ambientalismo, el libre acceso a internet y un cierto euroescepticismo enfocado a un posible abandono del euro por parte de Italia.

Su crecimiento electoral empezó modestamente en las elecciones regionales y municipales de 2010, luego se aceleró, y en 2013 se convirtió en el partido más votado en las elecciones parlamentarias, pero el caudal de votos y escaños cosechados (109 diputados y 59 senadores) no sirvió para mucho, pues los ataques virulentos contra todo el arco partidista le impidió alcanzar la única alianza posible con el PD para gobernar o condicionar su gobierno, y el Movimiento 5 Estrellas permaneció aislado con sus críticas, que arreciaron frente al acuerdo gubernamental entre el PD y el Pueblo de la Libertad de Berlusconi. Un año después, en las elecciones europeas, el partido anti-partido de Grillo quedó en segundo lugar perdiendo 3 millones de votos, con la impresión de que comenzaba su reflujó cuando la crítica de su primera etapa tuvo que ceder el paso, con el peso institucional alcanzado en las elecciones, a las acciones concretas de cambio.

El Movimiento 5 Estrellas representa un caso extremo de las tendencias anti-partidos que recorren el mundo, se ha apoyado en un sucedáneo de movimiento social y en un populismo descarado dirigido contra una política oficial corrompida; la fuerza de su

movilización y apoyo electoral radica en el carisma de un líder visible, Beppe Grillo, que domina la escena y utiliza un lenguaje directo y populista, y de otro más en la sombra, Gianroberto Casaleggio, que gestiona con habilidad la capacidad de influencia del webmarketing.

Pero, ¿se trata de un movimiento populista de derechas o de izquierdas? Beppe Grillo ha rechazado situarse en esta clasificación, su base social de apoyo es muy heterogénea, y su programa contiene medidas de lo más variadas orientadas a “moralizar” la administración pública y la economía, propias de un movimiento de clase media y pequeña burguesía. Sin embargo, tras las elecciones europeas de 2014, el Movimiento 5 Estrellas se decidió, a través de una votación interna por internet, por una política de alianzas a nivel europeo que le situaba en el espectro político con más claridad. Efectivamente se ha integrado en el eurogrupo Europa por la Libertad y la Democracia, a la que pertenecen también el partido xenófobo británico UKIP, el partido de extrema derecha Demócratas de Suecia, o el partido derechista y euroescéptico checo Partido de los Ciudadanos Libres. Con esta decisión el Movimiento 5 Estrellas no solo reafirma su apuesta euroescéptica, sino que aclara su posición política cercana a la extrema derecha.

El Movimiento 15-M en España

Ya hemos visto que durante la larga crisis que sufre Europa desde 2008, el tercer momento clave con capacidad de producir transformaciones políticas de profundidad, debido a la acción de un movimiento social, tuvo lugar con la eclosión del movimiento de los indignados en España en la primavera de 2011, también conocido como el 15-M.

El movimiento 15-M nació una semana antes de que se celebrasen en el mes de mayo elecciones regionales y locales en España. El resultado de esas elecciones fue una victoria contundente del conservador Partido Popular ante un gobierno del PSOE que se había hundido electoralmente después de su giro neoliberal un año antes. Seis meses más tarde, en noviembre de 2011, ese resultado electoral volvió a repetirse con la victoria por mayoría absoluta de los conservadores españoles en las elecciones legislativas, dando lugar a un gobierno mayoritario del PP que intensificaría las medidas económicas y sociales contra las clases populares que ya había iniciado el derrotado gobierno del PSOE.

En este tipo de protesta basado en la toma de las calles y las plazas de España, y especialmente de Madrid, destacó el peso de la juventud y la utilización de las redes en internet para coordinar y convocar actos de protesta, tuvo sus antecedentes en las protestas estudiantiles que tuvieron lugar en el Reino Unido e Italia, y fue claramente visible la influencia de los acontecimientos en la misma época en Túnez y Egipto, conocidos como la primavera árabe. El Movimiento 15-M, como se le terminó conociendo, nació con un declarado rechazo a la política oficial - especialmente al bipartidismo imperante, fruto de hegemonización de la vida política española por parte del PSOE y el PP - y a todo intento de organización política, con una fuerte atracción por la democracia directa, así como también fue evidente su negativa a identificarse o apoyar a algún partido en concreto, lo que originó que sus movilizaciones no tuvieran efecto claro alguno sobre los resultados de las elecciones locales, regionales y nacionales españolas. En este nivel inicial no puede decirse que facilitase la victoria del PP en los tres tipos de elecciones mencionados, pero tampoco contribuyó a contrarrestar políticamente esa victoria apoyando a las organizaciones de izquierda a nivel estatal, en concreto IU, cuando el PSOE se desplomaba debido a su giro neoliberal durante la etapa anterior de gobierno.

Sus reivindicaciones más importantes se orientaron a una regeneración de la vida política o una democracia de más calidad, poniendo el énfasis en una democracia más participativa, y el rechazo de la corrupción y de las políticas públicas que se estaban aplicando a favor del sistema financiero y en contra de las clases populares, estando la crítica al sistema impregnada de un fuerte carácter moral. No es posible acusar a este movimiento de ser antisistema, en cuanto que sus dos objetivos principales eran la regeneración democrática y la recuperación del Estado de Bienestar que estaba siendo desmantelado. Estas tendencias contra las que se movilizaba se agudizarían durante el gobierno del PP, cuando se multiplicaron las medidas contra las clases populares y los casos de corrupción que salieron a la luz.

La organización y las movilizaciones principales se produjeron al margen de las organizaciones clásicas de partidos o sindicatos, con una dinámica basada en la horizontalidad y la utilización de las redes sociales en internet, buscando las transformaciones que demandaban a través de la movilización de la sociedad civil, organizando para ello diversos colectivos de carácter temático.

Era patente que la debilidad del 15-M se encontraba en tres ausencias, la de una organización estable, la de un proyecto claro - más allá del conjunto de reivindicaciones que en su mayoría podían ser defendidas por algunas de las organizaciones políticas existentes -, y la falta del sentido de la táctica y la estrategia. Y en frente se encontraba con una organización estatal granítica y una poderosa sociedad civil (las organizaciones patronales, los partidos, los medios de comunicación, la Iglesia, etc.) que apoya al actual sistema político - basado en la democracia liberal representativa - y al sistema económico capitalista. Habían conseguido un impacto mediático importante pero, como es perfectamente conocido, en la sociedad actual ese impacto es efímero y no produce por sí mismo ninguna transformación.

Este movimiento tuvo resonancias mundiales provocando la aparición de otros similares a lo largo de todo el planeta y fecundó las protestas que se desarrollarían en España a partir de ese momento. Como se apuntó anteriormente, supuso una reacción de carácter más o menos espontáneo frente a la actitud contradictoria mantenida por los sindicatos mayoritarios en relación a los efectos sociales de la crisis económica. Éstos habían convocado una huelga general contra el gobierno de Zapatero por la reforma laboral, pero luego pactaron con dicho gobierno el aumento de la edad de jubilación a los 67

años, en claro contraste, por ejemplo, con la actitud de los sindicatos franceses por los mismos motivos.

El intenso malestar entre las clases populares por las políticas de austeridad aplicadas por el gobierno del PP encontró, ante la tibieza de la posición sindical - claramente distante de la mantenida por los sindicatos griegos o franceses - un cauce de expresión en el movimiento 15-M y su prolongación en las fuertes movilizaciones de 2012 y 2013.

Efectivamente, la influencia de este movimiento se hizo sentir claramente en la ola de protestas con que los sectores populares contestaron las medidas de recortes del siguiente gobierno del PP. Su eclosión apareció como la esperanza en la capacidad de las clases populares en enfrentarse y resistir los planes de la gran burguesía europea para dismantelar los derechos históricos conseguidos a través de décadas de luchas. Representaba la ilusión en el dinamismo de las clases populares en reaccionar cuando la socialdemocracia traicionaba sus intereses, los sindicatos mayoritarios se mostraban tibios, y la izquierda política se encontraba en posiciones minoritarias. Pero, con todo el impulso que supuso su aparición, también mostró en su mismo nacimiento sus límites.

Las formas de las protestas que se levantaron contra la política del PP estaban claramente influenciadas por el movimiento 15-M, pero no parecían transformarse en un crecimiento de importancia en el apoyo a la izquierda política, más bien respondían al sentimiento de desapego de las clases populares con los partidos políticos clásicos por el desprestigio que habían alcanzado con la crisis y sus consecuencias.

Es en una fase posterior, a partir de 2013, cuando empiezan a aparecer partidos políticos creados o vinculados con colectivos del 15-M. Entre ellos destacan el Partido X y el partido Podemos. Esto significa que, nuevamente, un movimiento social vuelve a plantearse la intervención política en las instituciones a través del vehículo históricamente más adecuado para ello, el partido político.

Nos ocuparemos de Podemos porque su entrada en las instituciones con ocasión de las elecciones europeas de 2014 representó todo un fenómeno político debido a su espectacular éxito electoral, y cuyas expectativas de voto siguen aumentando de cara a las próximas elecciones en 2015.

Como ocurrió en los últimos años con algunos de los movimientos sociales más importantes de América Latina, con los partidos verdes o con el Movimiento 5 Estrellas,

también Podemos se incorpora a la lucha política institucional renegando de los partidos políticos clásicos, denunciando las limitaciones de la democracia liberal y condenando la corrupción de la vida política. Podemos tiene puntos comunes con cada uno de los otros movimiento citados. Con los de América Latina comparte su nacimiento en medio de una intensa crisis económica y la aplicación de medidas neoliberales contra las clases populares. Con el Movimiento 5 Estrellas coincide en su denuncia de la corrupción que asola la vida política oficial, y la utilización intensiva de las redes sociales para difundirse, defendiendo una especie de democracia directa digital. Con ambos casos tiene en común la utilización de figuras carismáticas que ejercen un hiper-liderazgo en el seno del movimiento y del partido, y un notable éxito electoral. Con los partidos verdes, en sus inicios, se asemeja en su defensa de la horizontalidad, la democracia directa y el asambleísmo.

A diferencia de América Latina, algunos de cuyos principales movimientos sociales tuvieron una base campesina o indígena, en Europa los movimientos sociales que se movilizaron contra las consecuencias de la crisis tuvieron naturaleza urbana, y los caminos seguidos para la creación de nuevos partidos fueron diferentes. En algunos casos, como en Portugal y Francia, no aparecieron nuevos partidos, aunque se reformularon los anteriores. En el caso de Grecia, el nuevo partido que recogió el malestar expresado en las intensas protestas, Syriza, tuvo un formato clásico y consistió en la alianza de diversos partidos de la izquierda. En Italia, como vimos, fue un antiguo cómico el que encauzó el movimiento de protesta y malestar que existía en la sociedad para crear el Movimiento 5 Estrellas. España parecía que iba a seguir el modelo portugués y francés y que sería un partido de la izquierda previamente existente, IU, el que canalizaría electoralmente el malestar, pero un grupo de intelectuales universitarios levantó tres meses antes de las elecciones europeas de 2014 un proyecto de nuevo partido político, Podemos, y consiguió que la expresión electoral del malestar se dividiese entre IU y él mismo.

Los promotores de Podemos son un conjunto de científicos sociales que han estudiado todas estas experiencias y han diseñado un plan preciso para aplicar sus enseñanzas al caso español, sobre el fondo de un ambiente propicio para ello creado por el movimiento M-15 y todas sus derivaciones. El resultado ha sido un éxito inicial indiscutible.

La irrupción electoral de Podemos, con su millón doscientos mil votos y 5 eurodiputados, ha sido espectacular, mucho más que en el caso de Syriza o el Movimiento 5 Estrellas. Ese resultado lo ha conseguido un partido que no tiene estructura orgánica, ni estrategia definida, ni prácticamente programa, más allá de recoger las demandas del 15-M para las elecciones europeas. Ese resultado, y la proximidad de elecciones de carácter nacional, ha obligado al grupo promotor a acelerar su articulación orgánica y su definición, proceso en el que se encuentra en el momento de escribirse esta obra. Por la procedencia de la mayoría de su base social, la trayectoria personal de algunos de sus promotores y la presencia en su seno de un partido como Izquierda Anticapitalista, es un partido que se orienta claramente a la izquierda, tal como lo ha expresado, también, su adscripción en el parlamento europeo al mismo grupo que IU, la Izquierda Unitaria Europea que, además, propuso al líder de Podemos como su candidato para presidir el parlamento, y se ha reunido con Syriza en una muestra de afinidad de objetivos.

El éxito de Podemos no radica simplemente en que se presentase como el representante del movimiento 15-M, en primer lugar porque muchos militantes de IU han participado en ese movimiento o los que se derivaron posteriormente de él y, sobretodo, porque existían otros partidos vinculados a los colectivos del 15-M que no se diferenciaban mucho en cuanto al programa o los métodos que defendía Podemos, como el Partido X o el Movimiento RED que no sacaron ningún eurodiputado.

La explicación del éxito de Podemos hay que buscarla en una inteligente utilización de los medios de comunicación por parte de sus promotores. Podemos es fruto de la iniciativa compartida de un grupo de intelectuales universitarios y del principal periódico digital de izquierdas en España, Público, junto al espacio televisivo La Tuerka. A través de estos medios de comunicación se promocionó el lanzamiento del proyecto político de Podemos y de sus principales cabezas visibles, especialmente Pablo Iglesias, convertido durante la campaña de las elecciones en una figura mediática de primer orden. Sin este apoyo y estrategia, con la que se distanciaron de los otros partidos vinculados a los colectivos del 15-M, no es posible explicar el éxito espectacular de un proyecto que, por lo demás, carecía de todo, organización, programa político y estrategia, y que se lo empezaba a plantear inmediatamente después de cosechar su éxito electoral.

Un movimiento social, el 15-M, o al menos una parte importante de él, parecía haber encontrado un cauce de expresión para encauzar políticamente el malestar que representaba contra las políticas de austeridad impuestas sucesivamente por los gobiernos del PSOE y del PP, y la extensión de la corrupción en la vida política y económica española. Su inesperada irrupción en el panorama político ha provocado una onda de choque en IU y el PSOE, que se han visto obligados a renovar a sus líderes y sus métodos internos con la adopción de primarias para la elección de sus dirigentes o candidatos. También ha provocado el inicio de un proceso de redefinición en el seno de la izquierda en España, totalmente agitada por la aparición de un nuevo partido que, como demuestran las encuestas, basa su espectacular crecimiento en las mismas bases sociales y electorales que la izquierda y la socialdemocracia.

Más allá de estos primeros efectos constatables es difícil evaluar, en estos momentos, cuál será el desarrollo de este último nuevo partido político nacido de un movimiento social.

Conclusiones

Hemos analizado a lo largo de esta obra distintos tipos de movimientos. Los objetivos de cada uno de ellos tienen un grado de dificultad y, por tanto, de posibilidad de ser alcanzados diferentes. Si tomamos un orden creciente en la dificultad para alcanzar sus respectivos objetivos, los primeros que encontramos son los movimientos nacionalistas, pues éstos se plantean una finalidad que, a pesar de que en algunos casos se encuentra enfrentada a importantes dificultades, es posible de ser lograda. La prueba de su factibilidad es la gran cantidad de nuevos Estados que se han creado durante el último siglo. Para el objetivo de alcanzar la independencia de una nación y dotarse de un Estado propio, el partido político es el tipo de organización más adecuado y como tal este instrumento organizativo ha gozado de gran aceptación y prestigio dentro del movimiento nacionalista. El partido político es, por definición, el tipo de organización con la que una parte de la sociedad interviene a nivel de las estructuras estatales para desarrollar un programa político, es la herramienta organizativa más apropiada para gestionar el poder estatal.

En consecuencia, el movimiento nacionalista ha terminado subordinando de una manera natural las demás expresiones organizativas del movimiento al liderazgo del partido, aun cuando esto se haga en el seno de un frente o movimiento de liberación. Incluso cuando la independencia se haya alcanzado a través, por ejemplo, del ejército, como en el caso de Egipto, éste se ha visto posteriormente obligado a crear un partido para la intervención política estatal. Por otro lado, dado que el objetivo de los movimientos nacionalistas es limitado y autónomo - lograr la independencia de una nación, en el caso del programa máximo - aquellos no han tenido la necesidad de alcanzar algún tipo de coordinación o estructura internacional. Su éxito continuado en el tiempo, con la creación incesante de nuevos Estados, ha impedido que los movimientos y los partidos nacionalistas, o sus objetivos, hayan sido puestos en cuestión. Ni siquiera en la época actual de la globalización y el dominio del mercado mundial - y la creación de entidades supra-nacionales como la Unión Europea - ha cesado el vigor del nacionalismo, muy al contrario, frente a esas tendencias se ha producido, en general, una reacción identitaria con importante protagonismo del nacionalismo.

En el siguiente nivel de dificultades para alcanzar los objetivos propuestos por los movimientos sociales podemos encontrar algunos de los que se han desarrollado en América Latina y en Europa. Los primeros tenían objetivos más o menos factibles de alcanzar como eran, por ejemplo, el desmantelamiento del viejo Estado colonial para reemplazarlo por un Estado plurinacional capaz de dar cabida a las nacionalidades indígenas que existen en su seno, como ha sido el caso claramente de Bolivia y también parcialmente de Ecuador y México. Otro objetivo ha sido detener y revertir las políticas implementadas por el neoliberalismo como puede ser el caso de los tres países citados, o también en Argentina, Venezuela, Grecia, o en el caso español con el movimiento 15-M. En tercer lugar, también ha sido un objetivo, con más o menos peso en todos los casos, el lograr una democracia más auténtica, con mayor participación del pueblo, suprimiendo su manipulación por parte de las oligarquías o los poderes económicos internacionales, y la erradicación de la corrupción.

Las dificultades para alcanzar esta serie de objetivos han sido importantes, pero se ha dejado notar sobretodo la importancia del factor estratégico, si la lucha se ha orientado claramente a la conquista del poder del Estado, y para ello se han creado partidos políticos, como en el caso de Bolivia y Ecuador, los objetivos han sido alcanzados en un alto porcentaje. Si, por el contrario, se ha rechazado o no se ha podido llevar a cabo esta estrategia, como en el caso de Argentina o México, entonces el fracaso ha acompañado de manera inapelable a estos movimientos. En los dos casos europeos la situación es más reciente para valorar si tanto en Italia como en España van a tener éxito o no. El Movimiento 5 Estrellas se orientó pronto a la conquista del poder estatal, pero su incapacidad para establecer una estrategia clara y una posible política de alianzas le ha llevado a la ineficacia política; en el caso del movimiento del 15-M se ha encauzado más tarde por la vía de la creación de un partido político y la conquista de las instituciones y es imposible hacer un pronóstico a estas alturas, con apenas unos meses de existencia.

El movimiento antiglobalización no solo no ha desembocado en la creación de partidos, sino que ha rechazado que los ya existentes formasen parte de él o participasen en sus reuniones, y los objetivos de sus tendencias mayoritarias pueden ser considerados como reformistas. Su demanda de un tipo de globalización alternativa a la desplegada con el neoliberalismo no se plantea la superación del capitalismo, solo la superación de la versión más extrema de éste representada por el neoliberalismo, lo que representaría, en

la práctica, una recuperación de los contenidos del Estado de Bienestar, con una extensión del mismo a nivel internacional, mediante una mayor distribución de la riqueza entre la población mundial a través de un orden económico internacional más justo, o la imposición de límites a la explotación desenfrenada de la naturaleza, lo que les llevaría a coincidir en los objetivos con las parte más reformista del movimiento obrero o del movimiento ecologista.

Sin embargo, los únicos sitios en que han sido revertidas las políticas neoliberales, en algunos países de América Latina como Venezuela, Bolivia o Ecuador, esta situación ha sido fruto de la actuación de partidos políticos que han conquistado el poder del Estado, y desde allí han desplegado su programa a favor de las clases populares. El movimiento antiglobalización no ha tenido nunca una estrategia para alcanzar sus objetivos, solo ha actuado como medio de coordinación de numerosos movimientos e iniciativas en todo el mundo, y como difusor de una nueva cultura de resistencia al neoliberalismo. Por eso mismo su declinación ha sido rápida, después de una brillante pero corta etapa de protagonismo. Se trata del ejemplo más claro de la ineficacia de los movimientos que rechazan la actuación política, la necesidad de conquistar el poder del Estado y la utilización del instrumento más adecuado para esta tarea, el partido político.

Los casos del movimiento obrero o el ecologista son distintos. Sus objetivos son más universales y profundos y, por tanto, más difíciles de alcanzar. Ambos pretenden, en sus objetivos máximos, proceder a una transformación profunda de la sociedad existente y a nivel mundial. Desde posiciones y por motivos diferentes, ambos pretenden transformar el modo de producción y la escala de los valores existentes, lo cual demanda no solamente una revolución política, como en el caso del movimiento nacionalista, sino además económica, social y cultural. Las dificultades de estas tareas no parecen haber sido valoradas adecuadamente, al menos en sus inicios, en los que las expresiones de optimismo, e incluso de determinismo en el caso de algunas corrientes del movimiento obrero, pronto se enfrentaron a las dificultades de la práctica real.

El movimiento obrero es el más antiguo de los dos y, por lo tanto, acumula una gran cantidad de experiencias en la que los fracasos han sido los encargados de desechar las soluciones no adecuadas a los problemas planteados. Las cooperativas, las sociedades de socorro mutuo, los sindicatos revolucionarios y otros tipos de propuestas para lograr la emancipación de la clase trabajadora han sido abandonadas a favor de otras

propuestas más eficaces cuando a lo largo de la historia han topado con dificultades que han demostrado sus limitaciones. Las soluciones siempre han sido respuestas prácticas a las situaciones históricas concretas por las que ha transitado a lo largo de más de siglo y medio. Lo mismo que el nacionalismo se dirige a la nación con sus discursos y objetivos, los diferentes proyectos socialistas del movimiento obrero se dirigen a la clase obrera, pero la historia ha demostrado que es más fácil de crear y mantener, y más fuerte la intensidad, en el caso del lazo nacional que el de clase. De hecho, el movimiento socialista ha apelado en numerosas ocasiones al lazo nacional y ha teorizado sobre los posibles vínculos entre los objetivos socialistas y nacionales, sobresaliendo en este caso las corrientes austro-marxista y leninista, cosa que nunca ha ocurrido en sentido contrario por parte de los movimientos nacionalistas.

Los partidos del movimiento obrero, tanto en su versión socialdemócrata como comunista, inicialmente han apelado a la movilización o al voto de la clase obrera en oposición a otras clases sociales, especialmente la burguesía. Sin embargo esa relación ha sido exclusiva solo en un cierto período histórico, más corto en el caso de los socialdemócratas que en el de los comunistas.

Los partidos socialdemócratas pronto tomaron conciencia de las dificultades del programa máximo, la transición a la sociedad socialista, y comenzaron ya antes de la primera guerra mundial una deriva en su proyecto, reduciéndole a la defensa de los intereses de la clase obrera dentro del capitalismo. Su gran logro en este sentido fue el Estado de Bienestar desarrollado en diversos países europeos después de la segunda guerra mundial, mediante el cual la clase obrera reconocía la hegemonía de la burguesía y renunciaba a su propio proyecto social a cambio de participar plenamente en la vida política y beneficiarse de los frutos del crecimiento económico. Este crecimiento también diversificó la estructura social de los países desarrollados, y los partidos socialdemócratas dejaron de ser los representantes exclusivos de los intereses de la clase obrera para abrirse a las crecientes clases medias. Finalmente, en los países desarrollados una clase obrera fragmentada que había renunciado en su mayor parte a un proyecto propio, vio como sus partidos más representativos, los socialdemócratas se hacían más extensivos socialmente y el Estado de Bienestar comenzaba a ser desmantelado con la ofensiva neoliberal y las crisis capitalistas.

Los partidos comunistas nacieron, como apuntamos anteriormente, con el triunfo de la primera revolución proletaria, por lo tanto, inicialmente, el objetivo no parecía irrealizable, más allá de las dificultades que encontró en su nacimiento la revolución soviética. Su extensión geográfica posterior coexistió con la conciencia de las crecientes dificultades que encontraba el proyecto. Además, en la mayoría de los casos de los países en que accedieron al poder, la clase obrera era muy débil y los partidos comunistas llevaron a cabo la revolución en nombre y con el proyecto de la clase obrera, pero con apenas su apoyo o presencia. En estos países la burocratización del Estado y el partido comunista les hicieron cada vez más extraños a la clase obrera, hasta que su derrumbe dejó a ésta aún más desprotegida que la de los países capitalistas desarrollados.

Los partidos comunistas que no alcanzaron nunca el poder y siguieron actuando en países capitalistas también se encontraron con el mismo problema que agitó a la socialdemocracia desde antes de la primera guerra mundial, tomando de un lado conciencia de las dificultades de la transición y, de otro lado, de las dificultades de la construcción del socialismo. Salvo casos contados, como el PCF y el PCI, siempre representaron a sectores minoritarios de la clase obrera en estos países. Su situación se volvió más complicada con el derrumbe del socialismo real. Tras este derrumbe, y con una presencia minoritaria, no renunciaron al proyecto de alcanzar una sociedad socialista, pero adoptaron en la práctica una actitud parecida a la de la socialdemocracia clásica, ahora que ésta se deslizaba hacia posiciones liberales.

La situación del movimiento obrero a principios del siglo XXI, con más de siglo y medio de experiencias a sus espaldas, es mucho menos optimista que la del movimiento nacionalista. De un lado han fracasado la mayoría de los ensayos realizados para alcanzar el socialismo, el objetivo más característico del movimiento obrero; de otro lado, aunque la clase obrera se había expandido numéricamente por todo el mundo, también se había fragmentado profundamente entre los diferentes países y dentro de cada país; finalmente los partidos políticos tradicionalmente vinculados al movimiento obrero o bien, como en el caso de la socialdemocracia, habían relajado ese vínculo para ampliar su base de apoyo y representación a otras clases y capas sociales, o bien, como en el caso de los comunistas, habían sido reducidos a la marginalidad, obligándoles a adoptar estrategias de apoyo también más amplias. De manera que, a principios del nuevo siglo, estaban puestos en cuestión algunos de los postulados históricos más

característicos del movimiento obrero, como la centralidad de la clase obrera para la consecución del proyecto socialista, la eficacia de los sindicatos para defender sus intereses en el seno del capitalismo, o la pertinencia de los partidos obreros clásicos, los socialdemócratas por su integración en el establishment capitalista y diversificación de su base de representación, y los comunistas por sus trayectorias burocratizadoras y antidemocráticas en las experiencias del socialismo real.

El movimiento ecologista tiene una corta historia de unas pocas décadas pero ha tomado rápidamente conciencia de las dificultades para alcanzar sus objetivos máximos. Como movimiento en sí, sus importantes movilizaciones de los años 70 y 80 del siglo pasado decayeron después de esa época, y la principal actividad se desarrolló desde entonces a través de los partidos políticos que creó.

Sin embargo, también los partidos ecologistas mostraron sus importantes limitaciones para lograr sus objetivos máximos, ante todo, porque su influencia electoral se mostró bastante moderada, ni siquiera el partido verde alemán ha pasado de ser un partido minoritario que ha actuado como socio de algunas coaliciones con socialdemócrata o conservadores donde estos siempre han sido los mayoritarios. Pero también porque desde esa situación de debilidad social y política rápidamente dominaron en su seno las tendencias reformistas. A diferencia de la tendencia reformista en el movimiento obrero representada por los partidos socialdemócratas y la mayoría de los sindicatos, que lograron durante un cierto tiempo, el que va desde 1945 hasta principios del siglo XXI, y en una cierta zona geográfica, Europa occidental, sus objetivos con el Estado de Bienestar, los logros del ecologismo reformista son mucho más modestos. Por otra parte, el ecologismo más consecuente no ha logrado ningún triunfo, aunque fuese efímero, como el logrado por la corriente revolucionaria del movimiento obrero.

Su mayor éxito ha sido la concienciación de la opinión pública mundial sobre los problemas medioambientales generados por un industrialismo ilimitado, pero esa conciencia no ha sido capaz de revertir el consenso de todos los gobiernos y gran parte de las sociedades sobre la necesidad de continuar con un crecimiento económico indefinido a pesar de la toma de conciencia de los problemas que ello representa por el impacto medioambiental negativo. Mientras esta situación persista los partidos ecologistas no dejarán de ser una expresión minoritaria de la sociedad sometidos al

peligro de una integración en el sistema capitalista y sus fines, como ya ha ocurrido claramente con el partido verde alemán.

Las dificultades experimentadas a la vez por el ecologismo consecuente y los partidos de la izquierda transformadora, y la revisión y crítica por parte de ésta última de su concepción finalista basada en un desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas, ha generado la conciencia en ambas corrientes de tener objetivos compartidos, lo que ha llevado a la formación de partidos o alianzas ecosocialistas. Se trata de una síntesis fecunda para ambas partes al enriquecer su teoría y sus planteamientos finalistas, pero que, sin embargo, no supone facilidades en sus estrategias para alcanzarlos.

Nomenclatura utilizada

AFL-CIO	Federación Estadounidense del Trabajo - Congreso de Organizaciones Industriales
AMLO	Andrés Manuel López Obrador
ATTAC	Asociación por la Tasación de las Transacciones financieras y por la Acción Ciudadana
BAAZ	Partido del Renacimiento Árabe Socialista
BRICS	Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica
CADTM	Comité por la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo
CGT	Confederación General de Trabajadores
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
COB	Central Obrera Boliviana
CONAIE	Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador
CTA	Central de Trabajadores de la Argentina
CUT	Central Única de Trabajadores
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FLN	Frente de Liberación Nacional
FSM	Foro Social Mundial
GOD	Gestión Obrera Directa
IRA	Ejército Republicano Irlandés
IU	Izquierda Unida
KKE	Partido Comunista de Grecia
MAS-IPSP	Movimiento Al Socialismo - Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos
MNER	Movimiento Nacional De Empresas Recuperadas
MNFR	Movimiento Nacional De Fábricas Recuperadas
MSI	Movimiento Social Italiano
MST	Movimiento de Trabajadores sin Tierra
OGM	Organismo Genéticamente Modificado
OMC	Organización Mundial de Comercio
ONG	Organización No Gubernamental
OPEP	Organización de Países Exportadores de Petróleo
ORIM	Organización Interna Revolucionaria de Macedonia
PAN	Partido de Acción Nacional

Movimientos sociales y partidos políticos. Objetivos, estrategias y relaciones

PASOK	Movimiento Socialista Panhelénico
PCF	Partido Comunista Francés
PCI	Partidos Comunista Italiano
PD	Partido Democrático
PDI	Partido Democrático de la Izquierda
PJ	Partido Justicialista
PP	Partido Popular
PRD	Partido de la Revolución Democrática
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PS	Partido Socialista (francés)
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSUV	Partido Socialista Unificado de Venezuela
PT	Partido de los Trabajadores
SPD	Partido Socialdemócrata Alemán
UKIP	Partido de la Independencia del Reino Unido
WAFD	Partido de la Liberación
WWF/Adena	Fondo Mundial para la Naturaleza

Bibliografía

Abendroth, Wolfgang, Historia social del movimiento obrero europeo, Editorial Estela, Barcelona, 1970

Álvarez Acosta, María Elena (coord.), África subsahariana. Sistema capitalista y relaciones internacionales, CLACSO, Buenos Aires, 2011

Balestrinni, Nanni y Moroni, Primo, La horda de oro. 1968-1977. La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial, Traficantes de sueños, Madrid, 2006

Biardeau R., Javier, El “legado de Chávez”: ¿repetir los errores del socialismo burocrático? <http://www.aporrea.org/actualidad/a180211.html>

Bou, Luis César, India contemporánea. Saqueo colonial y lucha por la independencia, Ed. De los cuatro vientos, Buenos Aires, 2006

Calvo Rufanges, Jordi, Los movimientos altermundistas y el futuro del Foro Social Mundial (FSM), http://www.universitatdelapau.org/files/23-32688-document/calvo_jordi.pdf?go=3d7fa7fcaa728fb81001391a9cfb0af42f6eaeafd8b57af66382195cf1cbbdf16249ceb97ac7020629c7ddd711c711f3eb447d25df2da1527

Chossudovsky, Michel, Globalistas y élites controlan los movimientos populares. <http://www.globalresearch.ca/fabricando-disidencia-globalistas-y-elites-controlan-movimientos-populares/21206>

Cole, G.D.H., Historia del pensamiento socialista, Tomos I-VII, Fondo de Cultura Económica, México, 1975

Cyran, Olivier, La transformación de Los Verdes en Alemania. Neoliberales en bicicleta, Sinpermiso, 09/10/11

Droz, Jacques (dirección), Historia general del socialismo, Ediciones Destino, Barcelona, 1984

Movimientos sociales y partidos políticos. Objetivos, estrategias y relaciones

Farrera Bravo, Gonzalo, Partidos verdes y movimientos ecologistas.
<http://www.revistas.unam.mx/index.php/matices/article/view/25725>

Fernández Bravo, Álvaro (compilador), La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha, Manantial, Buenos Aires, 2000

Gaudichaud, Frank (dir.), El volcán latino-americano

Ghalioun, Burhan, La crisis del mundo árabe. Estado contra nación.
<http://www.eurosur.org/ai/africa11.htm>

Harnecker, Marta, El sueño era posible. Los orígenes del Partido de los Trabajadores de Brasil, Editorial Cultura Popular, La Habana, 1994

Harnecker, Marta y Fuentes, Federico, MAS-IPSP de Bolivia. Instrumento político que surge de los movimientos sociales, <http://www.rebelion.org/docs/67155.pdf>

Hobsbawm, Eric, Naciones y nacionalismo desde 1780, Crítica, Barcelona, 1998

J.B. Fages, Introducción a las diferentes interpretaciones del marxismo, Ed. Oikos-tau, Barcelona, 1976

Katz, Claudio, Los problemas del autonomismo, Correspondencia de prensa, Dossier nº 16, Mayo 2005

Klein, Naomi, La doctrina del shock, Planeta, 2012

Kriegel, Annie, Las internacionales obreras (1864-1943), Ediciones Orbis, 1986

La Palombara, J. y Weiner, M. (comp.). Political parties and political development. Princeton UP, 1966

Mann, Michael, Las fuentes del poder social, II, Alianza Editorial, Madrid, 1997

Marceselli, Florent, Ecología política: génesis, teoría y praxis de la ideología verde,
<http://www.bakeaz.org/es/publicaciones/mostrar/102-ecologia-politic>

Martínez Carreras, José U., Historia del colonialismo y la descolonización. Siglos XV-XX, Ed. Complutense, Madrid, 1992

Mitalias, Yorgos, Syriza, una experiencia unitaria, única y original. En ¡Solidaridad con Grecia!, Ediciones Digitales La Aurora-POR

Movimientos sociales y partidos políticos. Objetivos, estrategias y relaciones

Modonesi, Massimo, Oliver, Lucio, Munguía Galeana, Fernando y López de la Vega, Mariana, México 2000-2009: una década de resistencia popular, <http://politicalatinoamericana.sociales.uba.ar/files/2011/08/modonesi-oliver-munguia-lopezdelavega.pdf>

Molyneux, John, ¿Cual es la tradición marxista?, <http://enlluita.org/fullet/cul-es-la-tradicin-marxista/#.VCE9uVfPwlc>

Núñez Seixas, Xosé Manuel, Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX, Editorial Síntesis, 1998

Panebianco, Angelo, Modelos de partido, Alianza editorial, Madrid, 1990

Paniagua, Javier, Breve historia del socialismo y del comunismo, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2010

Perfecto García, Miguel Ángel, Los nacionalismos contemporáneos. Un estado de la cuestión, <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=296910>

Quesada, Fernando (edición), Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la filosofía política, Editorial Trotta, Madrid, 2008

Rebon, Julián y Modonesi, Massimo (compiladores), Una década en movimiento luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI, CLACSO, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2011.

Riechmann, Jorge, ¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia, Editorial Revolución, Madrid, 2011

Rodas, Germán (coord.), América Latina hoy, reforma o revolución, Editorial Ocean Sur, México, 2009

Román, Paloma y Ferri, Jaime (eds.), Los movimientos sociales. Conciencia y acción de una sociedad politizada, Edita Consejo de la Juventud de España, Madrid

Rosenberg, Arthur, Democracia y socialismo, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1966

Rousset, Pierre, El foro social mundial, ¿un modelo sostenible?, http://www.vientosur.info/articulosabiertos/Vs107_Rousset_ForoMundialSocial.pdf

Movimientos sociales y partidos políticos. Objetivos, estrategias y relaciones

Sader, Emir, América Latina ¿el eslabón más débil?, <http://www.rebelion.org/docs/78055.pdf>

Sánchez Rodríguez, Jesús, Capitalismo, interpretaciones de su evolución y crisis, <http://miradactica.blogspot.com.es/>

Tarrow, Sidney, El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política, Alianza Editorial, Madrid, 1997

Teran Mantovani, Emiliano, ¿Necesitamos una revolución dentro del Foro Social Mundial?, ALAI, América Latina en Movimiento, 23/04/2013, <http://alainet.org/active/63527>

Thwaites Rey, Mabel, La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2004

Tinoco, Antonio, Movimientos sociales, movimientos políticos y partidos políticos, Synergies, N° 4, 2008

Tojo Gonzales, Marga, ¿Llegará el capitalismo a devorar el Foro Social Mundial?, <http://cadtm.org/Llegara-el-capitalismo-a-devorar>

Valencia Sáiz, Ángel (ed.), La izquierda verde, Ed. Icaria, Barcelona, 2006

Toussain, Eric, La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos, <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/touss/pref.rtf>

Wainwright, Hilary, La organización política en transición, Rebelión, 28/03/2013, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=164474>

Zibechi, Raúl, Autonomías y emancipaciones. América latina en movimiento, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, Lima, 2007